

Julio Fajardo Herrero
Asamblea ordinaria



Lectulandia

Una pareja comienza a sufrir las consecuencias del desempleo y la precariedad; él decide incorporarse a una nueva organización política mientras que ella procura en vano que todo siga igual. El empleado de una moderna empresa trata de conciliar la arrebatadora fascinación que le provoca su jefe con el progresivo deterioro de sus condiciones laborales. Un joven sin cualificación se queda en paro y, para ahorrarse el alquiler, decide irse a vivir con su tía septuagenaria; la convivencia entre los dos hará aflorar serios conflictos pero también, quizá, una nueva forma de entendimiento.

Los cambios causados por la crisis nos afectan más profundamente de lo que pudiéramos pensar: influyen de manera decisiva en cómo nos relacionamos y en la percepción que tenemos de nosotros mismos, provocando enfrentamientos y reacciones que en otras circunstancias nos hubieran parecido impensables.

Asamblea ordinaria es una novela sobre el impacto de la crisis económica en la sociedad española actual pero, como toda obra auténticamente literaria, es también una historia sobre la vida y sobre cómo decidimos vivirla.

Lectulandia

Julio Fajardo Herrero

Asamblea ordinaria

ePub r1.0

Titivillus 28-05-2019

Título original: *Asamblea ordinaria*
Julio Fajardo Herrero, 2016
Fotografía de cubierta: Zhuoran Zhao

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Y luego está la gente que vive en otra ciudad o con la que tampoco te ves mucho, los amigos que de todas formas acaban enterándose aunque tú ya no les cojas el teléfono muy a menudo, precisamente porque casi nunca te sientes con ánimos para contarles nada. El día que por fin se lo coges siempre empiezan haciéndote ese reproche, que por otro lado es comprensible, de lo desaparecida que estás o lo difícil que es dar contigo últimamente. Enseguida te preguntan cómo te está yendo todo y ya sí que no te queda otro remedio que ponerles al día y hacerles un resumen. Cuanto más tiempo hace que no hablas con ellos, menos crédito dan y más fuera de juego los dejas. Por mucho sentido del humor que intentes echarle y mucho hierro que le quieras quitar, tampoco tardas en notar cómo se tensan a medida que el cuadro que les pintas se va poniendo cada vez más negro. Tienes la sensación de que ellos mismos ya nunca hablan de trabajo y por ejemplo notas que les cuesta preguntarte por la niña, con lo normal que es preguntarte por la niña, porque es casi como si al hacerlo estuvieran implicando una pregunta sobre su manutención (aunque a la vez eres consciente de que a lo mejor estás viendo implicaciones donde no las hay y bien podría ser que fuera solo cosa tuya, seguramente). En todo caso, sabes que su interés es sincero y por mucho que te cueste sientes que no está mal ponerles al corriente, y al final de todo ese relato suele ser cuando terminan ofreciéndote dinero. Siempre tardan siglos en arrancar y luego dan miles de vueltas, pero es muy fácil advertir el exceso de tacto y la sucesión de circunloquios que lo preceden y enseguida te das cuenta de adónde están queriendo llegar. Les suele costar tanto que a veces hay un momento en que de repente lo ves todo como desde fuera, y es entonces cuando no puedes evitar preguntarte quién estará más incómodo, si tú cuando ya sabes lo que te van a decir o ellos cuando aún están preparándose el terreno, perdidos en ese atolladero de eufemismos en el que siempre se meten antes de decírtelo, y va todo como por campos semánticos. Te pueden decir algo así como que oye, que si en algún momento os veis muy atascados y podría veniros bien un empujón, o que si estáis un poco con el agua al cuello y de repente os hace falta que alguien os eche un cable, y es muy curioso cómo nunca dicen *dinero* ni *pasta* ni ninguna otra palabra de las que

normalmente se usan para designar ese concepto. Te dicen que si por lo que sea llegas a verlo muy mal que por favor cuentes con ellos, que les des un toque que para algo hay confianza. Nunca se les ocurre pedirte un número de cuenta ni decir que el próximo día hábil piensan ir a hacerte un ingreso —que por otro lado es algo a lo que tú tampoco ibas a estar dispuesta—, sino que no seas tonta y que cuando sea hagas el favor de contar con ellos y avisarlos, que tampoco es que ellos estén increíblemente boyantes pero que algo de colchón sí que les queda y que de verdad no le verían mayor utilidad que la de poder echar una mano en un momento dado. Y que por supuesto luego no se os ocurra tener prisa ni apuraros, ni a ti ni a él, que ya se arreglará cuando os venga bien y que sepáis que va completamente en serio y no lo dicen por decir, que dicho queda. Lógicamente tampoco es cuestión de ponerse muy exigente, pero lo que a mí más me cuesta entender es cómo no ven que ese momento de agobio, del que por algún motivo se empeñan en hablar como si fuera solo un supuesto, en realidad hace tiempo que ha llegado. De hecho, ya hace bastantes meses que estamos *muy agobiados* y en el fondo ellos lo tienen que saber, porque si no jamás se habrían animado a ofrecernos nada. Yo me imagino que lo que hay que inferir de ese planteamiento, porque si no no me lo explico, es que primero hay un nivel de agobio en el que procede que un amigo se ofrezca a prestarte dinero y luego, más adelante, resulta que hay otro peor —al que se supone que nosotros no hemos llegado todavía— en el que ese amigo ya no te ofrece dinero sino que va y te lo presta. Además, es completamente distinto aceptar algo así cuando alguien te lo ofrece que tener que llamar tú para pedirlo. Esto está sonando muy desagradecido y me da rabia, porque lo cierto es que lo agradezco de todo corazón y por supuesto que me conmueve mucho cada vez que alguien se ofrece y soy consciente de la suerte que es tener alrededor a gente así. Más allá de lo violenta que me pone o de la inenarrable humillación que siento cada vez, también tengo que reconocer que me dan una alegría y me hacen sentir querida y consolada, lo cual no es poca cosa. Lo que pasa es que en parte también noto que ese consuelo es casi como el que les dan los curas a los condenados a muerte justo antes de mandarlos a la silla eléctrica, porque pienso que puede que no sea tanto una cuestión de afecto como de compasión. Y por supuesto que me gustaría no tener pensamientos como el de que si te lo ofrecen es porque hasta cierto punto saben que es muy poco probable que acabes aceptando, o porque parten de la base de que, cuando lo que se te queda sin pagar todos los meses es nada menos que la hipoteca, los trescientos o seiscientos o como mucho mil euros que te pueda prestar un amigo difícilmente van a poder solucionarte

una papeleta demasiado seria a largo plazo. Por mucho que ahora mismo esa cantidad para nosotros sea una verdadera fortuna, el hecho de haberla aceptado enseguida no iba a ser más que otro quebradero de cabeza que añadir a la lista de cosas pendientes —otra losa que sumar a lo que ya les debes al banco y a tu madre y a los padres de tu pareja— y desde ese momento te va a tocar componértelas con la noción de que ahora también le debes dinero a un amigo que tampoco es millonario, ni mucho menos. Por eso digo que si te lo ofrecen, aunque no dudo que sea con la mejor intención, en parte es porque también saben que no vas a aceptarlo.

Yo lo que de verdad me pregunto es si alguna vez, aunque solo haya sido un día, al entrar en ese vestidor tú has podido pensar en toda la gente a la que has ido exprimiendo a lo largo de estos años. Estaría interesadísimo en saber si alguna vez has visto la relación tan directa que hay entre el tamaño de ese vestidor y el punto hasta el que te has permitido exprimir a cada uno, aunque la verdad es que me sorprendería. Discreto sí que eras, mogollón, eso hay que reconocértelo. En el trato por supuesto, pero también, por ejemplo, hasta pasado cierto tiempo nadie se daba mucha cuenta del dineral que llevabas puesto encima cada día. Se te veía moderno y bien combinado y con la ropa siempre nueva y que te quedaba como un guante, eso por descontado. Pero al empezar a trabajar allí igual tenían que ir pasando las semanas para poco a poco ir comprobando que casi nunca repetías prendas y que todas tus camisas eran buenas, todas las deportivas de serie limitada y los abrigos siempre retro tipo inglés. Porque sí que eras muy elegante pero nada ostentoso. No se te habría ocurrido nunca yo qué sé, llevar esas camisetas horrosas de nuevo rico con los logotipos de las marcas estampados en grande en el pecho. A lo mejor al final la gente acababa dándose cuenta de que llevabas cosas carísimas, solo que antes igual tenían que fijarse en las chapitas de atrás en los tejanos —aunque tampoco era plan de quedársete mirando ahí cada vez que pasabas—, o en las etiquetas de los jerséis cuando te los quitabas y los dejabas estirados sobre el respaldo del sofá de tu despacho. Le Corbusier, por cierto. A mí me parecía lo más sentarme en ese sofá y mirar por aquel ventanal enorme y ver a mis pies casi media Barcelona, con el dildo gigante y los cuatro picos horrosos de la Sagrada Familia a un lado, y al otro las torres MAPFRE y ese edificio inteligente de Gas Natural donde hubo no sé qué problema con la electricidad estática y a todas las trabajadoras les salió como una especie de celulitis mutante en los muslos. Yo recuerdo que, cuando fui a hacer la entrevista y me senté por primera vez en ese sofá, me quedé anonadado con la panorámica. Eso y que además me dio como muy buena onda verte tan desenfadado y tan joven, aunque más tarde me enteré de que en realidad tenías algunos años más de los que aparentabas. Me encantó que fueras así vestido rollo estiloso informal y que hablaras en un tono tan

distendido y que además dijeras cosas como que tú con tus empleados lo que buscabas era siempre una relación de igual a igual. Estando muy claro quién tomaba las decisiones, pero de igual a igual. Si te digo la verdad, yo creo que todavía estoy pendiente de encontrar en el mundo una sola relación de igual a igual. Cuidado que sí te tengo que reconocer que, acostumbrado al típico jefe déspota y cortijero de casi todas las empresas que he conocido en mi vida, para mí fue todo un descubrimiento encontrarme con uno que nunca levantaba la voz y que al menos sabía hacer como que te escuchaba, o que a veces se interesaba por tu vida personal y hasta repartía por la oficina las botellas de Juvé & Camps que le mandaban los proveedores en Navidad. En la entrevista recuerdo que te pusiste a revisar mi currículum y leíste que había estado un curso de Erasmus en París, porque yo soy un poco capullo y por aquel entonces todavía creía que era buena idea ponerlo (supongo que entendiendo que animaba a la gente a pensar que hablaba bien francés y que además me daba un aire así como supersofisticado, cuando en realidad lo único que pasaba era que me hacía quedar como un novato recién salido de la facultad, y no era el caso). Estuviste un buen rato leyéndolo y viste el año en que había ido y seguramente no te acuerdas pero dio la casualidad de que los dos habíamos estado viviendo allí en la misma época. Nos pusimos a hablar un poco de nuestras respectivas experiencias y resultó que para los dos había sido como una época especial en nuestras vidas, una de esas etapas memorables en las que te pasan un montón de cosas importantes. Claro que evidentemente cada uno a su nivel. Tú con tu apartamento de soltero en *le 5.^e* y tu curso en la ENSAD y yo con mi residencia universitaria en el quinto pimiento y mi bicicleta de octava mano y mis compras en el Ed, que a lo mejor ni lo conociste pero viene a ser la versión francesa del Dia. Yo te juro que salí de allí convencido de que me había explicado fatal y de que no había sabido venderme nada bien. Por eso al día siguiente, cuando me llamaste tú personalmente para ofrecerme el puesto, me dio por pensar que si me habías elegido a mí seguro que era porque habíamos conectado con lo de París. Ya ves tú. Todo esto lo recuerdo y siento mucha vergüenza retroactiva, porque sé que luego una vez le conté esta teoría mía a la que estaba entonces en expediciones —que además es algo que ahora me parece de todo punto inverosímil—, antes de poco a poco ir descubriendo que en realidad a ti te daba lo mismo ocho que ochenta y que, con tal de no andar perdiendo el tiempo, por norma general te quedabas con el primer candidato al que entrevistabas, te daba exactamente igual mientras el interesado tuviera el título y hablara inglés y estuviera dispuesto a encerrarse allí de nueve a seis

por la miseria que pagabas. Y yo dudo mucho que a ti te haya pasado nunca, pero por otro lado qué curioso es que, cuando uno empieza a trabajar en un sitio nuevo, muchas veces lo acoge la gente de la oficina con la que luego no va a tener nada que ver. Lo digo por lo de haberle confesado aquello justamente a la de expediciones. Yo supongo que en parte es porque, al no conocer a nadie, tú tampoco vas a andar eligiendo, o porque al principio siempre estás un poco incómodo y nunca eres tú mismo sino una especie de niño grande, como muy ingenuo y superamable, que sonrío todo el rato a todo el mundo y reacciona a todo lo que le dicen procurando no juzgar, siempre con una expresión en la cara como de asombro permanente. Lo que también entiendo es que la gente más predispuesta a acoger a alguien así de pánfilo en su grupo de amigos del trabajo, o la que cree que acogerlo le puede servir de algo, luego tampoco suele ser la gente con la que a uno le apetece juntarse cuando por fin se comporta como es, o cuando digamos que ya se expresa libremente y ha revelado su verdadera forma de ser.

Cuando trabajaba haciendo habitaciones en un hotel aprendió a diferenciarlas de las que sí eran sus mujeres. Para empezar, las casadas o las novias serias siempre llevaban equipaje y solían quedarse varias noches. Cuando las casadas o las novias serias subían del desayuno y a lo mejor ella estaba pasando el polvo o fregando el baño, tenían muchos menos reparos en hacerle ver cuánto las incordiaba, o en pedirle que por favor saliera un momento o que la ropa mejor la dejara como estaba. A las que no eran sus mujeres se les notaba que les daba vergüenza encontrársela allí, o bien les hacía mucha gracia, sobre todo cuando también estaba el hombre. A veces se ponían a pedirle cosas o a darle indicaciones sin que viniera muy a cuento, como con retintín, jugando a interpretar el papel de la señora de la casa solo para incomodarlo un rato a él. Si por ejemplo las veía en el vestíbulo o por los pasillos también sabía reconocerlas solo por los andares, bien por lo acaramelados que iban cuando llegaban en pareja o por ese aire como de exploración cuando venían ellas solas, como de no estar pensando tanto en sus cosas sino más bien fijándose en todo lo que se iban encontrando por el camino, porque era como si de repente todo les llamara mucho la atención. La chica a la que vio entrar en su cocina la mañana de Todos los Santos tenía esos mismos andares. A eso de las tres el sobrino se la había traído a casa, susurrándole algo al entrar, y uno de los dos se había tropezado con un mueble, aunque en realidad a esa hora su sueño estaba siendo demasiado ligero como para quedarse tranquila con la idea de que la habían despertado. Se habían metido en la habitación y después ella los había estado oyendo un rato largo, a la chica riéndose y a él sobre todo chistando. Al final se había quedado otra vez medio traspuesta pero al poco se había vuelto a despertar con el pum pum pum, no demasiado escandaloso pero sí perfectamente audible, del cabecero contra la pared que daba al pasillo. De todas formas no había durado mucho y después ya sí que había dormido de un tirón hasta las siete, de cuatro y media a siete, porque debe de hacer por lo menos diez años que no consigue dormir hasta más tarde de las siete. Esa mañana se vistió con un conjunto bastante más elegante que los de los días de diario, hizo café y se sentó en la cocina con la radio muy bajita a esperar hasta las nueve, que era

una hora que ya le parecía más normal para ir a llevar flores al cementerio. En ese rato, asomada a la ventana vio llegar a una de las dependientas dominicanas de la panadería de enfrente, la que siempre llamaba a los clientes «guapo» y a las clientas «cariño», y al tapicero de al lado, que no abría en días festivos pero aun así decía que prefería pasarlos escondido en el taller a estar en casa. A eso de las ocho y cuarto empezó a sonar un móvil y ella oyó cómo la chica salía corriendo de la habitación de su sobrino para poder hablar sin molestarlo a él, aunque sin duda la llamada tenía que haberlo despertado. La chica cerró la puerta al salir y empezó a pasearse por el pasillo mientras hablaba, procurando no hacer demasiado ruido y con esa voz grave y muy tomada que tiene la gente que se ha pasado la noche fumando y hablando en locales donde ponen la música muy alta. Ella podía verla perfectamente reflejada en la puerta de cristal de la cocina, que estaba abierta y hacía de espejo, vestida solo con una camiseta de tirantes oscura y unas bragas de un color que en el reflejo apenas se distinguía del de la piel. Al principio le pareció que podía estar hablando con su madre, porque no paraba de repetir que estaba bien y que de verdad que todo había ido bien, pero luego la oyó decir varias veces «tía» y decidió que tenía que ser alguna amiga. A mitad de la conversación, la chica interrumpió un momento lo que le estuviera diciendo su amiga para contarle que acababa de salir del dormitorio del chico al que había conocido en la fiesta y que «estaba flipando», porque en el pasillo tenía un aparador muy antiguo lleno de fotos de niños de ahora, de las que les hacen en el colegio, pero también de niños como de los años ochenta y de bodas y celebraciones familiares de otras épocas, con marcos plateados y también con esos marcos enormes con paspartú de felpa y varios huecos con distintas formas geométricas para poner fotos de distintos tamaños. Ella enseguida se imaginó a su sobrino hacía unas horas en un bar, tratando de convencer a aquella chica de que se viniera a dormir con él y obviando, por supuesto intencionadamente, el detalle de que desde hacía un mes y medio vivía en el piso de la hermana mayor de su madre. De paso logró resolver el misterio de por qué, al oírlos llegar a las dos de la madrugada, no había visto colarse ninguna rendija de luz por debajo de su puerta. La amiga había llamado a la chica para pedirle algo, probablemente un número de teléfono, y la chica le dijo que ahora mismo se lo enviaba, pero que la próxima vez era mejor que se esperara a que le contestara los mensajes. Ella la oyó despedirse y luego fue viéndola acercarse por el pasillo medio adormilada, todavía solo en el reflejo de la puerta, y enseguida estiró un brazo para apagar el transistor. La chica entró en la cocina bostezando y agarró el tirador de la nevera con

una mano sin apartar la vista del móvil mientras tecleaba con la otra, pero cuando le dio a enviar sí que miró por fin al frente y se la encontró sentada en el taburete en el hueco entre la encimera y la puerta de la terraza. Ella le dio los buenos días y, antes de corresponder, la chica abrió mucho los ojos y sucumbió a tres estornudos muy fuertes y muy seguidos. Tenía el rímel de la víspera todavía corrido casi hasta las mejillas. Al pasarle un par de servilletas de la cestita que tenía al final de la encimera, ella no pudo evitar pensar que la chica estaba dejando el trabajo a medias cuando vio que solamente se sonaba.

En mayo se cumplieron dos años, y dos años dan para pasar por muchas fases diferentes. Cuando me acuerdo de lo contento que estaba los primeros días, de lo liberado que decía que se sentía, me dan ganas de viajar hacia atrás en el tiempo solo para avisarle de cómo lo va a acabar pasando. Por ejemplo, ahora mismo estamos en una fase en la que yo ya no le puedo decir nada, porque siempre se lo va a tomar como una afrenta personal. Cada vez que le pregunto o le propongo algo, él ve muy claro que en mi fuero interno lo que pienso es que es un vago, o que ya no está a lo que tendría que estar, o que podría hacerlo todo mucho mejor si tuviera otra actitud o se lo planteara de otra forma. Desde que se levanta por la mañana empieza a buscar y, quitando el rato que tarda en darle de desayunar a la niña o en hacer las camas y recoger la casa por encima, todo el tiempo hasta las seis o las siete de la tarde —o hasta la hora de acostarse si no tiene reuniones— se lo pasa sentado en la mesa del comedor con el portátil encendido. Ha llegado un punto en que estoy convencida de que es como su coraza, o su burbuja, porque seguramente mientras está mirando cosas por internet y haciendo algo que se supone que es útil no tiene que estar pensando en nada ni relacionándose con nadie en persona, o no va a dar pie a que nadie —que viene a querer decir yo— le pregunte nada ni se va a ver obligado a contar cómo le ha ido el día. Y yo creo que a lo mejor ni siquiera se da cuenta, pero así es como se evita constatar una serie de cosas que en el fondo sabe que le jodería constatar, como que, cuando alguien está el día entero encerrado en casa sin hablar con nadie y discutiendo siempre sobre los mismos temas en chats y listas de correo interminables, luego es muy difícil que esa persona tenga algo interesante que contarles a los demás. Puede que sea su manera de negarse a sí mismo que en este momento su vida está como en suspenso —aunque él a día de hoy diría que todo lo contrario—, o yo al menos tengo el recuerdo de haberlo pasado fatal al ser consciente de eso las veces que he estado una temporada larga en casa sin trabajo. Por eso digo que tal vez lo hace a propósito, aunque a lo mejor también es algo inconsciente, porque por ejemplo muchos días no se levanta de allí hasta que yo ya me he metido en la cama, seguramente para no tener que empezar una conversación ni contarme

qué tal le ha ido el día, o para no propiciar una situación en la que yo le pregunte y tener que decirme otra vez que hoy tampoco le han contestado de ningún sitio, o que ni siquiera ha visto ninguna oferta medio interesante. A mí todo lo de los talleres que ha empezado a dar como voluntario y lo de los grupos de trabajo a los que se ha apuntado no es que me parezca mal, pero él mismo se da cuenta de que me resulta completamente ajeno y enseguida desconecto, entre otras cosas porque cuando de repente lo veo tan animado siempre sé que es por historias de estas, que tampoco creo que den tantos motivos para estarlo. Y lo peor de todo es que, cuando sí que hablamos, como lo normal es que él se haya pasado siete mil horas oyendo por la radio lo fatal que está todo y que como nos descuidemos cualquier día de estos va a llegar el fin del mundo, lo que hace es contarme enfurecido todas las últimas noticias que ha leído o las declaraciones que le ha escuchado a no sé quién y ya solo hablamos de eso, como si no hubiéramos dicho ya todo lo que se puede decir al respecto, o como si no hubiéramos coincidido hace tiempo en que era mejor no hablar más de esos temas, porque lo único que conseguíamos era deprimirnos y ponernos siempre de mal humor. Lo triste es que, aun estando totalmente de acuerdo en casi todo, a veces acabamos discutiendo a gritos solo por lo exaltado que se pone. Y yo sé que obviamente también es una vía de escape, esa obsesión, y que se pasa tanto rato buscando sin encontrar nada y calentándose la cabeza que es inevitable que al final se enerve, y me recuerda mucho a cuando era pequeña y mi padre iba a la gestoría y le enseñaban las cuentas y luego volvía a casa con la vena hinchada y maldiciendo a la madre de Boyer o del ministro que tocara. A mis hermanos y a mí siempre nos parecía la cosa más divertida del mundo. Luego además ahora le da por llamarme todos los días un poco antes de la hora a la que yo normalmente vuelvo a casa, desde el fijo de casa, para preguntarme si ya estoy llegando como con un interés muy especial en que llegue lo antes posible, como si no se aguantara las ganas de verme, y en realidad el tono de voz no tiene nada que ver con el que le oigo más tarde cuando por fin llego ni con el de cualquier otro momento del día. La semana pasada lo estuve pensando y llegué a la conclusión de que lo que hace en realidad es intentar averiguar cuánto me falta para llegar, para así saber exactamente de cuánto tiempo dispone, porque nunca hay una hora exacta y muchas veces paso por el súper, por mucho que esté hablado que el que tiene el día infinitamente más despejado y a quien le viene mejor es a él. Le estuve dando vueltas y, después de un buen rato, comprendí que para lo que me llama es para poder calcular cuánto tiempo le queda con la casa toda para él y poder seguir haciendo lo

que sea que se dedica a hacer cuando está solo, o solo con la niña, porque obviamente no se tarda el día entero en mandar el enésimo currículum y en comprobar que nadie ha escrito para interesarse por la casa, sobre todo si se conecta varias veces al día. Esto lo sé porque también hago lo mismo todas las mañanas desde la oficina, y digo yo que repasarse los periódicos para el *clipping* que ahora tiene que preparar y mandarles a los portavoces, o a donde sea que lo mande, tampoco le puede llevar mucho más de una hora. ¿Que qué creo que puede estar haciendo? Pues leer blogs y hablar con gente en chats de Telegram, supongo, que para algo es gratis. Lo cual para mí es toda una revelación, porque te enamoras de alguien y de alguna forma sabes que, aunque nunca se lo vayas a confesar, en parte es porque te gusta que sea un tipo así tirando a duro y de pocas palabras, pero luego va pasando el tiempo y te vas dando cuenta de que si no habla de determinadas cosas en realidad no es por integridad ni por principios, sino porque no se atreve, y encima después descubres que se pasa el día hablando de vete tú a saber qué asuntos importantísimos con sus amigos de Telegram.

Como a los dos meses de empezar a trabajar allí, una tarde al salir coincidí contigo en el ascensor y de bajada nos tocó ir parando en cada piso. Yo me imagino que cuando elegiste el sitio te pareció el colmo de lo *cool* alquilar el ático de un edificio de despachos antiguos y montar allí una oficina supermoderna, con todo en madera clarita y lleno de libros y con aquellos ventanales gigantescos que a mí de verdad te digo que me tenían fascinado. Que se fuera la luz a cada rato o que subir y bajar en ascensor fuera toda una odisea —que lo era— digo yo que al fin y al cabo eran males menores. Aparte del ático había seis plantas más, y en cada una había por lo menos cuatro o cinco oficinas donde trabajaba un mogollón de gente. Al parecer toda esa gente también hacía horario de nueve a seis, como un servidor, porque por la mañana siempre había que esperar en la cola para subir y por la tarde casi más para bajar. Claro que tú entrabas y salías cuando te daba la gana y probablemente siempre pillaras todos los ascensores libres. El caso es que aquel día al salir a mí sí que me tocó esperar un rato y, como estábamos en el ático, al abrirse las puertas me encontré el ascensor vacío. Entro, pulso el botón y cuando ya estoy casi bajando alguien le da al botón de fuera y suena el *cling* y vuelven a abrirse las puertas. Entrás tú como siempre oliendo riquísimo a CK ONE y revisando tus *e-mails* en un iPad —en una época en la que yo creo que casi nadie sabía todavía lo que era un iPad— y dices algo así como «un día más» y me preguntas que cómo me va todo. Yo te contesto que bien y después tú sigues toqueteando la pantalla y yo me dedico a fingir que estoy interesadísimo en la parte del revestimiento de pared que no es de espejo. Y resulta que entonces, al bajar, al ascensor le da por ir parándose como un *rodalies* primero en la quinta, luego en la cuarta, luego en la tercera y así hasta llegar abajo, que insisto en que tampoco era algo tan raro teniendo en cuenta la hora que era y que solo había dos ascensores para todo el edificio. En la quinta se subió un señor mayor con traje oscuro que te saludó como si te conociera. Ahí me sonrías la primera vez. Como eras un moderno y siempre te rodeabas de gente bastante joven que iba a trabajar en vaqueros y camiseta, a veces se notaba que te hacía cierta gracia que el resto del personal que trabajaba en el edificio tuviera que presentarse allí todos los días con

pinta de oficinista. En cierto modo creo que también procurabas contagiarnos a todos aquella sensación tuya de que nosotros, como equipo, éramos distintos y mucho más prácticos porque sabíamos hacer las cosas de una manera más natural y más desenfadada. Yo estoy convencido de que en el fondo esa lectura además te venía de perlas por otra razón, porque en tu cabeza tenías a las personas divididas por categorías, como todo el mundo, y me apuesto lo que sea a que te habría resultado mucho más difícil pagarle aquellos sueldos de mierda a gente que apareciese por allí todas las mañanas con chaqueta y corbata. A partir de la cuarta planta ese señor del traje empieza a resoplar muy fuerte por la nariz cada vez que se vuelve a abrir la puerta en otra planta, importunadísimo, como si él mismo no acabara de importunarnos a nosotros. Y la movida es que no solo lo hace cuando resulta que no hay nadie esperando el ascensor en el descansillo, sino también cuando sí que hay alguien y esa persona entra, y el tipo siempre suelta el aire con tal sonoridad que es imposible que el nuevo ocupante no lo oiga y no se dé por aludido. Así que tardamos una eternidad en llegar a la planta baja y cuando por fin tocamos suelo el señor del traje sale disparado hacia la puerta, sorteando un poco a lo bruto a toda la gente que está saliendo del edificio en plan hora punta. Y entonces tú y yo como que de repente andamos más despacio y tú me miras y yo te miro y los dos nos reímos porque sabemos que estamos pensando exactamente lo mismo, y hay un segundo de complicidad o de sintonía tan evidente que yo creo que hasta me pongo rojo. Luego empezamos otra vez a andar a buen ritmo y, de camino a la calle, tú ya me pones una mano en el hombro y me pides que el día que te vea salir de la oficina así de atacado que por favor te lo diga, que tú te consideras un apasionado de tu trabajo y que me juras que no lo concibes sin disfrutar o sin estar en paz contigo mismo. Así que, el día que te vea acabar en ese estado, me prometes que lo dejas. A mí en ese momento me da por pensar que por fin he conocido a uno de esos empresarios de las películas, como el dueño de la Virgin, ese tipo bienhumorado y triunfador y un poco excéntrico que siempre se hace amigo de la gente a la que tiene en nómina, y que además sabe sacar lo mejor de su equipo a base de carisma personal.

De niño sí pasaba muchas tardes con ella, aunque a veces fuera solo el par de horas que tardaba su madre en ir al médico o en hacer algún recado. La abuela había muerto muy joven, mucho antes de que él naciera, y ese papel había recaído bastante en la hermana mayor sin descendencia, no solo con él sino también con otros sobrinos. Tampoco es que ella tuviera mucho tiempo libre, pero los portales los iba a limpiar por la mañana y los arreglos de costura los hacía por las tardes en casa. Cuando él tenía doce o trece años, muchos días venía directamente al salir del colegio, ella le daba de merendar y se sentaban un rato juntos en el cuarto de estar a doblar ropa o a ver la novela. A él le encantaban las revistas que ella siempre tenía desperdigadas por ahí, las reunía todas y se las apilaba en el regazo y después iba pasando a toda velocidad las páginas del *Hola*, del *Semana* o del *Diez minutos*, leyendo solamente los titulares y buscando fotos de modelos y mujeres famosas en bikini o en *topless*. Ella alguna vez le dijo a su marido que no sabía muy bien qué pensar del hecho de que el crío se detuviera tanto en la sección de las pasarelas de moda, porque además lo relacionaba con la fijación que había tenido siendo más pequeño por cogerle las agujas de hacer punto para jugar, pero más adelante ya notó que había algo de furtivo en la manera que tenía de recrearse en aquellas páginas. Además enseguida comprobó que cuando iba al baño a veces también se llevaba las revistas, y ahí por fin se dio cuenta de cuál era su motivación. En el futuro lo iba a recordar como un niño muy cariñoso que siempre estaba dando besos y preguntándole a la gente cómo estaba o qué tal se encontraba. A ella aquello le llamaba mucho la atención en un crío de esa edad y nunca supo muy bien de dónde lo habría sacado, pero en todo caso le gustaba oírsele decir porque le parecía muy dulce, incluso con aquella expresión tan seria que ponía y aquel gesto tan raro de sujetarte el antebrazo al dirigirse a ti, como los curas. Cuando se cansaban de lo que hubiera en la tele, muchos días jugaban a la baraja o al parchís. Era un poco raro pero a él no le importaba nada ganar o perder, al final de cada partida se alegraba igual y parecía siempre igual de dispuesto a celebrarlo solo porque uno de los dos había ganado, lo cual a ella la animaba a pensar que ya sabía algún que otro secreto importante sobre la vida. Después en realidad

seguramente fueron años, pero la sensación que a ella se le quedó es la de que durante mucho tiempo la relación entre los dos fue muy bonita y luego todo cambió de repente. En su recuerdo, un día su sobrino preferido estaba dándole abrazos al llegar a su casa, siempre como si llevaran siglos sin verse, o pidiéndole ilusionadísimo si podían sentarse a ver juntos sus álbumes con fotos antiguas, pero al día siguiente ya solo se presentaba allí obligado por su madre, con gesto de adolescente contrariado de los que no miran nunca a la cara a sus mayores. Enseguida tuvo edad para quedarse solo en casa y luego empezó a ir al instituto, que quedaba bastante más lejos, con lo cual pasaron a verse muy de tanto en tanto. También empezó a entrenar con un equipo de fútbol por las tardes y al principio le encantaba, pero luego fue perdiendo el interés porque apenas lo sacaban del banquillo en los partidos. Acostumbrado a no llegar a casa hasta la hora de la cena, se pasaba las tardes en la calle perdiendo el tiempo con su pandilla, sentado en un banco sin hacer nada o jugando a aquella tontería de poner música en un radiocasete y dedicarse a dar vueltas como un trompo en la parte de suelo resbaladizo de la plaza del mercado. Si ella a lo mejor iba a comprar algo y volvía con peso y cruzaba por allí para acortar, muchos días se la llevaban los demonios cuando se lo encontraba haciendo el indio, rodeado de una cuadrilla de zánganos vestidos con colorines y que iban siempre todos encorvados y arrastrando los pies como impedidos. A veces incluso le daba por no levantar la mirada del suelo, haciendo como si no la hubiera visto. Más o menos por esa época ella cumplió cincuenta y cinco años y él se presentó en su casa un sábado un poco antes de la hora de comer. Llevaba puesta una camisa de cuadros y traía en la mano un paquete de aquel papel verde y dorado tan feo con el que antes siempre envolvían los regalos en El Corte Inglés. Ella le preguntó que cómo le había dado por venir a esa hora, pensando en que la última vez que había estado allí por la mañana tenía que haber sido hacía por lo menos cuatro años, en los días que había pasado a su cuidado medio en cuarentena, apartado de sus hermanos para no contagiarlos de varicela. Él contestó «pues aquí estoy», pero no le dio la gana de disimular que la visita no había sido idea suya. Acto seguido le entregó el paquete con el mismo gesto con que se le pone algo en la mano a alguien para que lo sujete, no para dárselo, y entró en el salón y abrió una ventana y se quedó allí de pie esperando a que ella lo desenvolviera. Ella le dijo que no tenía por qué haberse molestado y después se extendió sobre el pecho aquella chaqueta azul marino con hombreras que luego no llegó a usar ni una sola vez. Le preguntó que cómo había acertado tan bien con la talla y que si no le parecía preciosa. Él asintió y se llevó una mano al

bolsillo y después sacó de un paquete de Fortuna el primer cigarro que ella le vio fumarse en la vida. Con aquel gesto —el de llevárselo a los labios y agachar un poco la cabeza y luego acercarse a la cara el mechero con dos manos, una accionando el mecanismo y otra protegiendo la llama—, creía haber visto desvanecerse para siempre al niño por el que tanta debilidad había sentido, o que tanta gracia le hacía cuando por ejemplo en misa se ponía tan formal a darle la paz incluso a la gente que estaba varios bancos más allá. Probablemente fue el primer gesto de adulto que le vio hacer y que de verdad parecía suyo. Él siguió asintiendo y soltó el humo por la nariz y le dijo que era verdad que era bonita, dando a entender, con un aire así como desafiante, que también era la primera vez que la veía.

El día que nos dieron la noticia llamaron a la delegación para reunirnos a todas en la sede central en una hora, yo creo que para que no nos diera tiempo a preguntar ni a preparar nada, y cada una se tuvo que buscar la manera de llegar hasta allí a tiempo. Yo fui en el coche de una compañera con la que como a veces, pero llegamos tarde porque ese día había convocada una manifestación de estudiantes y estaban cortadas algunas calles del centro. Las dos sabíamos que si nos citaban allí no era para algo intrascendente ni para nada bueno, por eso empezamos a ponernos nerviosas cuando nos encontramos con el atasco y yo hasta recuerdo haber hablado un rato con ella de lo injusto que es que ahora a la gente, sobre todo a la gente joven, no le importe nada complicarles la vida a los demás cuando quieren protestar por algo o reivindicar unos derechos que a lo mejor solo les atañen a ellos, habiendo como tiene que haber miles de maneras de hacerlo que no perjudiquen tanto al prójimo. Me suena mucho haberle dicho que encima, en cuanto los miras un poco de cerca, siempre acaba dándote la impresión de que lo que están haciendo en realidad cuando se juntan no es más que jugar a cuestionar la autoridad y a hacer cosas intrépidas, como subirse a los muros para colgar pancartas o jugar a pillar con los antidisturbios. Para cuando por fin llegamos a la reunión, ya estaban terminando de explicar que había habido un error en la tramitación de las subvenciones de este año —lo cual no dejaba de ser un insulto a nuestra inteligencia— y que lo lamentaban mucho pero que ese mes no iban a poder asumir el pago de nuestros salarios. De hecho, en realidad no sabían cuándo iban a poder asumirlo —o más bien si iban a poder asumirlo de nuevo en algún momento—, pero obviamente eso no nos lo iban a contar. Sí nos dijeron, en un tono que me pareció bastante amenazante, que la que quisiera era muy libre de dejar de presentarse en su puesto de trabajo cuando le viniera en gana —como lo es siempre cualquier trabajador del mundo sin necesidad de que nadie se lo explique, entiendo yo—, pero que en ese caso tendría que atenerse a las consecuencias, naturalmente. Estábamos todas apiñadas en una sala de juntas que no debían de usar muy a menudo, porque en una esquina había una máquina de café y en la otra una impresora enorme, un cubo para reciclar papel y una estantería llena de folios con

distintos membretes. Al final, como para mostrar su cara humana, nos dijeron que comprendían que era una noticia difícil de encajar y que esa tarde no hacía falta que volviéramos a la oficina, y entonces se hizo un silencio raro. Alguien lanzó un trabajo desde alguno de los despachos de al lado y durante quince o veinte segundos solo se escucharon los rodillos de la impresora y el papel entrando por un sitio y saliendo por el otro. Lo pienso ahora y me doy cuenta de que seguramente nos mandaron para casa porque querían dispersarnos hasta que ya lo tuviéramos un poco más asimilado, para que no nos diera por montar un motín ni nos dedicáramos a dar gritos, que imagino que es la misma lógica que aplican en casi todas las empresas para despedir a todo el mundo los viernes por la tarde. A mí me apetecía subirme a un autobús lleno de gente tanto como que me lapidaran, así que me fui andando a casa y di un rodeo bastante largo pensando en aclararme un poco la cabeza y en que así a lo mejor me serenaba. Por el camino crucé de nuevo por la misma zona del centro y debía de ser justo en ese rato en que los manifestantes ya se habían dispersado pero todavía no se había restablecido el tráfico, porque pasé por varias calles que estaban desiertas y en las que no había ni siquiera coches aparcados a los lados, solo algunos furgones de la policía y un montón de contenedores atravesados a la altura de las bocacalles, con miles de panfletos blancos y amarillos desperdigados por el suelo. A lo lejos se oían sirenas y de repente me dio la sensación como de estar vagando por una ciudad después de un toque de queda. Cuando era pequeña mi abuela me contaba una historia de la guerra, de cuando con diecisiete años un día su jefe le ofreció hacer unas horas extra pagadas y tuvo que quedarse en el trabajo limpiando o no sé si embalando paquetes hasta muy tarde. Después le tocó ir a pie creo que desde Argüelles a Tetuán cuando ya se había pasado el toque de queda, sin un alma por las calles e intentando no cruzarse con los de la Guardia Mora, que se suponía que eran los que vigilaban la ciudad por la noche pero que en realidad lo que hacían era desvalijarte, cuando no cosas mucho peores. Fui un rato andando por el medio de la calle desierta como para acentuar esa sensación apocalíptica, riéndome yo sola, pensando en la cara que se le iba a quedar a él cuando se lo contara y que al menos esta vez no íbamos a tener tanto que discurrir, porque absolutamente todos los cambios y los ajustes posibles ya los habíamos puesto en práctica con el primer sueldo que empezó a faltar en casa. Las sirenas y el ambiente tan raro en esa calle después de la manifestación me empezaron a recordar a las historias de mi abuela, a lo que contaba del toque de queda y de los alimentos de estraperlo o de tener que ir a comer al auxilio social. Siempre me intrigó

mucho que todas aquellas historias las contara como si fueran divertidas, con el tono de una persona que estaba entre escandalizada y enternecida consigo misma, más o menos igual que el que tenía cuando contaba que una vez, siendo muy niña, se había emborrachado a escondidas en la boda de un primo lejano, bebiéndose todos los culos de los vasos, y después se había quedado dormida dentro del estuche abierto de un contrabajo. Me puse a pensar en cómo mi abuela contaba todas aquellas historias simplemente como cosas que le habían pasado, como si no hubiera habido ningún motivo o como si la única explicación fuera que eso era lo que le solía pasar a la gente en aquella época. Empezaba diciendo «cuando la guerra» para ubicarlas en el tiempo, pero yo no recuerdo que las relacionara nunca con el hecho histórico de los militares que se sublevaron y luego estuvieron meses y meses asediando su ciudad, por ejemplo, y si no lo hacía no era ni mucho menos porque pensara que la culpa de todo la hubiesen tenido los rojos y sus desmanes en la época de la República. Yo no creo que pensara jamás en esos términos, ni que tuviera nunca en cuenta que detrás de todo lo que le había tocado vivir había unos responsables, o cuando menos una serie de decisiones tomadas por personas de carne y hueso. Entretenida con todo esto recorrí varias manzanas sin fijarme mucho en nada, completamente absorta, pero al llegar por fin a Atocha cambió de pronto el ambiente y volví a ver coches circulando y tiendas abiertas y gente esperando en las paradas de autobús. Una vez enfilada ya sí que bajé directamente hasta el barrio sin cambiar de acera, preguntándome si sería solo cuestión de tiempo, si cuando fuera vieja también llegaría a contarle a mi hija o a mis nietos la reunión de la sede central con el mismo tono con que se cuentan las anécdotas simpáticas.

La cena de Navidad siempre la organizábamos entre los compañeros. En principio se planteaba como algo completamente al margen de la empresa, aunque luego siempre acababa surgiendo la discusión sobre si había que invitarte a ti o no, porque de un bando había gente que no quería hacerte el feo y de otro gente que decía que si querías ir a una cena de Navidad que por qué no la organizabas tú. De todas formas al final siempre había un pelota en la sombra que te avisaba, o si no un tacaño que daba por hecho que si te apuntabas acabarías pagando. Así que siempre había alguien que te lo contaba y después quedaban dos incógnitas: la de si te apuntarías y, en el caso de que sí, la de si al final te encargarías tú de pedir la cuenta. Aquel año fue la típica encerrona de una que dice que unos amigos suyos tienen un restaurante donde se come fenomenal y que si queremos llamar a ver si hay suerte y les queda algún hueco, porque siempre están a tope. Pero luego llegas y el local huele a cañerías y tardan siglos en traerte exactamente lo mismo que te pondrían en un mal menú del día, solo que en porciones de *nouvelle cuisine* y servido en unos platos enormes de colores lacados como con purpurina. No creo que el sitio te gustara a ti tampoco, pero tú siempre estabas por encima del bien y del mal y eras demasiado educado como para sumarte al grupo de los que aquel día protestamos. Yo te estaba viendo allí sentado entre los dos becarios, superinteresado en las historias que te estaban contando sobre qué tal se vivía en pisos compartidos, y me dio la sensación de que como experiencia o experimento sociológico de verdad te parecía divertido y hasta interesante, el ir a cenar a un restaurante hortera con gente bastante arrastrada pero con un nivel cultural más o menos aceptable (me imagino que porque los ricos muchas veces tendéis a verles un punto como de bohemia o de encanto a las vidas del común de los mortales, igual porque creéis que estamos atados a menos convenciones y que eso nos hace más libres). A mí me encantaba y estaba entretenidísimo fijándome en ti fijándote en nosotros, porque empezaba a imaginarme lo que estarías pensando sobre cada cosa que te contábamos y luego jugaba a adelantarme a tus reacciones, a lo que a lo mejor podía abochornarte o sorprenderte. Ahora me estoy intentando acordar del nombre de la chica belga a la que le enseñaste la foto y es muy curioso,

porque muchos días me tomaba el café con ella y no creo que hayan pasado ni tres años. Al pensar en estas lagunas que tengo siempre me acuerdo de que, a principios de los ochenta, cuando mi padre intentó subir por un terraplén y se le cayó encima el rotavator y estuvo dos meses ingresado, sus compañeros de los viñedos fueron a verlo varias veces al hospital y hasta se organizaron para turnarse los fines de semana y que no se le echara a perder el bancal. Con algunos trabajó más de veinte años en la misma empresa y a dos de ellos hasta llegó a invitarlos a la boda de mi hermana la mayor. Yo es verdad que soy malísimo para los nombres, pero en los sitios donde he trabajado he visto llegar y luego desaparecer a compañeros como a concursantes de *Gran Hermano* a los que luego se los traga la tierra. Aunque casi todos fueran gente más o menos de mi edad y que a veces incluso parecía ser de mi misma cuerda, para mí lo normal siempre ha sido tener con ellos una relación superficial y luego olvidarme de sus nombres a los pocos años. Sí recuerdo que tú y aquella chica belga estabais hablando de Stella McCartney. De cómo Stella McCartney era de los pocos *hijos de* que de verdad tenían talento y que habían conseguido ganarse el respeto de la gente con su trabajo, y además en una actividad completamente distinta de aquella en la que había destacado el padre. Yo ya llevaba un rato con la antena puesta y pensé que si tú estabas hablando de Stella McCartney seguramente era porque te sentías identificado con el personaje, porque a lo mejor estabas pensando en tu padre y en su cadena de joyerías y en cómo tú también habías logrado hacerte cierto nombre en lo tuyo, aunque solo fuera en el pequeño patio de vecinos de la gente de tu gremio y tu misma ciudad. Y ya después no sé si fue porque tenías en casa algo de Stella McCartney y querías enseñárselo. De hecho, ni siquiera sé si Stella McCartney diseña ropa para hombre, o igual solo fue que seguisteis hablando de moda. El caso es que al rato te sacaste el iPhone del bolsillo y creo que en un principio solo le ibas a enseñar la foto a ella, pero su reacción fue tan atómica que al momento todos los que estábamos cerca también quisimos verla y tú nos lo dejaste para que nos lo fuéramos pasando. Salías tú sujetando el teléfono como apuntando a alguien con una pistola, sacándole una foto a tu reflejo en una pared de espejo que tenías delante, como a tres o cuatro metros. Detrás de ti también había otro espejo que iba del suelo al techo, conque en la foto en realidad erais miles de fotógrafos los que os apuntabais con el móvil uno detrás de otro hasta el infinito. El suelo era de moqueta gris y había dos barras de aluminio por todo el largo, de espejo a espejo, una barra kilométrica a tu derecha y otra a tu izquierda, con un montón de perchas de las que colgaban miles de pantalones y camisas y

abrigos de todos los colores y tejidos imaginables. A mí aquella foto seguramente me dejó tan trastornado como a todos los demás compañeros que la vieron, pero en lugar de obsesionarme con lo que decía sobre tu poder adquisitivo —que supongo que también—, en lo que enseguida me puse a pensar fue en tus posibles motivaciones para inmortalizarte así (tú solo, muy serio, rodeado de toda tu ropa), y también pensé en qué te habría movido a enseñársela a tus empleados en una cena de Navidad a la que probablemente ya sabías que en un principio ni siquiera estabas invitado. Estuve un rato intentando dar con esas posibles motivaciones hasta que la chica belga se levantó para ir al baño y, mientras acercaba su silla a la mesa, te dijo toda propia y sin la menor ironía que nunca más iba a haber nada que pudieras ponerle como excusa para no subirle el sueldo.

Una de las primeras cosas que había hecho al irse a vivir con ella fue instalar una tele enorme en su habitación. Al parecer era la que tenía en su piso anterior y al marcharse le había dejado pagada la mitad a su amigo argentino, porque en su momento la habían comprado entre los dos. Ella nunca supo gran cosa sobre la indemnización que le habían dado al despedirlo, más allá de lo que él siempre decía de que había sido ridícula, pero el día que trajo la tele sí se enteró de que lo primero que se había gastado de aquel dinero — suponía que una fracción muy pequeña— había sido en dejarle al argentino otro mes pagado por adelantado y devolverle su parte de la tele. El mismo día de la mudanza le había pedido permiso para hacer agujeros en la pared de la ventana y fijar un soporte metálico como los de los bares, pero ella le había dicho que allí siempre iba a dar en yeso y efectivamente, los cuatro tacos que puso se vencieron como las velas de una tarta. Terminó colocando el soporte en la columna de hormigón que hacía un saliente, aunque para lograr perforarla antes tuvo que romper dos brocas. Las primeras semanas él siempre lo vio todo en su habitación, generalmente con la puerta cerrada para que no le molestara el ruido de la otra tele, hasta que una noche vio que en la 2 iba a empezar *West Side Story* y se acordó de cuando era niño y ella a veces le cantaba una versión rarísima de *América*, en castellano, que ella decía que había grabado Lola Flores y que a él de pequeño le daba un poco de vergüenza ajena. Fue corriendo al salón para avisarla y notó que le hacía ilusión y se sentó allí con ella en principio solo a verla empezar, pero resultó que se engancharon y los dos terminaron viéndola entera, ella sentada muy recta en su sillón de orejas y él tumbado en el sofá. Después poco a poco fue saliendo cada vez más a menudo de su cuarto para ver la tele con ella, al principio sobre todo el telediario a la hora de cenar pero después también películas y reposiciones de telecomedias antiguas. Lo que más les apetecía ver eran cosas antiguas, un poco por nostalgia pero seguramente también porque de alguna manera los ponía a los dos en sitios donde a lo mejor ya habían estado juntos. Casi desde el primer momento ella le cedió el mando y él enseguida le arregló la programación de los canales, de manera que apretando el botón del uno se viera la primera, el del dos la segunda, el del

tres la tercera y así sucesivamente, pero en cuanto ella volvió a cogerlo se quejó porque se había acostumbrado a la sintonización tal como estaba y ya no era capaz de encontrar ningún programa. Él tampoco tardó en darse cuenta de que, cada vez que el volumen de los anuncios estaba descompensado con respecto al de lo que estuvieran viendo —y esto en según qué cadenas ocurría con bastante frecuencia—, ella saltaba como un resorte del sillón para bajarlo en el propio aparato, porque al parecer justo ese botón del mando había dejado de funcionar hacía tiempo. Cuando le preguntó cuánto hacía que lo tenía roto, ella le contestó que qué más daba y que le habría gustado verlo a él cuando no existían los mandos a distancia y ni siquiera importaba, porque había solamente dos canales y encima tampoco empezaban a emitir hasta después de mediodía. Él entonces sintió el típico orgullo herido de a quien se acusa de no llevar vivo el tiempo suficiente. Le dijo que sí que tenía un vago recuerdo de aquella escasez de contenidos, y que además lo relacionaba con el de haberse quedado de niño alguna vez viendo la tele hasta tarde, a escondidas, y haber visto de repente al rey con la bandera por detrás y el himno sonando de fondo, y haber sentido en las tripas como que se acababa el mundo cuando de repente aparecía la carta de ajuste. Recordaba haberse quedado un buen rato en el salón a oscuras esperando a que empezara algún programa, pero nada. Así que para cuando le ofreció regalarle una tele nueva ya casi veían más cosas juntos que por separado, pero la primera vez ella se hizo la sorda. La segunda vez él le explicó que con una pantalla plana el cuarto de estar ganaría medio metro de ancho y que además tenía que verlo como una muestra de gratitud, por todo lo que estaba haciendo por él en un momento como aquel, pero ella se limitó a contestarle entre dientes que no estaba el horno para bollos. A la tercera, cuando ella por fin fue consciente de que de verdad estaba empeñado y de que no se iba a olvidar, optó por salir huyendo de la cocina mientras él fregaba los platos. Cuando ya no podían verse las caras le dijo, con un tono que en la medida de sus posibilidades se acercaba bastante al del enfado, que si de verdad tenía dinero para andar comprando televisores, a lo mejor podría haberse ahorrado lo de mudarse a la casa de una vieja viuda que lo estaba poniendo como una foca con sus guisos, que roncaba y que hasta lo había obligado a orinar sentado (que eran precisamente los últimos reproches que él le había hecho en broma a ella).

Él se enteró de que yo estaba embarazada en un viaje en coche que hicimos a Gredos. Habíamos estado casi toda esa semana durmiendo en habitaciones separadas y sin dirigirnos la palabra por una discusión bastante enconada que ahora no viene al caso, pero el día antes por fin nos habíamos reconciliado a lo mejor un poco a marchas forzadas, sin estar todavía demasiado convencidos, porque ese viernes al salir de trabajar nos esperaban varias horas de viaje los dos solos en un Corsa de alquiler y no era cuestión de seguir con caras largas. Íbamos a pasar el fin de semana entero encerrados en una casa rural con su pandilla de amigos de la infancia, de compadreo intensivo, y los dos sabíamos que aquello iba a ser una tortura si no rebajábamos un poco el nivel de tensión antes de quedar en Hertz (porque el plan era salir corriendo del trabajo a mediodía y vernos ya directamente en Hertz). Esa era al menos la razón que manejaba él, porque yo además llevaba muchos días de retraso, tenía el Predictor comprado desde el martes y se me estaba empezando a hacer eterno cada segundo que pasaba sabiendo que me tenía que hacer la prueba y a la vez esperando a que en casa hubiera un panorama un poco menos desquiciante. El jueves por la noche acabamos diciéndonos que nos queríamos y por fin nos acostamos en la misma cama, si bien tampoco tardamos mucho en tumbarnos cada uno hacia su lado. El viernes por la mañana yo llegué pronto al trabajo, miré la hora en el móvil, me encerré en el cuarto de baño y a los cinco minutos salimos dos personas. Por la tarde, en Hertz nos hicieron esperar como una hora y nada más recoger el coche yo empecé a contarle las últimas ruindades que me había hecho mi jefa —aun temiéndome que él estuviera un poco harto de oírme hablar de trabajo—, seguramente porque era un tema en el que no le iba a costar ningún esfuerzo ponerse de mi parte y mostrar un apoyo incondicional, que era justo lo que yo necesitaba en ese momento y lo que instintivamente andaba buscando después de una semana sin hablarnos, sobre todo de cara a crear un ambiente de cierta concordia antes de darle la noticia. Recuerdo haberme puesto un poco verborreica al darme cuenta de que él no tenía ningunas ganas de hablar, de que de hecho estaba haciendo todo lo posible por acabar la conversación, diciendo cosas majas y bienintencionadas pero bastante escuetas y que en

general daban poco pie a que yo pudiera seguir ahondando en el asunto. Ahora con la niña todo es distinto y ni siquiera se le ocurre, pero en aquella época, siempre que alquilábamos un coche para ir a algún sitio, a él lo que más ilusión le hacía era preparar un estuche con CDs especialmente escogidos y luego ir escuchándolos todo el camino. Lo tenía tan preparado que después nunca sabía muy bien cuál dejar puesto y se dedicaba a cambiarlos todo el rato, sin dar tiempo a que sonaran nunca más de tres canciones seguidas. Antes de llegar a Moncloa ya vi claro que él estaba a lo que estaba y que lo que menos le apetecía era enfrascarse en una conversación exigente y más o menos profunda, que era el único prolegómeno posible que yo me había imaginado para el momento de ponerlo al día y cambiarle la vida para siempre (porque segura no estaba, pero sí que intuía que él estaría bastante dispuesto a dejarse cambiar la vida para siempre). Hace no mucho, en uno de esos correos kilométricos como de recapitulación que a veces te manda la gente sin que venga muy a cuento, una amiga me habló de esa época y dio por hecho que el mío fue un embarazo no deseado, o como mínimo imprevisto, mencionándolo solamente de pasada. Fue un poco incómodo pero me tuve que molestar en sacarla de su error, porque lo cierto es que era algo que los dos sabíamos que queríamos hacer y también sabíamos que antes o después acabaría pasando, solo que también es verdad que a lo mejor todavía no habíamos decidido a partir de cuándo. Si lo pienso, en realidad no creo que le hayamos puesto nunca una fecha a ninguna de las decisiones importantes que hemos tomado juntos, en pareja, yo diría que siempre han sido cosas que teníamos muy claro que queríamos pero que después han terminado pasando simplemente cuando ha tocado. Por ejemplo, primero nos fuimos haciendo poco a poco a la idea de que ya no nos apetecía salir tanto de fiesta, y sin darnos demasiada cuenta fuimos dejando de hacerlo hasta que al final ya no salíamos casi nunca. Luego también cuando nos pusimos a buscar piso para comprar y a mirar lo de la hipoteca —y maldita la hora—, en realidad fue solo porque se iba a cumplir el plazo de la cuenta ahorro vivienda. Yo creo que casi siempre es así con todo, que no es tanto que tú decidas cuándo quieres que pasen las cosas como que las cosas van pasando. Al salir aquel viernes del cuarto de baño del trabajo, lo que recuerdo haber pensado fue muy parecido a lo que pensé un día haciendo un *cambré* en clase de *ballet* a los trece años, cuando de repente en plena contorsión vi como con el ángulo invertido que la profesora me estaba mirando un poco raro justo ahí y al ponerme recta yo también miré y me di cuenta de que me había venido la primera regla. Más allá del susto y el aturdimiento y la vergüenza, también

recuerdo que para mí fue algo así como decir «ya estoy aquí», o «ya he llegado», pensando que todo lo anterior ya no iba a ser tan pertinente y que ahora sí que empezaba una nueva etapa de mi vida. De vuelta a mi cubículo, creo que lo siguiente que me vino a la cabeza aquella mañana mientras encendía el ordenador fue la pregunta de si él habría sido sincero las veces que lo habíamos hablado y de verdad estaba tan preparado como yo, aunque supongo que también me estaba engañando bastante a mí misma si justo en aquel momento me dio por sentirme completamente preparada.

Cuando yo empecé en la empresa ya hacía tiempo que no se podía fumar en los lugares de trabajo, pero aquel ático tan de diseño en el que te habías montado la oficina daba a un terrado enorme que siempre les estabas enseñando a todos los clientes, porque también tenía unas vistas increíbles. Todos los que fumábamos salíamos a ese terrado por unas puertas correderas de cristal y nos juntábamos delante de un macetero vacío que siempre usábamos de cenicero. Yo igual estaba muy concentrado haciendo cualquier cosa y de repente apartaba la vista de la pantalla y justo en ese momento veía a un compañero que se levantaba y me miraba como con cara de hacer cosas malas, así como tentándome, y enseguida se ponía dos dedos en los labios para preguntarme si quería acompañarlo. Con llevar más de una hora sin salir, a mí ya me valía y le decía «va, uno rápido», aunque luego probablemente tampoco fuera a darme tanta prisa. Cuando tú no estabas en la oficina, o si estabas liado con visitas, recuerdo que a veces yo hasta salía con las gafas de sol puestas o cogía el *20 minutos* que siempre había en la minicocina, doblado al lado de la máquina de Nespresso. Yo creo que a ti no te parecía tan mal y nos dejabas salir a fumar con la frecuencia que nos diera la gana porque tú también eras fumador y entendías lo que es tener un vicio, pero además sé que también te gustaba mucho presumir de aquella terraza. Te encantaba demostrar lo enrollado que eras teniendo la oficina en un sitio tan chulo como aquel y dejando que tus empleados disfrutaran así de las instalaciones, porque cuando coincidías allí con alguno siempre decías que aquello era la gloria y que asomarte a la calle desde aquel terrado era algo que a ti te daba la vida. Yo estoy convencido de que todas esas cosas que decías eran parte de una película que tenías montada en la cabeza, la de que todos juntos —tú incluido— formábamos un grupo muy moderno que sabía perfectamente cómo trabajar bien en equipo, porque íbamos al grano y no perdíamos el tiempo con normas innecesarias. O porque mientras trabajábamos también sabíamos disfrutar de las cosas sencillas. De la misma forma que podíamos salir a fumar un cigarro sin estar muy pendientes del reloj, cuando había que quedarse allí hasta las mil el equipo al completo se aguantaba y se quedaba, porque por encima de todo éramos gente resolutiva y superflexible, o al

menos así era como a ti te gustaba vernos. Además te esforzabas mucho por participar en las conversaciones de aquellos corrillos de fumadores, y a todos nos ponía un poco incómodos que te empeñaras en hacer como si fueras uno más, porque la verdad es que no hay nada más agobiante que un jefe que intenta relacionarse con sus trabajadores como si fuera uno más. Igual alguien estaba hablando de algo que había visto por la tele el día anterior o contando lo que había hecho el fin de semana, y a ti la parte de interesarte por lo que contaba la gente sí que se te daba muy bien, porque tenías esa simpatía natural y siempre fuiste muy encantador y diplomático y es verdad que casi todo te despertaba curiosidad. Lo que pasaba era que en general nunca sabías muy bien de qué estábamos hablando. No conocías los programas de la tele que veíamos ni los sitios por donde nos gustaba salir a divertirnos, o a lo mejor tampoco sabías gran cosa de la vida de los famosillos sobre los que nos gustaba chafardear. Está claro que te encantaban aquellas tertulias de cinco minutos y a veces hasta eras el culpable de que se alargaran un poco más de la cuenta, pero yo estoy convencido de que, si para salir a fumar hubiésemos tenido que bajar a la calle, a ti te habría costado mucho más relacionarlo con esa película que te montabas y ya no lo habrías visto con tan buenos ojos, o igual directamente nos lo habrías prohibido. Un día me acuerdo que estábamos cuatro o cinco compañeros en el fumadero y tú saliste al terrado y te acercaste al grupito, pero en lugar de encender un cigarro nos empezaste a señalar a cada uno con el dedo, así como muy impasible, pidiéndonos que dijéramos números del uno al diez hasta que uno por fin lo acertó y entonces tú todo elegante te sacaste del bolsillo dos entradas para el Circo del Sol. Dijiste que te las habían mandado de regalo y que la última vez que habías ido a ver un espectáculo te habías quedado dormido a los diez minutos, así que te parecía mejor que las usara una persona que de verdad las fuera a disfrutar. Tú te volviste a tu despacho y a mí me salió del alma decir en voz baja algo así como «qué *maco*», y enseguida vi cómo se sonreía una chica morena que llevaba mucho más tiempo que yo en la empresa y que luego fue de las primeras que echaste, yo creo que porque era con diferencia la que más se quejaba —o más bien la única— de tener que dar largas a los proveedores con todas las facturas y de que tardaras tanto en pagar a los colaboradores externos, eso cuando sonaba la flauta y coincidía que les pagabas. Era aquella chica que siempre llevaba unas pintas como de *punky* y que yo en algún momento llegué a pensar que a ti te ponía un poco, y que me acuerdo que siempre estaba hablando de concentraciones y sentadas en contra de esto y de lo otro. De hecho, todos la llamábamos «la *punky*» y es verdad que era la

única que, además de ponerte verde a tus espaldas, se atrevía a decirte las cosas a la cara. Cuando el tema de los impagos empezó a ser muy escandaloso y tú pasaste de hacerte el loco a poner siempre la misma excusa de lo mal que estaba la situación y de que tu prioridad eran las nóminas de la gente a la que tenías en plantilla, ella fue la única que tuvo valor para decirte lo que todos ya sabíamos de sobra. Que era que en realidad siempre habías funcionado más o menos igual, incluso cuando te iba de lujo, porque lo de hacer maniobras de despiste o ir retrasándolo todo para finalmente conseguir que gran parte de las facturas se quedaran sin pagar, todo eso había sido una cosa bastante sistemática desde el principio. Yo recuerdo que un día en una reunión hasta te preguntó si eras consciente del fortunón que seguramente habías ganado solo por la cantidad de gente a la que debías dinero y que luego a lo mejor se rendía al quinto *e-mail* y nunca llegaba a enviarte un burofax. Esto a mí me recuerda a esa idea que me obsesiona sobre la relación entre tu comportamiento como empresario y el tamaño de tu vestidor, o sea que probablemente mi cabeza vinculara una cosa con la otra desde que se lo oí decir. Aquella chica siempre me pareció que era bastante borde, porque la veía como cabreada con el mundo y un poco resentida, lo cual además era algo que me casaba perfectamente con sus miles de *piercings* y su aspecto físico en general, tan desastrado, y también con aquella manera de hablar tan macarra que se negaba a cambiar incluso delante de los clientes. Aquel día, lo que me dijo la *punky* al oírme soltar aquello de «qué *maco*» fue que, sobre todo tratándose de un jefe, cuando alguien hace por ti algo que en realidad no le cuesta nada, ese gesto no tiene por qué significar que sea *maco*. Porque a lo mejor lo único que está haciendo esa persona es lo que haría cualquiera con dos dedos de frente en la relación con sus empleados, que es tratar de ponerse las cosas fáciles y conseguir un ambiente de trabajo lo más agradable posible. Lo que quería decirme era que, mientras nadie lo coloque en una situación en la que vaya a perder algo, un jefe tampoco tiene demasiadas razones para no comportarse como una buena persona, y yo ahora entiendo mejor a qué se refería. Últimamente me he rayado con eso y es verdad que a lo largo del día hay mil cosas que no cuestan nada y que le sirven a la gente para quedar como buenas personas —sobre todo si ocupan puestos de mando—, pero yo supongo que al final lo interesante, y en realidad lo único que cuenta, es que también queden bien contigo y actúen como buenas personas cuando les va algo en ello. Ya estábamos volviendo a nuestro sitio y la *punky* me dijo que estaba curada de espanto con los putos jefes y que, antes de pronunciarme sobre si tú eras *maco* o no, igual era mejor que me esperara a ver si estabas

dispuesto a perder algo o a dar tu brazo a torcer alguna vez en beneficio mío, y evidentemente tenía razón y fue que no.

Cuando a su marido finalmente le pusieron la inyección más fuerte, todos los presentes se fueron despidiendo y saliendo de la habitación para darles un poco de intimidad a ella y a sus dos cuñadas gemelas. Coincidiendo justo con la caída de la tarde, las tres estuvieron un buen rato sin hablar hasta que al cabo de más o menos media hora ya sí que avisaron a una enfermera para que vinieran a llevárselo. Hubo un momento en que las gemelas salieron al pasillo para ver alejarse la camilla, ella se quedó sola y fue raro el pronto que le dio pero, cuando de repente cogió el móvil que había en la mesilla y se lo metió en el bolso, recuerda que se sintió como si estuviera robándole algo a un desconocido, como si no hubiera acabado de pasar a ser todo suyo. A la mañana siguiente, en cuanto llegó a casa lo puso a cargar sobre el mueble de la entrada y allí estuvo varios años sin que nadie lo cogiera más que para quitarle el polvo. No se sabía el código de seguridad y tenía miedo de que por un descuido se le apagara para siempre, por eso lo dejó allí enchufado como quien deja una vela encendida por un pariente enfermo, aunque luego nunca tocó un solo botón y ni siquiera llegó a desbloquear la pantalla para activar ninguna de las funciones. Cuando su sobrino se vino a vivir con ella, una de las primeras cosas que empezó a decirle para tomarle el pelo era que dónde había visto que los teléfonos móviles pudieran servir como objetos decorativos. En vida su marido jamás se acostumbró a usarlo. Las pocas veces que llamaba por teléfono lo hacía siempre desde el fijo. Cuando lo llamaban a él, lo más normal era que lo tuviera sin volumen o que estuviera en la otra punta de la casa, y tampoco es que hiciera demasiado caso a las llamadas perdidas. De hecho, solo había accedido a comprárselo —el más barato que encontró y de prepago— después del primer ictus, el que le dio mientras podaba el parral del patio en la casa del pueblo y que no lo mató de milagro, gracias a que la puerta de la calle estaba abierta y justo en aquel momento pasaba por delante un primo segundo suyo, que al parecer oyó un ruido raro y al asomarse lo vio arrastrándose por el suelo cuando ya había perdido la visión. El primo sí que tenía móvil y la ambulancia que mandaron del 112 tardó relativamente poco en llegar —teniendo en cuenta que era un pueblo pequeño sin servicio de atención médica propio—, pero el día que le dieron el

alta ella lo arrinconó antes de salir del hospital y le dijo que a partir de ese momento tenía prohibido ir solo a ningún sitio si no se hacía con uno. A las dos semanas del entierro, la primera llamada que recibió en ese móvil fue de una casa de repuestos a la que él había pedido un retrovisor nuevo para el coche, porque el del techo a veces se soltaba con los baches. El encargado estaba muy extrañado de que no se hubiese pasado a buscarlo todavía. Ella no sabía conducir y el portero de su edificio enseguida le había prometido que iba a conseguirle un comprador, pero luego el coche estuvo más de un año muerto de risa a quince metros del portal hasta que por fin la puso en contacto con un albañil ecuatoriano, o a lo mejor era peruano, que se lo quedó a cambio de una miseria en metálico y de teparle unas humedades en el baño. El día de la entrega de las llaves, al ir a buscar el coche se encontraron con el retrovisor de dentro caído sobre el asiento del copiloto. Ella seguía acordándose del nombre de la tienda y le dijo al ecuatoriano que podía pasarse cuando quisiera a recoger un recambio para ese espejo, que hacía tiempo que lo había encargado y que ya estaba pagado y todo. La otra vez que llamaron al móvil fue a los tres meses, cuando un día al volver de la calle oyó los últimos tonos de una llamada al fijo, pero tardó en abrir la puerta y no le dio tiempo a llegar hasta el salón. Al momento sonó el móvil en el mueble de la entrada y, por una extraña asociación de ideas, durante unos segundos tontos fantaseó con la idea de que quien estaba llamando fuese su marido. La voz que oyó al descolgar era la de un amigo de cuando él era pequeño, el único que había emigrado y no había vuelto —trabajaba de perito agrónomo en Francia, aunque ya tenía que estar a punto de jubilarse— y que llevaba tanto tiempo viviendo fuera que hasta se le había puesto un acento raro. El amigo enseguida le contó que estaba planeando un viaje para la semana siguiente y que había querido avisarlos para irse algún día a comer juntos. A su marido comer fuera siempre le había parecido un plan un poco estúpido y un gasto innecesario, igual que a ella, pero cuando su amigo venía de Francia estaba dispuesto a hacer una excepción. Ella entonces tuvo que pedirle perdón por no haberlo avisado y le explicó, de una manera algo más telegráfica de lo que le habría gustado, que en realidad no había tenido nada que ver con los ictus, que lo que había tenido su marido había sido un cáncer de páncreas fulminante y que, de hecho, desde el diagnóstico a la última fase de cuidados paliativos no habían pasado ni seis semanas. El amigo primero se mostró algo incrédulo y después le dijo varias veces que estaba «verdaderamente desolado». Sí que se había llevado una impresión, pero a ella tampoco le pareció que le estuviera hablando como alguien que realmente se sentía de esa

forma. De hecho, lo que pensó fue más bien que nunca había oído a nadie describir sus sentimientos con tanta franqueza ni tanta propiedad como para afirmar, en un momento como ese, que estaba «verdaderamente desolado».

Antes, cuando buscabas casa para comprar y a lo mejor ibas a ver una de un vendedor particular sin que mediara una agencia, lo que siempre tendías a pensar sobre el propietario que te la enseñaba era que tenía que ser alguien con una posición relativamente desahogada, al menos lo suficiente como para haberse podido permitir la compra de una vivienda, claro que también podía ser que la hubiese heredado. En todo caso, yo de lo que estoy hablando es de las situaciones más habituales, o de lo que la gente solía pensar. Si la casa que esa persona había puesto en el mercado era su única propiedad, lo normal era pensar que iba a querer vendértela a un precio bastante mayor que el que había pagado por ella en su momento, porque todo el mundo sabía que el suelo era algo que siempre se revalorizaba, y a la vez dabas por hecho que esa persona estaría planteándose la compra de una más grande y más cara. Si en lugar de una sola propiedad tenía varias —y, cuando estuvimos mirando para comprar la nuestra, a mí casi todos los vendedores me dieron la impresión de tener varias—, lo que pensabas era que probablemente se dedicara a comprar y luego a vender por más dinero y que obtendría un beneficio considerable, a lo mejor incluso tanto como para no necesitar ninguna otra fuente de ingresos. Pero ahora ya no. Ahora yo creo que todo eso funciona de otra forma. No me refiero a lo que pasa o deja de pasar en los procesos de compraventa de inmuebles, sino a lo que las personas implicadas tienden a pensar unas de otras. Puede que sean invenciones mías y que solo me parezca que es así porque estoy obsesionada, pero a mí ahora siempre me da la sensación de que la poca gente que viene a ver la casa sabe perfectamente que nos está yendo fatal, que estamos bastante desesperados y que el negocio que vamos a hacer será más bien ruinoso —en el supuesto remoto de que la consigamos vender—, porque en el barrio hay tropecientos pisos con carteles en los balcones y sabemos a ciencia cierta que hace por lo menos un año que no quitan ninguno. Por un lado creo que ya viene todo el mundo un poco predispuesto a pensarlo porque la gente en todas partes siempre está hablando de lo mismo, pero por otro también supongo que es algo imposible de ocultar. Por ejemplo, aunque nosotros nos esforcemos por limpiar bien y ordenar antes de cada visita, se tiene que ver a la legua que la casa no está puesta para enseñar sino que de

hecho la está viviendo gente que no tiene un duro. A lo mejor llega una pareja y nada más entrar ves que se fijan en la esquina del pasillo donde se sueltan los rodapiés y el parqué ya está bastante levantado. El primero en descubrirlo le empieza a hacer señales al otro medio a escondidas, y en cuanto capta su atención lo ves como intentando disimular los gestos escandalizados o de indignación. Otro día puede ser que entren en la cocina y que se pongan a inspeccionarlo todo y a abrir y cerrar las puertas de todos los armarios como si estuvieran registrando el piso en busca de un alijo. Tú lo pasas tan mal viéndolo venir que casi es un alivio cuando finalmente uno de ellos tira de la del sitio de los *tuppers*, que está colocada en plan mírame y no me toques desde que se la cargó la niña colgándose de ella en peso como si fuera un columpio, y no quieres mirar pero obviamente al final miras y ves que se quedan con ella en la mano y enseguida notas el bochorno y la afrenta y hasta la hostilidad de quien no está dando crédito, de quien no entiende cómo alguien puede tener la desvergüenza de poner su casa en venta y empezar a enseñarla sin haber hecho antes ese tipo de arreglos. Tú improvisas y les dices que acaba de romperse esa misma mañana y que todavía no has tenido tiempo ni de llamar a la casa, aunque a la vez estás tentada de preguntarles si les parece normal que dos bisagras minúsculas y cinco minutos de instalación salgan a ochenta y nueve euros con cincuenta, sincerándote de paso con ellos para que luego a lo mejor te puedan consolar por tu pequeño drama familiar (porque por el camino les habrás tenido que explicar hasta qué punto resulta implanteable un gasto así ahora mismo). A la pareja de lesbianas de hace un par de meses se lo dije tal cual, antes de que les diera tiempo a inspeccionar nada. Las hice pasar a la cocina y con todos mis arrestos me fui directa a por esa puerta del armario para enseñarles la avería. Me cayeron bien en cuanto vi cómo se peleaban por cederse el paso la una a la otra antes de entrar en cada habitación, y creo que también porque noté que les daba apuro ir descubriendo cada nuevo desperfecto de la casa. Él, como siempre, se había limitado a abrirles la puerta con una sonrisa de anuncio y las había recibido con un exceso de amabilidad realmente insoportable, solo para quedarse tranquilo y enseguida poder escabullirse fingiendo tener algo muy importante que hacer en el ordenador. A una de ellas la llamaron por teléfono y salió un momento a hablar al balcón, pero la ventana del dormitorio de la niña estaba abierta y se la oía perfectamente discutir con alguien sobre un trabajo que había hecho y que no sabía si le iban a pagar a mes vencido o a sesenta días. Por la tensión con que le explicaba a esa persona lo mal que le vendría si al final era a sesenta días —porque decía que desde el principio contaba con

cobrarla a mes vencido—, enseguida pensé que para aquellas dos mujeres entradas en carnes y con pinta de funcionarias a lo mejor no era tan buena idea meterse en una hipoteca. Sin basarme en ningún dato objetivo decidí que estaban siendo imprudentes al ponerse a buscar casa, aunque también me dio tiempo a pensar que tal vez la que tenía el dinero era la otra. De todas formas, no tardó mucho en quedar claro que el piso no se parecía en nada al que ellas tenían en mente y debo reconocer que en parte me alegré, porque desde que empezó toda esta historia he notado que a veces me dedico a tratar de localizar por ahí a la gente que está como nosotros, y hay momentos en que hasta me siento acompañada cuando alguien se desespera delante de mí por los precios de las cosas, o cuando algún conocido me cuenta cuánto está teniendo que cortarse con los gastos. Yo supongo que es porque me ayudan a quitarme de la cabeza esa idea tan puñetera de que, si ahora nos está pasando esto, una parte importante de la culpa tiene que ser nuestra. Y creo que también me ocurre que lo veo un poco como cuando tu avión tiene retraso y en la sala de embarque hay gente mucho más nerviosa y exasperada que tú y que se empeña en demostrarlo, porque a veces es como si estuvieran protestando también por ti y tú incluso notas que te liberan de cierto victimismo.

Yo tengo muy vivo el recuerdo de haber llegado a casa uno de los primeros días después del trabajo y haberme ido directo al ordenador para meter tu nombre en Google a ver qué me salía. La empresa ya la había investigado antes de hacer la entrevista, eso seguro, pero a ti creo que no te busqué hasta el día que me dijiste que de jovencito habías dado la vuelta al mundo en un velero —aunque igual era solo la travesía del Atlántico— y que tenías un barco en el Port Olímpic y hasta seguías compitiendo todavía en un par de regatas al año. Estábamos en tu despacho sacando unos datos del CRM y de repente me fijé en un pisapapeles con forma de calabrote que tenías encima de la mesa. Te pregunté si navegabas y a ti supongo que te hizo ilusión que reconociera el artilugio, aunque no tenía ni idea de cómo se llamaba y si ahora lo recuerdo es solo porque me lo dijiste y ya se me quedó. Esa tarde al llegar a casa entré en Google y puse tu nombre con la palabra *regata* y una de las primeras fotos que abrí en grande, del blog de un amigo tuyo que hablaba de cosas de náutica, me dejó tan flasheado que luego la he vuelto a buscar muchas veces, incluso después de haber dejado de trabajar en la empresa. Tú seguro que sabes qué foto es, hecha en blanco y negro con un rollo así muy artístico. Por lo joven que se te ve —no puedes tener más de veinticinco o veintiséis años— y por las zapatillas que llevas yo creo que debe de ser de principios de los noventa, aunque por otro lado qué curioso es que en una foto sacada en un barco en medio del mar tampoco haya muchas referencias que le sirvan a uno para ubicarla en una época determinada. Yo igual soy más cateto de lo que me pienso, porque qué imaginario tengo que tener si a lo que me recuerda esa foto es a los anuncios de Agua Brava. Sales tú solo en un barco de vela que en realidad tampoco es muy grande, en esa postura que no sé si es para hacer contrapeso o para estirar la vela pero que yo diría que es muy típica, con los pies apoyados en la misma borda y todo el cuerpo fuera del barco por el lado izquierdo —no sé si eso es a babor o a estribor—, inclinado como haciendo fuerza hacia fuera y agarrándote a una cuerda que yo creo que es lo que soporta tu peso. O mejor dicho *un cabo*. Es raro porque por la postura y la tensión que se te nota en los músculos de las piernas parece que estás haciendo un esfuerzo tremendo, pero luego la cara tan sonriente y el

gesto del cuerpo de cintura para arriba son más bien como de estar bastante a gusto, tan ricamente mirando a la cámara y allí colgado como si estuvieras tumbado en una hamaca. Llevas el pelo con aquel corte de tazón que usabais mucho los chicos bien por aquel entonces, largo y ondulado por arriba y mucho más corto por los lados, aunque se nota que el agua de las olas te ha ido salpicando y lo tienes mojado y despeinado y con rizos que te caen por la frente. Vas vestido con un polo de franjas muy anchas blancas y de un color oscuro, seguramente azul marino, y unos vaqueritos claros cortados a la altura de las rodillas y algo deshilachados, que yo creo que eran la prenda un poco zarrapastrosa que a lo mejor os hacía gracia ponerlos a los pijos jovencitos de tu generación. Aunque la foto sea en blanco y negro se aprecia muy bien que estás moreno, con ese brillo en los ojos que se le ve en verano a la gente que los tiene verdes o azules o marrón claro. Y por supuesto también llevas un reloj enorme de esos con cronógrafo ceñido a una muñeca perfectamente torneada, y unas gafas de sol de un modelo clásico, rollo Wayfarer, colgando del cuello con una de esas cintas de neopreno que al menos en los noventa siempre eran fosforescentes. La movida es que en general, de puro ajeno, a mí todo el conjunto de esa foto me resulta como embriagador. Aunque te parezca una tontería, yo creo que si me alucina tanto es porque igual me imagino lo que podríais estar sintiendo tanto tú como quien estuviera contigo en ese barco (por cierto, me juego el cuello a que erais solo dos tripulantes), y porque además me pongo a pensar en que para ir en la dirección que quisierais en realidad solo era cuestión de cómo orientaseis las velas y el timón, y evidentemente lo único de lo que dependíais era de algo tan simple y no sé cómo decirlo, tan *gratuito*, como el viento. Y lo debo de tener todo muy idealizado y también supongo que lo relaciono con el hecho que tanto me impresionó de que de joven hubieras dado la vuelta al mundo en un velero, porque siempre que veo esa foto pienso que no puede haber muchas cosas en la vida que te provoquen una sensación de libertad así, o que te brinden esa capacidad para elegir, siendo el mar algo tan inmenso y tan interminable y tú pudiendo decidir en cada momento para dónde quieres ir. La verdad es que tampoco sé muy bien por qué, pero desde la primera vez que vi esa foto — que ya te digo que fue a los pocos días de empezar a trabajar en la empresa— noté que había como un aire de intimidad, creo que por ese gesto tuyo o por la manera tan natural que tienes de sonreír a la cámara. Seguramente es más una sensación que algo que te pueda explicar, pero digamos que no me parece la típica sonrisa forzada o payasa que pone la gente en las fotos de las vacaciones, sino más bien la de una persona a la que no le da ninguna

vergüenza que la vean eufórica y que de verdad está queriendo compartir con alguien un momento muy chulo y de mucho disfrute, o al menos eso fue lo que me transmitió a mí desde aquel día. Tanto es así que yo estoy convencido de que había algo entre tú y la persona que te sacó esa foto. Supongo que por eso aquella primera vez ya me inventé que probablemente la habría sacado tu novia de entonces, porque de verdad que la única compañía que me pegaba que podías haber tenido en aquel barco era la de tu pareja. Enseguida me imaginé a una chica muy alta y muy guapa y bronceada igual que tú, con un aspecto tan saludable como el tuyo y con tu misma vitalidad y tu estilo y a lo mejor también con tu elegancia y tu buen talante. Y por supuesto también me la imaginé como una persona interesante y carismática y de conversación exquisita y con inquietudes artísticas —como mínimo, la de hacer fotos en blanco y negro con pinta de profesionales— y no sé por qué pero en mi cabeza la vi rubia natural con pecas por la cara y los pómulos muy marcados. De hecho, creo que a los dos juntos os imaginé un poco como si fuerais la versión catalana de JohnJohn Kennedy y Carolyn Bessette, digo yo que entre otras cosas porque es una de mis parejas preferidas de todos los tiempos. Os vi a los dos así como exudando en todo momento —con cualquier cosa que hicierais en la vida y donde quisiera que estuvieseis— ese *glamour* irresistible y atemporal que me transmitió la foto desde el minuto uno, aunque todo esto lo pensé nada más conocerte y mucho antes de la época en que estuve dudando si lo que habías tenido en la vida podían ser novias o novios.

Tampoco es que él llevara mucho tiempo viviendo por su cuenta, antes de que ella lo acogiera. Sí es verdad que se había puesto a trabajar siendo relativamente joven y al principio había ido cambiando de empresa con bastante frecuencia, casi siempre en naves del polígono, pero luego enseguida había dado con algo un poco mejor, también en el mismo parque industrial, y había empezado a ganar un buen dinero (al menos por lo que sabía su tía y en comparación con lo que estaba acostumbrada a oír de gente del barrio que hacía cosas parecidas). Incluso aunque tampoco fuera un sueldo como para tirar cohetes —porque no lo era—, durante años había seguido viviendo en casa de sus padres y en realidad apenas había tenido gastos, a lo mejor porque los pobres, con lo mal estudiante y lo zángano que había sido de adolescente, seguramente se habían preocupado mucho por su futuro y luego jamás se atrevieron a decirle nada ni a animarlo demasiado a irse de casa, por si acaso se volvía a descarriar. A ella una cosa que no le cabía en la cabeza era cómo podían permitir que él no pusiera nada para los gastos comunes, los recibos o la compra semanal, encima siendo el que comía casi más que los otros dos juntos y el que siempre acababa vaciando la nevera. Se la llevaban los demonios cuando su hermana —la madre del chico— se empeñaba en negarle la mayor y encima le decía que a veces sí que contribuía, *cuando surgía*, y por ejemplo le contaba toda sonriente que hacía unos días hasta se había encargado espontáneamente de pagar a un fontanero que había ido por la casa a cambiar unos manguitos. Porque además siempre era así de desfachatado, y cada vez que le venía la inspiración y le daba por colaborar en una cosa puntual, para sus padres aquello no era lo mínimo que se podía esperar sino algo de lo que estar muy orgullosos. La tía pensaba a menudo en esa ceguera y en que los dos se habían matado trabajando toda la vida, igual que ella, y siempre llegaba a la conclusión de que a lo mejor para entenderlo tendría que haber tenido hijos. El caso era que a los veintipocos años el señorito ya conducía un coche como de ir a competir en las carreras, y el dormitorio lo tenía tan lleno de cachivaches que parecía el escaparate de un Bazar Canarias, y luego por ejemplo siempre se compraba unas camisas carísimas de un material muy raro como tornasolado imposible de planchar y que había que

lavarle a mano en agua fría. Casi toda esa época se la pasó sin novia conocida, pero luego algunos de sus amigos empezaron a casarse y ya no solo era el dispendio de las bodas, del traje y los regalos, sino que a todos les daba por celebrar las despedidas de soltero en sitios que estaban lejísimos. En lugar de montar una fiesta normal en algún bar conocido, como se había hecho toda la vida, lo que hacían era subirse a un avión con el novio disfrazado de algo ridículo y luego se pasaban fines de semana enteros vagando por ciudades como Roma o Ámsterdam o Berlín, bebiéndose los mares en locales donde las copas costaban cuatro o cinco veces más que aquí, durmiendo en habitaciones de hotel más lujosas que las que ella limpió durante muchos años de su vida, y volviendo en taxi del aeropuerto los domingos por la noche tan demacrados como si llegaran de la guerra. Hubo una foto, que circuló y acabó viendo toda la familia y que a ella le pareció de una indecencia terrible, en la que él y sus amigos salían haciendo el tonto tumbados sobre el capó de una limusina blanca larguísima, como tres coches seguidos, que al parecer alquilaron en uno de aquellos viajes para ir paseando al novio en una especie de vía crucis por distintos bares. Aunque en realidad para despilfarrar así tampoco le hacía falta irse al extranjero. Su hermana y su cuñado un día la habían invitado a comer y le habían contado que, cuando él aún vivía con ellos, un sábado había llegado a casa a eso de las diez de la mañana y antes de acostarse se había sentado a desayunar en la cocina mientras ellos dos metían una compra en la despensa. Como todavía no había dormido nada y al parecer le seguía durando la borrachera de la víspera, sin ser muy consciente de a quién se lo contaba les había dicho que, en nueve o diez horas de fiesta, a lo mejor se había gastado del orden de cuatrocientos euros. En la sobremesa, los tres — ella, su hermana y su cuñado— se habían puesto a hacer cálculos con lo que se imaginaban que podían costar las copas y los taxis y las entradas de las discotecas, que eran los gastos que entendían que el chico podía haber tenido aquella noche. Después de darle muchas vueltas habían dado con la explicación de que en algún sitio tenía que haber roto algo y a lo mejor se lo habrían hecho pagar en el momento, porque si no no les salían las cuentas. Él por entonces estaba muy tranquilo con la vida que llevaba y seguramente aquel orden de cosas se habría mantenido igual durante mucho tiempo —o al menos eso era lo que pensaban tanto su tía como sus padres—, si no hubiese empezado a quedar con otra pandilla y a arreglarse más para salir y a tener cada vez más éxito con las chicas, porque hasta aquel momento es verdad que iba mucho de fiesta pero en general casi siempre estaba él solo encerrado en su habitación con sus juegos de ordenador y sus películas. No sabían si había

sido porque empezó a ir al gimnasio y bajó unos kilos y enseguida tuvo un aspecto mucho más presentable, o si fue gracias a sus nuevas amistades, pero después hubo una época en que de repente empezó a traérselas a dormir prácticamente cada fin de semana, casi siempre a una distinta, hasta que un día su padre se encontró a aquella usando el baño con la puerta abierta y decidió que no lo aguantaba más. Esa misma tarde subió con él a la azotea para que la madre no pudiera oírlos y le explicó que estaba empezando a sentirse muy incómodo en su propia casa, y ya entonces él mismo se dio cuenta de que aquello tampoco podía ser y enseguida se puso a buscar piso con su amigo argentino.

Está claro quién fue la que se volvió loca buscando en los chinos un chándal rosa que le cupiera y luego le cosió el rabo a mano y tardó siglos en terminarlo porque no le salía bien la careta, hasta que por fin se le ocurrió trazar la circunferencia con la tapa de una lata de galletas, pero luego la que en el último momento se apuntó el tanto importante —como siempre, el del carácter insólito e inesperado— evidentemente fue la abuela. Cuando la tarde anterior por fin acabé de arrancarle las letras serigrafiadas a la parte de arriba del chándal, me acordé de mi madre porque justo estaba cerrando la cesta de costura que es idéntica a la suya y le escribí un mensaje, no tanto para ver si se apuntaba como para que estuviera al corriente, porque sé que si no lauerzo un poco siempre acaba desconectando del todo, como si siempre estuviera ocupadísima y tuviera miles de nietos. Por eso a cada rato me dedico como una imbécil a mandarle fotos o mensajes cuando la niña se va de excursión o tiene hora en el dentista o canta una canción en la fiesta de fin de curso, para obligarla a reaccionar y a estar pendiente, porque si no está claro que para ella enseguida pasa a ser como si no existiera. Yo a veces creo que las cosas que hace o con las que se ocupa desde que está jubilada —como ir a clases de filosofía en la universidad, o tomarse vinos por las tardes con los excompañeros más jóvenes de la oficina, o ponerse esa falda de cuero ochentera que le queda fatal—, a lo mejor todo eso no está sino orientado a convencerla de que tiene muchos menos años de los que tiene en realidad, porque en el fondo siempre ha necesitado creérselo, y supongo que la niña y yo somos como el café con el que se le pasa esa borrachera. Si ella fuera un árbol que cortáramos por la mitad, digamos que la sucesión de anillos concéntricos seríamos la niña y yo. Al recibir el mensaje llamó al fijo de casa y en lugar de decirme nada a mí me pidió que le pasara «a la princesita», y cuando dijo «la princesita» yo ya supe que estaba tramando algo y fui corriendo a descolgar también el del dormitorio y me dio tiempo a escucharla preguntándole cómo era el disfraz, y entonces la niña empezó a enumerarle todas las prendas de color rosa que iba a llevar puestas. Mi madre le contestó que seguro que iba a quedar estupendo, pero que para ser un cerdito de verdad le faltaba llevar algo rosa también en los pies. Le dijo que ella casualmente

tenía que tener guardado en algún cajón un par de leotardos rosa de cuando yo era pequeña, de cuando íbamos a Andorra en Navidades, y que si no hacía demasiado calor a lo mejor podía ponérselos por debajo del chándal y ya ir toda de rosa de los pies a la cabeza. Hasta entonces la niña siempre les había tenido manía a los leotardos porque decía que le picaban, y a mí me había costado horrores que se los dejara poner, pero solo por el hecho de que aquellos los fuese a aportar la abuela se convirtieron automáticamente en su parte preferida del disfraz. Que yo ya estuviera en pijama desde hacía rato y que tuviera pensado mandarla pronto a la cama para poder sentarme con calma a leer cosas de trabajo no fue óbice, porque si mi madre está implicada nunca nada es óbice, y me tuve que vestir otra vez con ropa de calle y cruzarme el barrio hasta su casa para recogerlos. No le hice mucho caso cuando me propuso quedar al día siguiente un poco antes de la función, más que nada porque su esquema habitual es quedar contigo para hacer cualquier cosa y luego, entre quince y veinte minutos después de la hora convenida, mandarte un mensaje diciéndote que «se ha entretenido» y que no va a poder llegar, que de todas formas lo pases muy bien y que te quiere mucho. Por eso casi no me lo creo cuando aparqué de milagro en la misma puerta del colegio y me la encontré allí incluso antes de la hora, fumándose un cigarro encaramada a unos tacones de un palmo de alto y escondiendo las patas de gallo detrás de unas gafas de sol enormes de aviador. Cuando me acerqué a darle dos besos, me dijo «hola princesa» a mí también y tuve que decirle que a qué obedecía de repente tanto tratamiento aristocrático. Yo ya venía medio contrariada y tampoco me resistí a preguntarle si, al asistir a un acto como aquel, no le preocupaba delatarse a sí misma en público como la abuela de alguien. A lo que contestó muy convencida que, si la niña tenía una cuarta parte del talento interpretativo que siempre había tenido ella, confiaba en poder pasar verosímilmente por su agente. En lugar de un salón de actos propiamente dicho, lo que hay en el colegio de la niña es una especie de sótano muy amplio donde, cada vez que convocan a los padres para algo, ponen una tarima y seis o siete filas de sillas plegables. Esa mañana había llovido bastante y yo di por hecho que varias clases de gimnasia se habrían desarrollado allí, o al menos a eso olía. Entramos de las primeras, pero nos conocemos lo suficiente como para no tener que decirnos la una a la otra que preferimos sentarnos más bien por la parte de atrás. En lugar de hacerlo justo a mi lado, ella prefirió dejar el bolso en esa silla y se arrellanó en la siguiente, con las piernas cruzadas pero a la vez estiradas hacia delante de una forma de lo más ortopédica. En cuanto adoptó esa postura ya no volvió a dirigirme la

palabra, sino que fijó la vista en el escenario con un aire como de displicencia tan sofisticado que, de la gente que iba entrando, al verla con aquellas gafas de sol tan grandes y aquel traje negro, la mitad se la quedaba mirando anonadada, yo creo que tratando de decidir si podía ser famosa. Al poco rato empezó la función y antes de lo de la niña nos tocó escuchar tres canciones seguidas de la profesora de inglés, que ni que decir tiene que siempre es la gran protagonista de estos actos, la que siempre le pone más ganas que nadie y, al menos en las actuaciones de hasta segundo o tercero, la única que de verdad entiende algo de lo que se está cantando y que puede relacionarlo con los gestos explicativos que hay que ir haciendo al ritmo de la música. Lo más curioso es que al parecer el alumnado ya cuenta con ello, y de hecho siempre hay unos cuantos que ni cantan ni bailan ni hacen ninguno de los gestos, sino que se limitan a contemplar, entre atónitos y fascinados, a esa veinteañera poco amiga de los sujetadores que jamás puede evitar ser la estrella principal, incluso dando la espalda al público y colocándose en una esquina del escenario. A él seguro que le habría encantado verla, porque sin duda es su tipo, si no se hubiese atrincherado en casa alegando que la desazón que siente de un tiempo a esta parte es bastante incompatible con determinados ambientes (casualmente, los que le dan pereza a todo el mundo). Cuando por fin aparecieron los tres cerditos, mi madre se quitó las gafas de sol y se inclinó hacia delante en un gesto muy típico suyo, no tanto para verlo todo mejor como para hacerse más visible. La niña hacía el papel del cerdito que construye su casa con ladrillos —muy lograda, por cierto, a base de láminas de porexpán— y en las escenas de los otros cerditos se hacía un poco a un lado y enseguida se levantaba la careta para que a ninguna de las dos se nos pasara que era ella. En uno de esos apartes la abuela debió de querer convencerse de lo especial que es la relación que tiene con su nieta y empezó a gesticular para decirle no sé muy bien qué, sonriendo como una energúmena y vocalizando pero sin llegar a emitir ningún sonido, como si de repente en aquel sótano estuvieran las dos solas. Así fue acaparando la atención de la niña hasta el punto de que, cuando el lobo ya había destrozado las casas de paja y de madera y a ella le tocaba volver a escena para ofrecerles refugio a sus hermanos, la maestra tuvo que cogerla de la mano y llevársela arrastrada hasta el proscenio. Otras veces, cuando la función ha sido más temprano y la niña luego ha vuelto a clase, yo no he tenido ningún reparo en irme en cuanto terminaba su actuación, aunque después hubiera cosas de otros cursos, pero el problema esta vez era que coincidía con el final de las horas lectivas y todos los padres teníamos que esperar para llevarnos a casa a nuestros hijos. Así que

hubo que quedarse más rato y de hecho las toses empezaron más o menos cuando los cerditos ya se estaban despidiendo. Al principio yo pensé que eran por el tabaco, o porque se había pasado los últimos diez minutos haciendo gestos bucales muy raros para comunicarse con la niña, pero luego vi que se inclinaba todavía más hacia delante con la boca completamente abierta y a lo mejor fue entonces cuando debí haberme empezado a preocupar. El escenario se fue llenando con niños de otra clase y a mi madre seguía sin pasársele el ataque de tos, así que cogió el bolso y, sacando la lengua en un remedo de gesto de desesperación, se puso de pie y me dijo que iba un momento al baño. Yo supongo que también me tenía que haber llamado la atención que estuviera dispuesta a usar los servicios de un colegio público a última hora de la jornada escolar, pero en lugar de acompañarla me quedé allí sentada viendo cómo los alumnos de segundo de infantil perpetraban una versión muy abreviada de *Romeo y Julieta*. Como a los diez minutos ya sí que me empezó a extrañar que no volviera y decidí ir a ver qué le pasaba. Crucé el aulario casi corriendo y al entrar en el baño me la encontré mojándose la cara en un lavabo de medio metro de altura. Había dejado las gafas sobre el dispensador de papel y cuando se incorporó vi que tenía los ojos muy vidriosos, así que enseguida le puse una mano en la frente y comprobé que la tenía ardiendo. Cuando le pregunté por qué no me había dicho nada de que estuviera enferma, me enseñó esa sonrisa que a veces pone cuando la pillas mintiendo y me dijo que por su nieta era capaz hasta de levantarse de su lecho de muerte. Yo supongo que una vez hecha la confesión ya no le vio sentido a aguantarse más la tos ni a esforzarse en disimular la tiritona, ni tampoco a intentar resistirse a mi resolución de pasar corriendo a buscar a la niña e irnos las tres directamente al médico. Más o menos media hora más tarde entramos en el ambulatorio y, por unas reformas que estaban haciendo en la sala de espera, nos tocó sentarnos en una especie de recodo estrechísimo que quedaba muy al fondo. Como no había tres sillas libres seguidas, yo dejé que se sentaran ellas dos juntas y me coloqué en la hilera de enfrente, al lado de un señor mayor enchufado a un Holter. La niña enseguida me pidió el teléfono para echar una partida. Mi madre le puso una mano en el muslo y se quedó mirando al suelo medio ida, como con esa placidez que a veces tienen los criminales psicópatas en las películas, cuando al final los encarcelan y en las últimas escenas los ves casi reconfortados al haber puesto fin a las incomodidades de la clandestinidad. Estuvimos las tres un rato largo en silencio hasta que a la abuela se le ocurrió decir, sin mirar a nadie ni cambiar el gesto, que antes era evidente que a quien representaba el cerdito bueno, el que construía su casa

con ladrillos, era al ciudadano trabajador y responsable que por ejemplo ahorra mucho y enseguida tiene dinero para pagarse la entrada de un piso, pero que sin embargo ahora —y evidentemente lo dijo pensando en nosotros — pues la verdad era que una ya no lo tenía tan claro. Yo le dije algo así como «ya ves» o «fíjate tú» o «así están las cosas», pero en todo caso no hice nada porque aquello se convirtiera en una conversación. Me quedé mirándola sin decir palabra y no sé por qué pero poco a poco me puse a pensar en ella no ya como *mi madre* —con ese alud incontrolable de información y sensaciones que vienen automáticamente asociadas a la mera noción del parentesco—, sino por una vez solo como una señora cualquiera de sesenta y siete años, a lo mejor desconocida, a la que un día alguien decide llevar al ambulatorio porque resulta que tiene mucha tos y fiebre alta y una tiritona terrible. Seguramente debía de ser algo que llevaba rondándome la cabeza desde hacía tiempo, porque lo que me dio por pensar fue que, por muy poco que pueda contar con ella y muy histérica que me ponga casi todo lo que hace, en realidad lo que menos soporto y lo que de verdad me cuesta gestionar es que se esté haciendo mayor. Y, obviamente, también pensé que a lo mejor me tocaba empezar a ser coherente con la idea de que eso tampoco es culpa suya.

Aquella noche de la cena de Navidad acabamos unos cuantos en un sitio rarísimo, una especie de discoteca supersofisticada pero que a la vez tenía algo como de clandestina, montada en un antiguo taller de reparación de camiones o de autobuses o algo así, todo lleno de pasarelas y desniveles y socavones con los que tenías que tener un cuidado tremendo para no acabar pegándote un guarrazo. Uno de los informáticos había insistido mucho en que ponían muy buena música y luego, como para asegurarse de que nos convencía, nos había dicho que seguramente iba a poder sacarles chupitos gratis a los camareros. Es imposible que tú te acuerdes de la cara que se te quedó, que yo sí que tengo perfectamente grabada porque fue un poema, cuando al pobrecito se le ocurrió decir lo de los chupitos gratis. Ya de aquella recuerdo que se habían puesto de moda los gintonics elaborados y cada uno de los que estábamos se pidió uno con una pijadita diferente. Todos menos tú, claro, que eras más clasicorro y tomabas *bourbon* solo con hielo, sin refresco ni soda ni nada. Y fue muy curioso porque no es que fueras de líder del grupo (yo diría que todo lo contrario, en realidad ni siquiera te molestabas en disimular que te encontrabas fuera de tu entorno). Digo que fue curioso porque aun así los camareros tenían muy afinada la antena y enseguida se daban cuenta de lo que había, y en cuanto tú te acercabas a la barra saltaban todos de golpe para preguntarte qué ibas a tomar, mientras que nosotros teníamos que hacer un montón de maniobras y aspavientos para abrimos hueco y conseguir que nos hicieran caso. Había un proyector que cubría una pared entera con escenas de películas de Tarantino y tú me dijiste, evidentemente exagerando bastante, que la última vez que habías estado en una discoteca como mucho podrían haber estado proyectando diapositivas. Lo recuerdo bien porque estuve toda esa noche haciendo fotos y te saqué una a ti con Uma Thurman bailando sola por detrás, con la gabardina de Travolta. En general había un ambiente muy canalla, casi más de *after* que de discoteca, y yo de hecho creo que en el grupo ya había algunos que estaban empezando a conspirar en la sombra cuando tú de repente me señalaste a los dos únicos jovencitos de la pista que no estaban bailando. Uno justo se estaba chupando la punta del dedo mientras el otro, arrimándosele mucho para no llamar la

atención, le sujetaba la bolsita y seguía el ritmo de la música moviendo la cabeza de lado a lado. Recuerdo que me preguntaste si aquello era MDMA, yo te contesté que sí y tú me empezaste a contar que, hacía unos meses, a un sobrino tuyo le había aparecido una bolsita como aquella en un cajón del escritorio y que tu hermana y tu cuñado todavía estaban recreándose en el disgusto. Yo estaba muy dispuesto a preguntarte la edad de tu sobrino y a hacer algún comentario rolo políticamente correcto sobre las locuras de la juventud, pero tú enseguida quisiste saber si el MDMA era una droga muy cara, si lo normal era traérsela de casa o conseguirla ya *in situ* en sitios como aquel, o si había muchos riesgos en el segundo caso. Yo automáticamente me vi entrando en la oficina a primera hora del lunes y te dije que no sabía qué responderte, que la verdad era que estaba igual de pez que tú, pero luego vi cómo te dabas la vuelta y te ibas directo a preguntarle a otro compañero. Esto tengo que decir que me dejó fuera de juego, porque tampoco es que se te notara tan pedo, y en el último momento te agarré del hombro y tiré de ti y tú te diste otra vez la vuelta y ya entonces sí que hablamos de negocios. Y no es por nada, pero me dio bastante bajón porque yo en realidad hacía siglos que no pillaba y si esa noche acabé pillando fue solo por darte el gusto a ti, que tenías tanta curiosidad y al fin y al cabo eras el jefe, y por supuesto que luego me tocó ir preguntando por ahí y adelantárselo todo al tío de la gorra, más que nada porque me parecía muy cutre decirte que me dieras tanto o cuánto antes de ir a por ello. Digo yo que eso se te tendría que haber ocurrido a ti. Supongo que tampoco te sorprenderá mucho si te digo que al final no vi ni un duro, y yo me imagino que si en ningún momento se te pasó por la cabeza darme nada fue porque para ti aquello ni siquiera era dinero. Los amigos ricos no hacéis fondos comunes, ni os pasáis billetes ni mucho menos monedas cuando uno se acaba la copa y dice que se va a acercar a la barra a pedir otra ronda. Yo tenía miedo de que cuando te empezara a subir el M te apeteciera bailar, no tanto porque me diera vergüenza ponerme a bailar contigo como porque no me pegaba nada con la imagen que hasta entonces me había hecho de ti, y no me gustaba la idea de que esa imagen se me pudiera desmoronar toda de golpe. No pude evitar adelantarme a la escena y enseguida te imaginé moviéndote con una música en la que era imposible que estuvieras muy puesto, en compañía de una serie de empleados a los que, de media, sacabas quince años, perdiendo un poco los papeles bajo los efectos de una droga para la que tampoco podías tener desarrollada ninguna tolerancia. Básicamente por eso decidí que iba a ser algo muy triste de ver. Al final lo que te terminó dando fue un pedo más bien locuaz y te puedo decir que, efectivamente, para

mí fue toda una decepción y en parte sí se me cayó la venda de los ojos, solo que de una manera distinta a como yo me lo había imaginado. Lo que pasó fue que de repente desapareció esa capacidad tuya tan flipante para escuchar y para prestar atención y mostrar interés por lo que te contaba la gente, y en lugar de escuchar y asentir lo que hiciste a partir de un momento dado fue apropiarte del turno de palabra digamos que para los restos. Yo ya no recuerdo qué gran escándalo era el que se acababa de destapar esa semana, o cuál era la medida sin precedentes que acababa de adoptar el gobierno y que daba el carpetazo definitivo al estado del bienestar tal y como lo conocíamos, pero sí que me suena que había sido algo gordo. Recuerdo que en distintos momentos de la noche habíamos acabado hablando del tema, porque era importante, y supongo que también porque, ya que uno tampoco lo iba a poder evitar, siempre hacía como ilusión ponerse bolinga cuando pasaba algo un poco histórico, para vivirlo todavía con más intensidad. Eso todos menos tú, por supuesto, que con respecto a cualquier cosa que tuviera que ver con política estabas siempre de vuelta de todo. De hecho, en aquel momento lo único que te parecía relevante, sobre todo después de que te empezara a subir el M, era hacernos entender que aquel último episodio no tenía nada de sorprendente si se veía como de verdad había que verlo, que era sencillamente como una parte más de una secuencia muy larga de acontecimientos planificados al milímetro desde el principio. Decías que tanto el hostiazo financiero global como nuestra propia catástrofe nacional de economía y trabajo —y también todos los cambios y el mogollón de medidas que habían venido motivadas o justificadas por ese proceso—, en el fondo no eran sino los pasos sucesivos de una estrategia muy lógica y muy premeditada (y entonces recuerdo que te paraste un segundo como para escucharte a ti mismo, ya con la frente sudada y todo, y dijiste que qué tontería, que si era una *estrategia* no podía ser otra cosa que *premeditada*). Decías que era un plan diseñado en base a lo que tenían calculado que los ciudadanos íbamos a ser capaces de soportar en cada fase, y concebido más que nada para ir poco a poco acostumbrándonos a todos a tener bastante menos. Y todo esto porque, según tú, hasta hacía no tanto Europa había sido un cachondeo de estados garantistas en los que se habían ido regalando las ventajas sociales como caramelos, una cosa loquísima que se había dado no porque el capitalismo de aquellos años tuviera un componente más humano, eso era una gilipollez, sino más bien porque del otro lado estaba la amenaza del comunismo —que no dudaba en prometérselo todo hasta al último mono, aunque luego lo tuviera pidiendo agua por señas— y a los de este lado no les había quedado otro

remedio que bajarse los pantalones hasta los tobillos y hacer un montón de concesiones. Ahora que ya se había erradicado aquella amenaza hacía unos cuantos años y todo estaba otra vez más controlado, el sistema que habíamos conocido dejaba de convenir y de tener sentido, y entonces obviamente se trataba de volver a subirse los pantalones, dejarse de tonterías y ponerse un poco serios.

Lo que a ella más le había llamado la atención aquella tarde, o en todo caso lo que más presente iba a tener después cuando se acordara, era haberlo visto aparecer con unas botellas de vino y unos paquetes de embutido que no traía de regalo sino para una fiesta que tenía más tarde y a la que pensaba ir directo desde allí. Se había acercado a la mirilla sin ser capaz de imaginarse quién podría ser y, al abrirle la puerta y dejarle pasar, había visto a su sobrino hacer un gesto incómodo con la bolsa, como queriendo ocultarla con el cuerpo, y enseguida se había dado cuenta de cómo la dejaba detrás del mueble del recibidor sin decir nada. De todas formas, estaba claro para quién no podía ser aquel vino, si él jamás la había visto probar otro alcohol que no fuera el de la mistela que servían en verano en las casetas de las fiestas del pueblo. Lo que sí que le había preguntado nada más abrirle, haciéndose la tonta y de paso tomándole un poco el pelo, era que a qué se debía el honor de una visita tan inesperada, y en parte lo había hecho para disimular su inquietud porque lo primero que se le había pasado por la cabeza al verlo llegar —sobre todo antes de enterarse de que tenía pensado ir a una fiesta directo desde allí—, era que su sobrino había venido para contarle que les había pasado algo a su hermana o a su cuñado. Él llevaba toda la vida haciendo cosas de ese estilo. Se planificaba siempre las salidas para hacer varios recados seguidos y no tener que volver a pasar por casa, o a lo mejor se presentaba donde sus padres cuando sabía que también iba a estar ella para así, con una sola visita, volver a poner a cero el contador de compromisos familiares. En general, estaba tan pendiente de hacerlo todo de la forma más cómoda y más práctica que a veces, sin darse mucha cuenta, terminaba haciendo de menos a la gente. Por ejemplo, casi siempre aprovechaba para llamarlos por teléfono en los desplazamientos que hacía a pie o en medios de transporte en los que hubiera cobertura. A ella esto la ponía especialmente nerviosa y no solo porque se le notara distraído o se le escuchara peor, sino también porque resultaba mucho más evidente que él en realidad solo lo estaba haciendo por cumplir y para quitárselo de en medio. Podían llevar varios meses sin hablar, pero si él la llamaba mientras iba de un sitio para otro, a ella a veces incluso le terminaba pareciendo peor que seguir incomunicados. En cuanto dejó la bolsa detrás del

mueble del recibidor, empezó a avanzar muy decidido por el pasillo y ella enseguida se fijó en que de repente parecía estar muy atento al orden o al grado de limpieza de la casa, o bien muy interesado en comprobar cualquier mínimo cambio con respecto a sus visitas anteriores. Cada poco la mirada se le escapaba hacia las paredes o hacia las superficies de los muebles, más o menos como le pasa a la gente que entra por primera vez en una casa ajena. Cuando le cedió el sillón de orejas del salón y vio cómo se acomodaba, a ella le dio la impresión de que no se estaba sentando sin más. Había como una conciencia explícita de cada gesto, o una atención muy particular que le recordó a las veces que la habían llevado a Ikea y había visto a los clientes que iban probando todos los sofás del recorrido. A él le pareció que lo más oportuno era empezar haciéndole mucho caso e interesándose mucho por ella, así que enseguida le preguntó por el reuma —sin acento en la *u*, como ella siempre lo pronunciaba—, que era el principal problema de salud que la aquejaba desde hacía años, o al menos el único del que se permitía hablar con cierta frecuencia. A ella le pareció que había algo sospechoso en aquel interés tan raro en su sobrino y se limitó a contestarle que iba a días. Él le dijo que se acordaba de una pulsera terapéutica, plateada y con dos bolitas doradas en los extremos, que ella siempre llevaba en la muñeca izquierda cuando él era pequeño. Ella le contestó que no creía haberla llevado más de unos pocos meses y que, aunque a él le pareciera mentira, sabía perfectamente a qué venía aquella sonrisa bobalicona. También le dijo que le parecía estupendo que a él le hiciera gracia, pero que a lo mejor la gente que ya tenía una edad no había sido tan afortunada como los jóvenes de hoy en día, que habían aprendido desde pequeños a utilizar los ordenadores y, por ejemplo, sabían cómo investigar para enterarse de cuándo un invento que se vendía en todas las farmacias resultaba ser un timo. Él le explicó que, en la época en que se habían puesto de moda aquellas pulseras, prácticamente los únicos que tenían acceso a internet eran algunos técnicos del ejército norteamericano. Ella volvió a preguntarle que cómo así le había dado por pasarse a verla sin avisar, aunque tampoco esta segunda vez obtuvo una respuesta demasiado convincente. Él daba por hecho que sus padres la habrían puesto al día hacía ya tiempo sobre su nueva situación, pero hasta ese momento había preferido no sacarle el tema ni contarle cómo se estaba organizando, porque entre otras cosas sabía que ella seguramente tendría algún que otro juicio que emitir y algo que recordarle sobre consejos que venían de largo y advertencias desoídas. En cualquier otra circunstancia habría dejado que el asunto se fuera diluyendo poco a poco y habría seguido evitando cualquier alusión directa,

pero aquella tarde decidió que tratarlo directamente era más bien lo idóneo. Lo primero que hizo fue decirle que, según había leído en el periódico hacía unos días, su sector profesional era uno de los que estaban empezando a tener más parados de larga duración. A ella le extrañó que su sobrino se dedicase ahora a leer otra prensa aparte de la deportiva. Él le contó que varios amigos suyos habían decidido echarle valor y ya habían ido a buscarse la vida a otros países, algunos sin tener nada ni medio atado y sin conocer ni siquiera el idioma. Ella ya había visto muchos de esos casos por la tele y le contestó que le parecía algo muy normal y muy sensato, en vista de cómo estaban las cosas por aquí, y a lo mejor lo tenía tan asimilado de oírlo en las noticias que no lo pensó hasta varias semanas después, pero al final cayó en la cuenta de que él quizás había querido que funcionara como una especie de amenaza. Él empezó a quejarse de que, por mucho que todo lo demás pareciera ir marcha atrás, lo que estaba claro era que los alquileres iban a seguir estando por las nubes, empezando por el suyo. Después estuvo un rato poniendo ejemplos de lo mucho que pagaban sus amigos y sus primos por casas que no eran nada del otro mundo y, al acabar el repaso, finalmente le preguntó que si era solo una sensación suya o era cierto que ella ahora apenas cosía, o al menos ya no por encargo. Él tenía entendido que ahora había en el barrio un montón de sitios de arreglos tan baratos que ya no salía a cuenta. Además, le sonaba que ella alguna vez le había comentado que ya no le alcanzaba la vista para demasiadas virguerías, por eso quería saber si de verdad le daba aún algún uso a la primera habitación que había a mano izquierda en el pasillo, a la que siempre habían llamado «el cuarto de costura».

Esa por ejemplo fue una bronca que jamás habríamos tenido unos meses antes. Yo había llevado a revelar una foto de la niña que le habían hecho en casa de una compañera del colegio y que luego me habían mandado por correo electrónico. Al parecer el padre de aquella amiga era fotógrafo profesional y lo cierto es que había quedado impresionante, con unos colores y una luz preciosa, y la niña había salido con un gesto muy majo y se la veía muy guapa, tanto que no me pude resistir y me fui a imprimir unas cuantas copias para mi madre y para mandárselas a mis hermanos y a los padres de él y a algún amigo, pero también sobre todo porque yo quería tenerla enmarcada tanto en casa como en mi mesa del trabajo. Esa noche llegué toda ilusionada con mi carpeta de fotos y lo primero que hice fue enseñársela a él, porque pensaba que le iba a encantar y se le iba a caer la baba con su hija, pero enseguida vi que se le ponía cara de ogro y lo único que hizo fue preguntarme cuánto me habían costado. Yo le respondí que doce con cincuenta. Él quiso saber a qué tienda había ido y me dijo que me habían timado, a lo que yo le contesté un poco insolente que, si era cuestión de ser víctima de un timo, tampoco me parecía tan dramático haberlo sido con una compra cuyo importe total ascendía a doce euros con cincuenta. Entonces vi cómo se empezaba a encender y la verdad es que me cogió desprevenida, porque ninguno de los dos hemos sido nunca personas muy tacañas, y enseguida se puso a decir que él ya no conocía a nadie que se molestara en revelar las fotos, que todo el mundo tenía miles de dispositivos donde poder verlas y almacenarlas y que no le cabía en la cabeza cómo yo no había pensado que aquel era un «gasto superfluo». Esa era una categoría que llevábamos un tiempo manejando, a raíz de varias conversaciones en las que habíamos acordado que había que tener muy claro cuáles lo eran. Había dos cosas con las que yo podía haber contraatacado pero que preferí callarme. La primera, que me estaba dando cuenta de que se ponía muy nervioso porque hacía tiempo que no le quedaba dinero —cero— y sin embargo yo sí que seguía teniendo algo para ir tirando. A mí me parecía y me sigue pareciendo una tontería, porque en mi cabeza nunca había estado su dinero por un lado y el mío por otro, sino más bien que el de los dos era simplemente nuestro. En todo caso, desde hacía unos meses

yo ya veía que ese orden de cosas lo tensaba mucho y que por eso tenía ese tipo de reacciones, porque además sabía que de haber sido a la inversa él tampoco habría tenido demasiados reparos a la hora de hacer gastos parecidos. Hacía solo unos días, sin ir más lejos, había hecho un pago por internet para usar una aplicación que permitía alojar bases de datos *online*, para no sé qué proyecto de activistas en red, y a mí en ningún momento se me había ocurrido decirle que aquel gasto me parecía superfluo, ni que por qué no se ponían de acuerdo para pagarlo entre todos los de la comisión. Después también había otro asunto que a lo mejor me habría gustado explicarle, aunque aquel no fuera el mejor momento, que era que yo sé desde siempre que a él su hija le parece la niña más guapa del mundo, sin un solo defecto, porque entre otras cosas siente por ella mucha más ternura que yo. Yo la quiero igual o más, pero a mí no me embarga esa ternura tan abrumadora que a él casi que lo ciega. Yo la quiero con los pies más en el suelo, siendo más consciente de lo bueno y de lo malo y estando más apegada a la realidad y a los problemas que puedan ir surgiendo, y sinceramente creo que es una forma más responsable de querer a una hija. Él la quiere más como en abstracto, la tiene muy idealizada y por ejemplo se le nota una tendencia a hacerse el loco cuando se porta mal para no tener que regañarla, o es incapaz de verle las pequeñas mezquindades en las que incurren todos los niños. Yo sin embargo la veo con más objetividad y me doy cuenta de que nuestra hija puede ser muy graciosa y tener una sonrisa muy cautivadora pero no es guapa, y además soy mujer y sé lo que eso implica no solo mientras todavía se es niña, sino, peor aún, a lo largo de una vida adulta. En parte por eso, francamente, pensé que ese gasto era asumible, porque en ese momento me pareció muy importante difundir entre nuestro círculo una foto que casi me parecía mágica, de lo favorecida que salía, porque quería que todos tuviesen lo más presente posible esa imagen de ella, y porque también quería poner una por casa y que ella misma se viera a menudo en esa foto. Pero en lugar de decirle cualquiera de estas cosas lo que hice fue tensarme yo también, y entonces le contesté algo que obviamente no pensaba y que en ningún otro momento habría defendido, que era que aquel era mi dinero y que por tanto podía hacer con él lo que se me antojara. Yo creo que él prefirió obviar esta última afirmación mía —y es un tipo de detalle que suele tener conmigo y que le honra—, porque en lugar de reprochármela lo que me dijo fue que no era el hecho puntual de que yo hubiese revelado aquellas fotos, sino que en general tenía todo el rato la impresión de que no terminaba de hacerme a la idea de lo que podíamos permitirnos y lo que no. Todo el mundo sabe que, en las broncas

conyugales, siempre se va de lo puntual a lo general cuando en lo puntual una de las dos partes se ha propasado y tiene que justificarse (y todo el mundo sabe también que en ese tránsito de lo puntual a lo general es cuando de verdad se destapa la caja de los truenos). Hasta ese momento solo habíamos usado un tono seco y cortante, pero a partir de ahí empezamos a hablarnos a gritos. Yo le dije que era absurdo que él pensara que no me hacía a la idea, cuando para empezar la que enseguida había insistido mucho en lo de poner la casa en venta había sido yo —al principio con muchas reticencias por su parte— y también era yo la que tenía bien controladas las cuentas de todo lo que se debía. Le dije además que para mí estaba muy claro quién muchas veces no había sabido afrontar la situación, o quién rehuía cualquier decisión porque se descomponía, contando siempre con que otra persona asumiera la responsabilidad. Él primero se atrevió a decir que creía haber tomado tantas decisiones como yo —porque entendía que siempre las habíamos tomado juntos— y después se animó con una de sus quejas más recurrentes en broncas serias, que va sobre los sinsabores de llevar media vida conviviendo con una persona tan convencida de su propia superioridad moral. Estas palabras siempre las suele rematar con la misma traca final, que es la de que la gente que de verdad es moralmente superior no se dedica a ir comparando su nivel de moralidad con el de los demás. Y es algo que me revienta particularmente, porque yo en realidad jamás pienso en esos términos —ni morales ni éticos, ni nada por el estilo—, ni me he planteado nunca si uno de los dos puede ser mejor o peor que el otro. En lo que sí pienso es en las cosas que hay que hacer o con las que hay que cumplir, porque somos una familia con una serie de necesidades y eso implica forzosamente un reparto de responsabilidades, y ahí sí que es verdad que se puede estar o no estar a la altura. Lo que yo creo que pasa es que es muy de tíos esa manía de sentirse juzgados todo el rato, o de verlo todo como una gran competición de moralidad y de virtud (en concreto, es muy de tíos con tendencia a sentirse culpables, que no pueden evitar coger todo lo que haces tú y todo lo que hacen ellos y tratar de establecer un *ranking*). Todo esto no se lo dije, sino que le contesté que tampoco estaba nada mal convivir con alguien que solo podía convencerse de que tenía razón a base de retórica y rimbombancia —por aquello de los niveles de moralidad— y que otro gallo nos habría cantado desde el principio si él le dedicara al mundo real, o al simple hecho de tener cojones, la mitad de la energía que invertía en sus mil teorías sobre tan altos conceptos. Ahí le vino muy bien que yo usara la palabra *cojones*, porque otro de sus lamentos preferidos es que hay cierta persona empeñada en informar al

mundo de que él no los tiene, y que por eso a veces incluso él mismo acaba por estar de acuerdo. De habérmelo pensado dos veces, no le habría empezado a decir que en un tiempo lejano para mí sí que los había tenido, que me había dado pruebas fehacientes de tenerlos y que esa era una de las cosas con las que más me había seducido. Así de fácil estábamos llegando a esos niveles por aquellos días. Me arrepentí en cuanto oí salir las palabras de mi boca y quise retractarme, pero dos segundos después él me interrumpió —no sé si porque a veces es más prudente que yo, o porque siempre es más cobarde— y me dijo que si seguíamos hablando iba a ser solo para hacernos daño, así que qué me parecía si lo dejábamos ahí y nos poníamos cada uno a hacer sus cosas para tranquilizarnos.

Primero echaste a la *punky* y yo te tengo que reconocer que a mí en aquel momento tampoco fue nada que me extrañara. Incluso te diría que no me pareció ni bien ni mal. Me da la sensación de que muchos compañeros lo vimos como algo hasta normal, supongo que porque la chica no tenía nada que ver con el resto, o igual también porque es verdad que a veces nos llegaba a dar mal rollo que fuera tan deslenguada y tan contestataria, o que siempre estuviera tan dispuesta a decirle a todo el mundo lo que no le parecía bien. Digo yo que ya es bastante desagradable enfrentarte a todas las cosas que te resultan deprimentes, como para encima tener al lado a alguien que siempre está recordándotelas y protestando. Aunque ahora me cuesta reconocerlo, la verdad es que no nos pareció algo superescandaloso ni demasiado injusto, quitando a lo mejor ese primer momento en que te lo cuentan y sí que te deja un poco de mal cuerpo porque es una compañera que, quieras que no, está en tu mismo entorno y tiene unas funciones parecidas a las tuyas. Pero digo y repito que para ninguno de nosotros fue un gran drama y, de hecho, tampoco le dimos demasiadas vueltas. Lo que pasa es que ahora pienso en todo lo que pusiste en marcha justo después, y veo muy claro que hubo relación entre una cosa y la otra, aunque evidentemente tú también podías tener tus razones equis para querer despedirla (porque ya habías hecho tus cuentas o vete tú a saber). En todo caso, lo que pienso ahora es que en parte lo hiciste para ver cómo nos lo tomábamos los demás, para ver cómo reaccionábamos y si esa reacción nuestra tenía consecuencias en el funcionamiento de la empresa. También creo que el hecho de que en aquel momento no montáramos mucha bulla fue algo que a ti te animó a hacer todo lo que hiciste a continuación, o como mínimo a hacerlo todo más de golpe. Y yo supongo que lo entendería mejor si hubiese sido una cuestión de haber entrado en pérdidas, pero enseguida supe por la de contabilidad que era solo una reducción, tampoco muy dramática, del margen de beneficios al que estabas acostumbrado. Me parece que no había pasado ni un mes desde aquel despido cuando un buen día mandaste un *e-mail* general avisándonos a todos con la hora de una reunión para esa misma tarde. Esa fue la famosa reunión en que acabaste diciéndonos que los números no estaban cuadrando como a ti te gustaba que

cuadraran y que en los próximos días nos ibas a tener que invitar —si no a todos, sí a la mayoría o a casi todos— a que aceptáramos una reducción de horario y de sueldo. Cuando te diste cuenta de lo hechos polvo que nos quedábamos —una cosa tremebunda y completamente imposible de disimular—, enseguida nos dijiste que tú aquello lo veías como un arreglo transitorio, que en cuanto se despejaron unos cuantos marrones todo iba a volver a la configuración habitual, pero la calma que intentaste transmitirnos a base de sonrisas tampoco te creas que sirvió de mucho. Al menos a mí me pareció evidente que te ponías supernervioso, sobre todo después de que le dieras un golpe con la mano a la taza de rooibos que casi acaba desparramándose por el teclado de tu MacBook Pro. Después no sé muy bien cómo te lo montaste pero de alguna manera conseguiste que aquello pareciera algo que te estábamos pidiendo nosotros a ti y que tú ibas a tener la amabilidad de concedernos, porque lo que nos dijiste cuando te pedimos si podías ser un poco más concreto fue que estabas abierto a escuchar cualquier propuesta, cualquier arreglo que te quisiéramos plantear mientras se ajustara a esas premisas, con repartos de tiempo individualizados que a lo mejor nos dejaran huecos para abordar otros proyectos. De haber seguido por allí la *punky*, me juego el cuello a que se habría atrevido a preguntártelo, pero como tú estabas queriendo ser tan franco con nosotros y venías tan de cara fue casi como si intentaras invocar su espíritu. Enseguida te hiciste a ti mismo esa pregunta en voz alta, la de si la reducción de jornada y de sueldo también iba a conllevar una reducción considerable del volumen de trabajo. Y, ni que decir tiene, con las mismas te contestaste que lamentablemente no, porque en realidad lo que nos iba a exigir la situación era más bien lo contrario, que ofreciéramos más y mejores resultados invirtiendo mucho menos tiempo. Los plazos y los medios a nuestro alcance iban a seguir siendo los mismos de siempre, pero nos iba a tocar inventarnos nuevas maneras de operar. Por eso tampoco querías levantar aquella sesión sin que hiciéramos todos juntos un pequeño *brainstorming* para poner en común cualquier idea que se nos pudiera ocurrir, cualquier pequeño cambio que a partir de ese momento ayudara a la empresa a ser más eficiente. A todo esto, yo si cierro los ojos todavía puedo escuchar perfectamente el tono rollo *coaching* con el que nos estabas contando todo aquello, porque enseguida me pareció el de alguien que decide informar a sus empleados de algo que ha pasado sin que se sepa muy bien por qué, no el de la persona que ha decidido que pase. Lo que vi muy claro, en cualquier caso, fue que era el tono de alguien que te contaba una cosa que tampoco podía tener muchas consecuencias. Aquello de proponer un *brainstorming* a mí ahora me parece

una jugada maestra, porque evidentemente era imposible que surgieran ideas brillantes e increíblemente proactivas justo después del porrascazo. Y ese silencio bestial que se produjo en cuanto nos pediste nuestro *input* fue algo que poco a poco se transformó en un argumento a tu favor, o casi te diría que en una justificación de la medida que estabas tomando. Yo al menos a partir de ese momento sí que noté que aquella impotencia tan chungu se convertía en otra cosa. Después de que tú hablaras tan claro y con tantísima sinceridad —tan sin querer dejar de compartir con nosotros hasta el último detalle del asunto—, yo sentí que aquel silencio nuestro te estaba dando la razón, que casi significaba que en verdad era todo culpa nuestra.

En tiempos se tardaban seis horas por distintas carreteras nacionales y luego había que salir a una comarcal, con cunetas a los lados y un solo carril para los dos sentidos, por la que en según qué épocas del año a veces circulaban casi más tractores que coches. Más tarde hicieron una mucho más moderna de peaje y, aunque en vida de su marido jamás se les ocurrió usarla, el tráfico en los tramos antiguos también se despejó bastante y pasaron a hacer todo el viaje en menos de cinco. Ella desde el principio estaba convencida de que su sobrino ni siquiera iba a plantearse la opción de ir por las gratuitas. En los kilómetros anteriores al desvío se había estado preparando mentalmente para escandalizarse, para indignarse en silencio con la idea de que un parado que no podía pagar un alquiler luego fuera dejándose el dinero en carreteras de peaje, aunque en parte también tenía curiosidad por ver qué tal se iba por la de pago, o si las vistas eran muy distintas, o cuánto menos se tardaba. Iba sentada donde el copiloto con las manos mansamente posadas en el regazo y sin decir gran cosa, como con ese exceso de atención a la carretera o al desplazamiento que a veces se le nota a la gente que no se sube en coches muy a menudo, pero al llegar al desvío él incluso se justificó diciendo que qué prisa tenían y lo cogió para incorporarse a la antigua. Esto la hizo sentirse un poco culpable y a partir de ese momento fueron charlando el resto del camino, revisando el orden del día y recordando las veces en que él había hecho el mismo viaje de pequeño, en verano, para pasarse alguna semana en el pueblo con ella y con su marido mientras sus padres, que nunca tenían tantos días de vacaciones, se quedaban en casa trabajando. Hacía unos quince años que él no volvía y lo que más le llamó la atención al llegar fue lo pequeño que era todo, más que nada porque en su recuerdo por ejemplo el huerto era una extensión enorme que uno tardaba siglos en atravesar, sobre todo si estaba crecido, y la pila de piedra que había en un rincón del patio tenía casi las dimensiones de una piscina. Tampoco es que ella dijera nada ni que se le notara demasiado, pero en cuanto entraron él se dio cuenta de que estaba emocionada. Sabía que, desde que había enviudado, su tía solo había ido al pueblo en ocasiones contadas y cuando no le había quedado otro remedio, a lo mejor solo para quitar rastrojos de muchos meses o a abrir los grifos y que corriera un poco de

agua por las tuberías. A lo largo del año había una serie de fechas —como el día del Corpus o la semana de fiestas— en las que ella ya siempre se negaba a viajar y que en vida de su marido habían sido visitas prácticamente obligatorias. Nada más entrar él vio que hasta ralentizaba el paso, y en un momento en que coincidieron sus miradas le sonrió y ella le devolvió la sonrisa como diciendo «qué cosas tengo» o «soy así de tonta», aunque luego ninguno de los dos se sintió obligado a añadir nada y él siguió barriendo y ella destapando los muebles y abriendo las contraventanas, llenando la estancia de luz como por partes y revelando una a una las zonas que aún tenían polvo y por las que él todavía no había pasado la escoba. Si ella por fin había accedido a venir esta vez era, por una parte, porque una amiga le llevaba insistiendo desde hacía por lo menos tres meses. A principios de año esa amiga había sido abuela y no solo eso, sino que el bebé que había tenido su hija era el primero en nacer en el pueblo desde casi antes del euro. En realidad no era tanto una amiga como una conocida de toda la vida, un poco entrometida y también un poco pesada, que sin embargo siempre se había portado muy bien tanto con ella como con su marido. Siempre se había encargado de recogerles las cartas que recibían allí y de adelantarles, las veces que había hecho falta, la cuota del teleclub o su parte del número al que jugaban juntos todos los años para el Gordo. Cuando el segundo ictus de su marido, el que le dio estando tumbado en el sofá de casa, esa amiga fue la única vecina de todo el pueblo que hizo el viaje para ir a verlo al hospital. Se subió una mañana a aquel autobús mortal, el que iba parando cada veinte minutos en todas las pedanías, y por la tarde se les presentó sin avisar con una caja de bombones y un puñado de cartas de la Cooperativa Agrícola San Cristóbal. Ella había bajado un momento a la cafetería y cuando se la encontró por los pasillos de la UCI fue como si de repente se estrellaran dos mundos —el del pueblo y el de casa—, porque en su cabeza tenía a la gente de la ciudad en un sitio y a la del pueblo en otro totalmente distinto, lo cual tampoco dejaba de ser lógico si en más de medio siglo rara vez se habían mezclado. En cuanto a la visita para conocer al bebé, en realidad probablemente le habría seguido dando largas a su amiga hasta que se cansara, pero un día cometió la imprudencia de cogerle el teléfono con su sobrino delante y él enseguida empezó a ilusionarse con el plan. Podían ir los dos en su coche un viernes por la mañana temprano, cumplir con su amiga, adorar un rato al niño y luego pasarse el resto del fin de semana allí tan tranquilos, echando chuletas a la parrilla y dando paseos por donde los pinares o por la acequia hasta el molino. Aunque al principio ella no estuvo muy por

la labor, él no tardó en jugar la baza de la nostalgia y del tiempo que hacía que no estaban allí los dos juntos, y ahí sí que le tocó la fibra sensible y ya solo fue cuestión de decidir el día. Al final, según el plan establecido, nada más llegar se dedicaron un buen rato a adecentar la casa. Después se fueron a comer donde la amiga y a rendir pleitesía al bebé, que no era tan pequeño como para pasarse el día durmiendo y así y todo por poco no lo ven despierto. Volvieron pasadas las cinco, se tumbaron un rato y luego sacaron al patio dos mecedoras de mimbre y estuvieron allí sentados casi tres horas, charlando y contando historias del pueblo y viendo caer la tarde contra el llano, con los cables de alta tensión a un lado y al otro las fincas sin labrar, muertas de risa desde la expropiación masiva de finales de los noventa.

Algo que sí que me daría pena perder si vendiésemos la casa, aunque tampoco parece que vaya a caer esa breva en ningún momento pronto, es todo lo de la plaza. Nuestro piso no, pero los del otro lado de la escalera dan a una plaza pequeña con árboles y bancos y columpios donde siempre hay mucha gente del barrio con niños o con perros. Antes casi siempre nos la subíamos en metro al Retiro, pero eso pasó a ser inviable cuando dejamos de comprar los abonos mensuales —con la eternidad que se tarda en recorrer a pie solamente un par de manzanas con la niña—, y lo cierto es que al final me alegro de habernos tenido que quedar en la plaza de aquí abajo. Más que nada porque el Retiro es muy grande y hay de todo y la gente con la que te cruzas siempre es distinta, pero sin embargo a la semana de empezar a bajar por las tardes a la de aquí al lado la niña ya se sabía los nombres de cinco o seis niños más o menos de su edad que viven por la zona. A mí esto me pareció una noticia estupenda, porque hasta entonces en realidad solo se relacionaba con los compañeros de clase y, muy de tanto en tanto, con los primos que tiene por parte de padre, porque además este año tampoco la hemos tenido apuntada a ninguna actividad extraescolar. Así que nos acostumbramos a bajar a la plaza de aquí al lado y ahí empezó a hacer amigos enseguida —y también alguna archienemiga, todo hay que decirlo—, que iban a otros colegios y jugaban a otros juegos y se trataban entre ellos de una manera bastante diferente. Y fue espectacular ver cómo de repente se le ampliaba el horizonte y se aprendía otras historias y lo entusiasmada que estaba, por decir algo, con un juego tan de toda la vida como el balón prisionero, porque curiosamente en su colegio jamás habían jugado al balón prisionero. Después también se empezó a traer a casa una serie de expresiones geniales, que a él y a mí nos dejaban siempre atónitos, como cuando decidió que para mostrar asombro o sorpresa lo más conveniente era decir «¡madre del amor hermoso!», que yo creo que fue una frase que se le pegó de un canijo encantador de los de la plaza, que además vive justo en el portal de enfrente. Y, lógicamente, detrás de los niños enseguida fuimos las madres. Al principio igual lo único que pasaba era que a alguna de las que estábamos sentadas en los bancos la llamaban al móvil y a lo mejor echaba a andar muy concentrada en la conversación y le daba la

espalda a la zona de los columpios y tú te dabas cuenta y simplemente estabas más pendiente de su niño, o te acercabas si se caía al suelo o se enfurruñaba con otro y empezaba a llorar, y al colgar la madre se enteraba de toda la jugada y venía a darte las gracias. O también podía ser que tu niña un día se echaba encima medio bote de Bifrutas y tú te habías quedado sin *kleenex* y enseguida venía otra madre que tenía una caja de toallitas húmedas, y entonces una empezaba a hablar de lo desastre que era el suyo con la ropa y la otra decía que qué le iba a contar, y poco a poco empezabas a pegar la hebra sobre todo porque ver jugar a tu hija en el parque es muy bonito y lo que tú quieras, pero hacerlo todos los días en el mismo horario también es un coñazo tremendo y al final agradeces cualquier forma de entretenimiento. Una de ellas, de las que más a menudo veía por allí y con la que ya había hablado un par de ratos largos, se me acercó un día para pedirme si le podía echar un ojo a su hijo, porque al parecer a su marido se le habían gastado las pilas del mando del garaje y ella tenía que acercarse un segundo al edificio, que estaba a un par de manzanas, para abrirle la puerta con el suyo. Yo en ese momento me puse un poco nerviosa pero no por tener que hacerme responsable de su hijo —eso no me inquietaba en absoluto—, sino más bien porque me imaginé la situación a la inversa y en principio me dio pavor la idea de dejar a mi hija al cargo de una tía que al fin y al cabo no dejaba de ser una desconocida. Pero luego, como con todo, poco a poco ibas cogiendo confianza y eras testigo de cómo trataban a sus hijos y tampoco veías indicios de que fueran madres mucho peores que tú, ni personas mucho menos sensatas, y a lo mejor después una tarde te dabas cuenta de que no le habías bajado a la niña abrigo suficiente para el tiempo que hacía y ese primer día que subías tú sola a por otra chaqueta seguramente sí que ibas con prisas, como si por tardar un par de minutos más fueras a ponerle en bandeja el plan del secuestro a la pobre madre de su amigo el del ojo vago, con lo agradable que era, y al bajar suspirabas aliviada al ver que tu hija seguía montada en el mismo balancín y todo estaba en orden y te decías para tus adentros «qué subnormal, ¿y qué otra cosa te esperabas?». Así que luego con el tiempo ya te ibas tan tranquila y tardabas más rato, si te faltaba leche o detergente te escapabas un momento a la tienda de la esquina casi sin pensarlo, o veías que otra madre te dejaba a su niño una hora entera porque tenía cita para hacerse una resonancia y a ti enseguida se te abría un mundo de posibilidades, pensando en tu madre y en lo mucho que se hace de rogar y en las excusas que pone cuando un día no te queda más remedio que pedirle el favor de quedarse con la niña. Y si de repente te parecía factible no era solo porque se lo hubieras visto hacer a otras

madres de la plaza, o porque tú ya te hubieras hecho cargo de sus niños muchas veces y todo hubiese ido siempre de maravilla, sino también porque por el camino habíais ido hablando de muchas más cosas y a lo mejor ya sabías a qué se dedicaban o cómo les iba en la vida y cuáles eran los problemas a los que les tocaba hacer frente en sus respectivas casas. Él hace un tiempo me contó que el momento en que se dio cuenta de que aquella gente era de fiar debió de ser la quinta o sexta vez que bajó con la niña, cuando un día apareció por allí un equipo de la tele para hacer las típicas preguntas de las noticias sobre el descenso de las temperaturas. A ninguna le dio la gana de ponerse delante de la cámara para decir que era verdad que hacía más frío, así que tuvieron que volver a subirse a la furgoneta y probar suerte en otro sitio. Por supuesto, también veías detalles feos y cosas que no te gustaban un pelo y te tiraban un poco para atrás, pero en realidad eran las menos. Básicamente, aunque una fuera una hortera de tomo y lomo con chándal blanco y Adidas doradas y otra tuviera los dos hombros completamente tatuados y otra dijera «asín» y «ojalay» y «discursión», de lo que te ibas dando cuenta era de que en el fondo todas se reían más o menos con las mismas chorradas que te hacían gracia a ti, o se desvelaban de noche con preocupaciones muy parecidas a las tuyas, y en general agradecían igual el mismo tipo de cosas que agradecías tú. Como cuando un padre bajó un día con un *tupper* y un rollo de *film* diciendo que había hecho demasiadas empanadillas y que quién quería llevarse algunas para casa. O como la cadena que más tarde se montó entre algunas madres que fuimos heredando la ropa de los niños a los que se les iba quedando pequeña estando casi nueva, porque se daba la circunstancia de que la gran mayoría estábamos a dos velas — algunos hasta peor que nosotros— y encima muchas solo teníamos un hijo y tampoco es que hubiera demasiados primos a mano a los que pasársela. Además, aunque el centro de operaciones y el escenario principal de esa red de apoyo que fuimos montando fuera siempre la plaza, luego también fuimos poco a poco haciendo planes que se salían de esa circunscripción. A un padre una vez le regalaron un montón de entradas para Faunia y entre cuatro nos organizamos para llevar a los niños de excursión un sábado en tres coches. O cuando el enano ese que habla con expresiones raras se cayó de uno de los muritos de las jardineras y se partió el brazo, yo compré unas cartulinas y me los subí a todos a casa una tarde para que le pintaran un cartel que decía «¡ponte bueno!». La cosa cada vez ha ido yendo a más y al final se ha convertido en una ayuda importante en términos de logística y de intendencia, pero así y todo lo que yo más valoro a estas alturas no son tanto las manos

que puedan echarle en un momento dado ni las cuestiones de orden práctico, sino el ambiente general que se respira y lo bien que me sienta. De hecho, el rato de estar en la plaza con la niña ha pasado a ser la parte del día que más me apetece que llegue, y que creo que más me ayuda a liberar tensiones. Yo reconozco que siempre he sido una persona bastante reservada y con poco déjame entrar —o eso es al menos lo que siempre me han echado en cara mis amigas más cercanas y mi madre—, pero de un tiempo a esta parte, al ir relacionándome con la gente de la plaza, de repente me estoy sorprendiendo a mí misma con ciertos detalles y me veo como alguien más accesible y hasta más habladora, como si me diera todo un poco más igual y el trato me resultara más sencillo. En parte creo que es porque lo único que tenemos todas en común es lo fundamental, o lo más básico —porque en casi todo lo demás somos cada una de su padre y de su madre—, y eso igual implica que no manejemos demasiadas expectativas las unas sobre las otras, o yo al menos me doy cuenta de que no tengo ideas preconcebidas sobre el tipo de comportamiento ni sobre los temas de conversación que las demás pueden estar esperando de mí, y lo cierto es que me resulta muy cómodo y lo agradezco mucho. Poder soltar a mi hija a que se desfogue en el parque y sentarme con otra madre a protestar por lo pesada que está últimamente con las canciones de *Frozen*. Preguntarle cómo hace para que el suyo siempre venga corriendo la primera vez que lo llama y baje la voz en cuanto ella se lo pide. Decirle que ya me gustaría a mí oír excusas como las que le pone su marido —lo de que siempre le dice que cree haber oído ruidos en la habitación de al lado y que no puede estar a lo que está si su hijo a lo mejor aún no se ha dormido—, porque en mi casa no hacen falta excusas y ya se han debido de cambiar las sábanas cien veces desde la última vez que alguien le propuso nada a nadie. Y, por cierto, ese día fue cuando me enteré del éxito que él tiene entre las mamás de la plaza, porque lo que me contestó ella entonces fue que qué desperdicio.

De tu oficina de diseño y tu terrado panorámico es evidente que estabas muy orgulloso, pero lo que yo no sé si te hacía tanta ilusión, al menos a partir de cierto momento, era que el edificio diera justo a Via Laietana. Cuando empezaste a echar a gente más sistemáticamente, yo creo que ya dejó de parecerse tan buena ubicación, o más bien pasó a repatearte bastante eso de tener palco de honor en el circuito de la gran mayoría de manifestaciones que se organizan en Barcelona (como mínimo de todas las que acaban en Jaume I o en el Parlament). Desde mi llegada a la empresa siempre había habido muchas, unas más multitudinarias que otras, sobre todo los viernes a media mañana. En realidad cualquier día podíamos estar todos trabajando tranquilamente, cada uno acoplado a su pantalla, y de repente se empezaba a oír a lo lejos un jolgorio o una marabunta, según el día. Al principio más flojito, pero a medida que iban bajando desde Urquinaona poco a poco iban sonando más altos los megáfonos y los tambores y también los cánticos. Lo que se sentía en la oficina, no sé si acentuado en parte por el ventarrón que muchas veces pegaba en esa calle, era como si desde lo alto del valle estuvieran acercándose muy cabreados los apaches. Tú esa sensación la tienes que tener muy presente, porque me consta que siguen pasando muchas por allí. Entonces era cuando los compañeros íbamos levantando la vista como por turnos, buscándonos unos a otros con la mirada y sonriéndonos más que nada por el rollo en plan cinematográfico del follón que se escuchaba y que poco a poco iba en aumento. Uno que igual se había tenido que levantar a por una carpeta o a coger algo de la impresora aprovechaba para acercarse un momento a la ventana, como quien no quería la cosa. Dependiendo de lo impresionado que se le viera o de lo cerca que estuviese ya la mani, a lo mejor había otros que se animaban a dejar sus puestos y también se asomaban para curiosear. A ti siempre te gustó tener en plantilla a gente joven de fuera, yo creo que no tanto porque no te valiera con autóctonos que hablaran más o menos bien el idioma que tocara, sino porque sabías que esos chavales extranjeros no exigían mucho, al no haber venido en realidad a Barcelona a trabajar. Venían a otras cosas y, de paso, trabajaban. Yo nunca terminaba de caer en la cuenta de que ese tipo de guiris eran casi mayoría en la oficina,

salvo cuando por ejemplo pasaba una manifestación por Laietana. A lo mejor era que todos venían de sitios más civilizados en los que la gente no se manifestaba tanto, o que sus manifestaciones no eran tan moviditas ni tan bullangueras. Lo que estaba claro era que las de aquí los dejaban fascinados y les parecían de lo más exóticas, por eso siempre les hacían el caso que se le hace a una movida que te llama mucho la atención. De todas formas, eso fue sobre todo al principio y luego la cosa fue cambiando cuando empezaste a reducir horarios y a echar a gente, porque a algunos en la oficina seguramente nos empezó a rondar la mosca detrás de la oreja con que de repente por lo que estaban protestando siete plantas más abajo pudiera ser parecido a lo que estábamos viviendo nosotros, con actitud tirando a pasiva, en aquel ático con vistas a los principales *landmarks* de la ciudad más *cool* del sur de Europa. Cuando la cosa ya empezó a ponerse fea, habría estado superbién coger un día y bajarnos todos juntos a la calle y sumarnos cinco minutos a alguna de aquellas protestas que desde lo alto se veían siempre tan divertidas. Algunos llegamos a hablarlo medio en broma más de una vez, pero ni que decir tiene que nadie hizo nunca ni el más mínimo intento. Nunca bajamos, pero un día estábamos fumando tres o cuatro en el terrado mientras pasaban unos que no recuerdo contra qué se estaban manifestando. Al asomarnos al muro alguien debió de fijarse en nosotros desde abajo, porque todos empezaron a apuntarnos con el dedo y a cantar lo de «¡no nos mires, únete!». En un primer momento no supimos cómo reaccionar, pero enseguida les señalamos las ventanas de la oficina, hicimos el gesto de encogernos de hombros en plan exagerado y, al ver que se paraban justo a nuestra altura para insistirnos o igual solo para provocar un poco y divertirse con el apuro que nos daba, pues resultó que los tres o cuatro nos pusimos a aplaudirles para hacerles ver que todo guay, que podían seguir su recorrido con nuestro beneplácito. A partir de aquella, lo único medianamente reivindicativo que nos atrevimos a hacer en la empresa —aunque es verdad que éramos solo una minoría de entre todos los compañeros— fue salir aposta a fumar cada vez que pasaba una manifestación y asomarnos al murito del terrado muy bien alineados para que se viera más bulto. La idea era hacer como de cebo y que los de la calle picaran y empezaran a cantarnos «¡no nos mires, únete!», cuanto más rato y más alto mejor. Si lo hacían, era probable que tú los oyeras desde tu despacho y te asomaras a la calle o miraras hacia el terrado y nos vieras casi participando, al menos en la medida de nuestras posibilidades de asalariados obedientes y tirando a pusilánimes. Alguna vez llegaste a levantarte de la silla

para cerrar tu ventana, con un gesto mucho más brusco de lo normal, y no te puedes ni imaginar hasta qué punto nos supo a victoria.

El padre de su marido había muerto siendo él todavía muy pequeño, en el típico accidente de todos los inviernos provocado por un brasero encendido en una habitación mal ventilada. La madre tenía insomnio y esa noche no se había ido a acostar hasta pasadas las tres de la mañana. Al abrir la puerta del dormitorio le había extrañado no oírlo roncar y enseguida se había dado cuenta de que ya no respiraba. En un principio se las había arreglado sola y había podido hacerse cargo del niño, pero un par de años después había cerrado la fábrica de embutidos donde estaba contratada y no le había quedado otro remedio que mandarlo a vivir con su hermano mayor, que era taxista en Burgos. Siendo el hijo ya adolescente, la madre había vuelto a casarse con el encargado de la gasolinera y había tenido dos hijas más, gemelas. En el pueblo había mucha más gente en aquella época, pero no tanta como para que no se conocieran todos. De hecho —tal como el sobrino le había oído contar miles de veces a la tía—, la clase donde ella aprendió a leer fue la de aquel maestro que a veces se paseaba por ahí con un detector de metales y que murió por irse a dormir en una habitación cerrada en la que se había quedado encendido un brasero. Del hijo, que era de su misma edad, la tía decía que también tenía recuerdos casi de toda la vida, de verlo llegar de Burgos cada julio un palmo más alto, o de los días a primeros de septiembre en que le tocaba volver a subirse a un autocar. Él más tarde le juraría que nunca se dio cuenta, pero ella se pasó muchos veranos muy pendiente de todo lo que hacía, vigilando todas sus entradas y salidas y sin dejar de seguirlo por el rabillo del ojo cuando coincidían en la plaza o por la calle ancha. Al principio seguramente porque al pasar allí solo dos meses al año era normal que fuera el centro de atención —un poco como lo son los alumnos nuevos de la clase, o los presos recién llegados a la cárcel—, pero después también porque decidió que era el único chico medianamente interesante que había no solo en el pueblo, sino en todo lo que conocía de los alrededores. En algún momento debió de empezar a verle el encanto de quienes no se prodigan mucho y que tampoco terminan de incorporarse a las rutinas. Él nunca tenía gran cosa que decir ni daba la impresión de congeniar mucho con nadie, lo cual a ella no podía sino parecerle una gran virtud en un sitio donde congeniar

con alguien implicaba, más que ninguna otra cosa, juntarse con otro para mortificar a un tercero. Además tenía un corte de pelo distinto del de cualquier otro chico del pueblo, con el flequillo más largo, seguramente porque allí solo había un barbero. Poco después de cumplir los diecisiete él volvió definitivamente y empezó a trabajar en la tienda de víveres que había por aquel entonces, que siempre regentó el mismo matrimonio hasta que después pasó a ser un taller mecánico. El dueño la había montado con el dinero que había ido reuniendo en Venezuela, trabajando en las refinerías de una ciudad llamada Punto Fijo. Allí había conocido a su mujer, una señora alta que usaba unos vestidos estampados que hasta su llegada nadie había visto nunca en el pueblo, tan coloridos, y que tenía aquel acento como de broma y un ojo apuntando a un sitio raro. No hacía muchos meses que él había vuelto de Burgos ya para quedarse, a lo mejor un año, cuando una tarde ella pasó por delante de la tienda en bicicleta y, como hacía siempre, frenó para darse algo de tiempo y poder ubicarlo a través de la ventana. En la parte abierta al público no había ningún cliente. Detrás del mostrador estaban él, colocando unas latas en los estantes, y la mujer del dueño, sentada en una banqueta de aquellas a las que les salían unos escalones por un lado, comiéndose una ciruela cogida de las cajas de la entrada. Ella se había detenido por completo en medio de la calle con la excusa de enderezarse los pliegues que le hacía la falda contra el sillín, si bien al hacerlo se había asegurado de no resultar demasiado visible desde el interior de la tienda. En el plazo que se dio para pararse allí tuvo el tiempo justo de ver cómo él se acercaba mucho a la mujer del dueño, que hacía cualquier cosa menos apartarse, y cómo le quitaba de la comisura de los labios un resto de piel de fruta con la yema del pulgar. Ella siempre contaba que si acabó juntándose con su marido fue porque a los dos les gustaba pasear. Seguramente el sobrino pensaría que si se dedicaba a dar vueltas por ahí era para ver si se lo encontraba, pero nada de eso. Lo cierto era que en el pueblo había tan poco con lo que entretenerse, y todos se tenían tan controlados unos a otros, que desde pequeña le encantaba alejarse de las casas en cuanto tenía un rato libre, o perderse por donde los pinares y volver por el tramo de cañada. Lo que no quería ni imaginarse era cuánto habría paseado de haber sido un poco más bonitos los paisajes de la zona. Dando esos paseos empezó a cruzarse mucho con él, que siempre iba solo con las manos metidas en los bolsillos. Al principio solamente se saludaban con un gesto o se decían como mucho «hola», sin pararse y sin mantener la mirada más de lo necesario. Él a veces llevaba un saco de arpillera doblado bajo el brazo y ella enseguida descubrió

que lo usaba para sentarse donde le diera la gana sin ensuciarse el pantalón. Al poco tiempo pasaron a hacerle una doblez menos a ese saco cuando lo tendían en el suelo, porque tenía que haber espacio para los dos. Por haberlo visto siempre tan a su aire y tan independiente —y también por haber sido testigo de aquella escena con la señora de la tienda, y porque además le había llegado algún que otro rumor—, ella lo creía muy experimentado y muy dispuesto a llevar la iniciativa con las chicas. Es más, pensaba incluso que enseguida querría llevar esa iniciativa hasta extremos un poco impropios, aunque después siempre fue muy caballeroso y de novios nunca intentó hacer nada que ella no viera bien, ni tampoco se esforzó mucho en tratar de convencerla. Ella intuía que si él no la azuzaba, o si no se le notaban las prisas por ir más allá de darse besos, era porque tenía que haber acumulado bastante experiencia con la señora de la tienda y ya no sentía tanto la urgencia de la curiosidad. Tampoco creía que hubiera que echárselo demasiado en cara. Si era verdad que a veces se acostaba con aquella mujer, no solo lo hacía desde antes de haber empezado a encontrarse los dos al pasear y luego a quedar por las tardes, sino que seguramente lo único que hacía con la venezolana eran cosas que ella todavía no estaba dispuesta a hacer. Además, una historia como aquella, con una señora mayor y casada, tenía que tener los días contados a la fuerza. Le parecía que, de haber estado él viéndose con otra chica de su misma edad, el asunto habría sido bastante más preocupante, y efectivamente el tiempo acabó por demostrar que no se equivocaba al verlo así. Nunca llegaron a saber quién le contó al dueño de la tienda que su mujer y el mozo cerraban con llave cada vez que entraban juntos en el almacén. Quienquiera que fuera lo hizo considerando el interés de ambas partes, porque fue justo el día en que a él le tocaba presentarse en un cuartel de Calatayud para empezar la mili. Es cierto que hubo amenazas y que el dueño de la tienda tenía fama de ser una persona muy violenta. Una vez en fiestas había dejado seco a uno del pueblo de al lado al que había pillado orinando en la puerta de su casa. A lo mejor por eso mucho tiempo después, cuando ellos ya llevaban por lo menos veinte años casados y viviendo fuera y solo volvían al pueblo en vacaciones, alguien se inventó la historia de que si no habían podido tener hijos era por la paliza que él se había llevado de joven, al enterarse el señor de la tienda de lo del lío con su mujer. Se dijo que le había estado dando patadas justo ahí hasta que había perdido el conocimiento. Nada de aquello era verdad pero perfectamente podría haber pasado algo muy parecido, sobre todo si él no llega a haberse cuidado mucho de aparecer por el pueblo en los meses que siguieron al chivatazo y al consiguiente revuelo, porque obviamente el dueño

de la tienda no era el único que no quería verlo ni en pintura. Como ella nunca le había contado nada a nadie sobre con quién se veía en sus paseos, cuando él se fue a Calatayud les resultó bastante fácil mantener el contacto sin levantar sospechas. Si le daban días de permiso, él a veces conseguía prestada una moto y la avisaba a través de un amigo para pasar a recogerla a las afueras del pueblo. Ella hacía a escondidas un par de bocadillos, salía de casa con un vestido de diario puesto encima del de los festivos y pasaban el día juntos por la zona del Moncayo. El sobrino tenía que saber a qué parte del parque natural se estaba refiriendo, porque de pequeño lo habían llevado de excursión más de una vez. Antes de una de aquellas salidas a escondidas, él le dejó aviso de que la próxima escapada que iban a hacer sería distinta, a un sitio especial. Le dijo que no hacía falta que preparara nada de comer y que estuviera un poco antes que de costumbre donde siempre lo esperaba. Ella recordaba un trayecto muy largo por unas rectas interminables, con el sol cayendo a plomo y él parando a cada rato —prácticamente en cada sombra que encontraban— para que se enfriara el motor y de paso poder descansar la postura. No sabía cuántos kilómetros habían recorrido así, sin cruzarse con nadie y casi sin coger ni una sola curva, por una sucesión de tierras planísimas hasta que de pronto había aparecido a lo lejos una construcción muy rara en mitad del llano. A medida que se acercaban, a ella le fue extrañando cada vez más la forma del tejado, con varios niveles aunque en realidad la casa solo tuviera una planta, y un montón de cúpulas y agujas como las de las iglesias. Era una especie de palacio en miniatura en mitad de la nada. La fachada entera estaba cubierta de enredaderas secas y en general todo tenía pinta de estar bastante abandonado, pero a ella de todas maneras le pareció la casa más bonita que había visto en su vida. No tenía nada que ver con las típicas casas de piedra y teja que había por la zona. Era como si alguien la hubiese arrancado de otra parte del mundo, de un sitio muy exótico, y por alguna razón la hubiese colocado en mitad de aquel campo. Había un porche con balaústres de madera que la rodeaba casi entera y una casita más pequeña justo al lado, también preciosa, como para alojar a unos guardeses. Después de dejar la moto debajo de un árbol, él se fue hasta la entrada y subió los cuatro o cinco escalones que daban a la puerta principal. Ella le preguntó qué pasaría si de repente aparecieran por allí los dueños. Él le contestó que no se preocupara y sacó de su macuto un mantel a cuadros que extendió sobre el prado delante de la casa. Por los alrededores se veía casi todo muy reseco, pero justo en aquella parcela el campo estaba bastante verde y hasta florecido. Comieron queso y empanada y naranjas y le fueron dando tragos a morro a

una botella de vino que probablemente era muy malo, pero ella contaba que le había sabido a gloria. En un momento dado él se puso a buscar una ventana para ver qué había en la casa y a lo mejor colarse dentro, pero al rato volvió muy contrariado diciendo que era imposible, que detrás de los cristales no se veían más que tablones de madera y que no había encontrado una sola abertura por la que poder fisgar. Un par de horas después ya tenían la cara un poco roja del sol y a ella ya se le había quitado el miedo a que alguien apareciera por allí para echarlos. Hacía tan buen día y el sitio era tan bonito que según iba pasando el rato fue casi como si se convirtieran poco a poco en los propietarios. Fantasearon mucho rato con la idea de quedarse a vivir para siempre los dos solos en un sitio así. Él le dijo en broma que iba a prenderle fuego a su uniforme y que no iba a volver a pisar Calatayud. Ella les iba a escribir a sus padres solamente una carta, diciendo que se encontraba bien y que podían llevar toda su ropa a la parroquia. Puede que fuera así solamente en su recuerdo, pero ella decía que ese fue el día en que los dos supieron que querían estar juntos toda la vida. A lo mejor porque después no tuvieron hijos y su boda en realidad fue poco más que un trámite, también podía ser perfectamente el día del que más le gustaba acordarse. Por eso al cabo de los años fue tan tremenda la sorpresa que se llevó cuando, un sábado por la noche estando sola en casa, vio por la tele aquella película tan romántica del médico que se enamoraba de una chica rubísima con los ojos azules. El médico se tenía que casar con la que era su novia de antes, que además era la hija de los señores que lo habían adoptado a él de pequeño, pero en realidad a la que quería era a la otra. Había una guerra y a él ya casado lo mandaban al frente y allí coincidía otra vez con la chica rubia, que estaba trabajando de enfermera, y se volvían a enamorar. Cuando el médico por fin regresaba de la guerra lo echaban de su casa, con toda la familia a cuestas, porque había escrito unos poemas que no les habían gustado nada a los que estaban haciendo la revolución. Se iban todos en un tren abarrotado a una casa que tenían de veraneo, y cuando llegaban allí —recordaba que había sido justo después de unos anuncios— a ella le había dado un vuelco el corazón al ver que era la misma casa a la que habían ido en moto aquel día tan bonito cuando su marido hacía la mili en Calatayud, con las mismas cúpulas y los chopos delante y la baranda de madera y todo exactamente igual. El médico era un santo con su mujer y su hijo y también con el suegro, pero en el fondo sentía mucha amargura porque seguía estando enamorado de la enfermera rubia. La tía nunca había llorado tanto con una película, porque además luego al médico se lo llevaban otra vez los militares a la guerra y, cuando por fin se escapaba y

volvía después de haber pasado muchísimas penurias, resultaba que su familia ya no estaba. Se habían ido todos a vivir al extranjero. Así que llegaba a donde la chica rubia y, como los dos estaban en peligro y si los encontraban estaba claro que los iban a matar, decidían ir a esconderse con la hija de ella a la misma casita en medio del campo. Allí por fin conseguían estar juntos, aunque a la vez vivían con la angustia terrible de saber que así tampoco podían durar mucho tiempo, porque tarde o temprano los iban a venir a buscar. En todo el país estaba todo tan revuelto y el ambiente era tan horroroso que, si no estabas dispuesto a olvidarte de tus principios ni a traicionar a la gente ni a convertirte en un indeseable, nunca te iban a dejar vivir en paz. Pero ellos de todas formas sí que conseguían un poco de libertad, aunque solo por una temporada muy corta. Ya les quedaba poco tiempo y él se sentaba a escribir un libro de poemas como para dejar por escrito todo lo que la había querido, seguramente porque sabía que enseguida los iban a separar y que después todo iban a ser desgracias. El sobrino no había visto aquella película, pero de todas formas le interesaba mucho más saber qué había pasado después de que su marido acabara la mili, o cómo había sido lo de volver juntos al pueblo estando ya casados. Ella le contestó que al final la cosa no había sido para tanto. Después de todo aquel lío la venezolana había pasado a ser una apestada, se había encerrado en su casa y la gente decía que se había vuelto medio loca. Como al año, más o menos, un día le había quitado al dueño de la tienda un dinero que tenía escondido por la casa y al parecer se había vuelto en barco a Sudamérica. Él había enfermado del corazón y solo había vivido unos cuantos años más después de traspasar el local a los del taller mecánico. Al poco de casarse, ella y su marido se habían ido a trabajar a Holanda —eso lo sabía perfectamente el sobrino— y, nada más volver, con aquellos ahorros habían pagado la entrada del piso de Zaragoza. El día que firmaron la escritura ella había ido por la tarde a hacer unas compras por el centro. Iba andando por la acera de una calle estrecha, de repente había oído un grito y un segundo después le había caído justo delante, a menos de un metro, un palé con quinientos kilos de azulejos. Su marido siempre le tomaba el pelo con aquello, diciéndole que alguien ahí arriba había querido que disfrutara él solo de la casa nueva, pero que por un pelo no había podido ser.

Tengo una amiga divorciada que es profesora de Física y que un día me explicó en broma algo así como que, en un espacio que contiene más de dos cuerpos, en cuanto empieza a ser observable que un cuerpo se aleja de otro, ese cuerpo en movimiento a la fuerza tiene que estar acercándose a un tercero. A mí se me ocurrió decirle que parecía mentira que hubiera que pasar por cinco años de carrera para aprender lo mismo que en una partida del billar ese de la mesa sin agujeros. En su caso particular, el tercer cuerpo fue el de una compañera de trabajo con la que el marido, en la hora libre que tenían a mediodía, empezó apuntándose a yoga y terminó dominando un repertorio de posturas totalmente distinto. Según me contó, lo que más boquiabierto la dejó en todo ese proceso fue que desde el principio él se pasara el día hablándole de aquella compañera, y en general no muy bien. Le contaba de los escotes con los que se presentaba en la oficina, o de la cantidad de fundas protectoras para el móvil que iba alternando, a cual más chillona. O eso o compartía con ella una reflexión muy larga, que había ido madurando al fijarse en aquella chica, sobre lo sacrificado que tenía que ser pasarse ocho horas realizando tareas administrativas y a la vez sin poder descansar ni un minuto de la tarea de estar siempre perfectamente maqueada y sin un pelo fuera de sitio, todo el rato pendiente de estar resultándole atractiva al personal. Había llegado a decirle que lo de aquella chica era casi como tener dos trabajos, a lo que mi amiga no había podido por menos de contestarle que en sus años de casados jamás le había escuchado un comentario tan machista. Estas conversaciones las habían empezado a tener mucho antes de que ella encontrara la caja de condones en la bolsa que él usaba para llevar a clase la esterilla y la muda de ropa en tejidos naturales. A toro pasado la pobre hizo cuentas y era como si, antes incluso de haberse liado con la otra —cuando a lo mejor todavía solo se lo estaba planteando, o trabajándose— a él le hubiese parecido buena idea excitarse pensando en ella en voz alta, a expensas de su propia esposa. Dándole vueltas al principio físico de mi amiga, yo creo que en nuestro caso quizá no rige igual porque no es tanto que el cuerpo en cuestión se haya ido acercando a un tercero sino más bien, como mucho, a una *constelación*. También me parece que ese principio no contempla una situación que en

verdad es muy habitual, mucho más de lo que se dice, y que se da cuando ese cuerpo que se aleja simplemente está aburrido, o llega a un punto de desmotivación o de decepción consigo mismo en el que entiende, o igual solo lo siente sin llegar siquiera a pensarlo, que su vida necesita de otros alicientes —que pueden ser de muchos tipos—, o cuando por el motivo que sea de repente está a otra cosa. Yo creo que lo que nos ha pasado a nosotros debe de ser más parecido a esto último, entre otras razones porque si hay algo bueno que él tiene es que no sabe mentir, y también porque en internet hay colgadas un montón de fotos de grupo de las miles de jornadas y talleres que organiza con los activistas y que lo tienen liado casi todos los fines de semana, y lo que he visto del estilo y el nivel general de las militantes o afiliadas —o comoquiera que se llamen— la verdad es que me ha dejado bastante tranquila. Con los mensajes y las fotos de perfil que hay en su Telegram, tres cuartas partes de lo mismo. Por eso pienso que el problema real es que ahora él ya no está donde estaba y yo sí sigo estando —hasta ahí sí que es cierto que *se ha alejado*—, o que se le han metido en la cabeza un montón de cosas nuevas que no tienen nada que ver con las que me interesan y me importan a mí, y además noto que de pronto tiene muchas energías para dedicarle a una serie de temas de los que yo no formo parte. Desde hace unos meses se puede pasar horas metido en un chat discutiendo enmiendas a no sé ni cuántos borradores de propuestas, o dándole a «me gusta» en miles de *posts* sobre política y actualidad, o cambiando el diseño de carteles que luego nunca imprime nadie. Se lee todos los periódicos *online* de cabo a rabo, buscando noticias y pasando a un Word los trozos que dice que pueden servir de argumentario. O, peor aún, se traga un día sí y otro también reuniones de tres o cuatro horas a las que, por lo que me cuenta, la mayoría de la gente solo va a repetir lo que ha escuchado por la tele, o a perorar sobre su obsesión particular y desahogarse. Y si luego no se queda mucho rato a las cañas de después no es porque no quiera, sino básicamente porque no se puede permitir más de una. Lo peor no es que ahora esté encantado de hacer todo eso, o que más bien le entusiasme, sino que además está convencido de que su implicación en todo ese tinglado es realmente fundamental. A mí ese convencimiento me parece peligroso porque funciona igual que una droga. Yo lo he vivido cuando compartía piso con unos amigos que estaban muy metidos en una protectora de animales, y puedo decir que lo que le veo a él es muy parecido. No es nada fácil convivir con alguien que todo el rato está así de excitado, como flotando a dos palmos del suelo y pensando que va a cambiar el mundo, sin dejar una de saber que, aunque ponerse a trabajar así en equipo seguramente no deje de

resultar muy estimulante, lo único que está haciendo en realidad es jugar a las casitas con otro montón de motivados. Convivir con eso, digo, es casi lo mismo que pasarse los días contemporizando con los desfases de alguien que siempre está drogado, sin dejar una en ningún momento de estar completamente sobria. Por eso no es solo que tenga siempre la cabeza ocupada con temas en los que yo no entro en absoluto, sino que además a mí me cuesta mucho disimular y él nota que cada vez que me empieza a contar algo me voy poniendo más de malas, y no es tanto porque piense en todo lo que podría estar haciendo si invirtiera esas mismas energías en algo que de verdad tuviera que ver con su familia. Lo que me genera conflicto es que no puedo dejar de preguntarme «¿a santo de qué?». Además, me llama mucho la atención cómo desde los primeros días se empeñó en ir contándomelo todo como si yo tuviera que darle permiso, o como si necesitase mi aprobación a cada paso, por ejemplo sobre los grupos de trabajo a los que se apuntaba o sobre las responsabilidades que iba asumiendo, aún viendo muy claro también desde el primer momento que a mí me interesaba poco y que cada vez me iba haciendo menos gracia. De hecho, yo diría que el exmarido de mi amiga no le hablaba tanto de la otra porque estuviera cachondo perdido y a todas horas necesitase evocar la figura de la auxiliar administrativa. Por un lado, creo que es muy difícil que un tío se ilusione mucho con una historia si no intuye que esa historia es algo de lo que se puede presumir. Y, para poder presumir de algo, forzosamente habrá que ir relatándolo. Es un poco como el chiste ese del naufrago que acaba con Beyoncé en una isla desierta, se la beneficia y después le pide que se vista de hombre para poder contárselo. Aparte, los tíos en general no son de tener la misma cosa mucho rato en la cabeza (y la prueba está en que, cuando la tienen, nunca saben muy bien qué hacer con ella). Cuando resulta que sí se les mete algo y se les queda ahí instalado, por muy poco que les convenga son completamente incapaces de no hablarte de ello a menudo, aunque sea a base de indirectas o callándose los detalles comprometedores. Para empezar, porque se sienten culpables de no hacerte partícipe de algo que les está ocupando tanto el pensamiento —o porque se temen que, si no lo comparten contigo, tú y él ya no estáis formando un equipo—, pero también porque no hacerlo implica tener que lidiar con ello o asimilarlo solos, por su cuenta, y solo hay que ver las prisas con las que siempre pasan de los brazos de sus madres a los de sus mujeres para entender lo reacios que son a tener que afrontar nada en solitario. En todo caso, yo supongo que no sería tan problemático si no lo viera tan obsesionado. Y si yo misma no lo viviese con tanta inquietud, me imagino que tampoco habría

cometido errores como el de preguntarle, una noche hace unas cuantas semanas cuando ya nos íbamos a dormir, si no creía que ese compromiso tan repentino podía haberle sobrevenido por puro aburrimiento. Si acaso era una locura pensar que, al menos en parte, se había enganchado tanto porque ya llevaba tiempo cansado de todo y muy desmotivado, incluso desde antes de quedarse en paro, y si no podía ser que con tanta militancia estuviese llenando una serie de huecos que a lo mejor en realidad eran de índole espiritual. Ante la cara de incredulidad tan ofendida que se le quedó mientras ponía a cargar el móvil en la mesilla de noche, tuve que recordarle lo que él mismo me había dicho me parece que la víspera, volviendo a casa de una comida con amigos por San Bernardo. Él iba un poco perjudicado y tristón y me empezó a hablar de cómo, cada vez que se paraba a abrir nuestro buzón en el portal, se imaginaba a sí mismo haciendo el gesto exactamente igual dentro de quince o veinte años, teniendo el mismo tipo de cosas en la cabeza. Me contó que se hacía perfectamente a la idea de cómo podría ser su vida y con qué ocuparía los días y qué clase de amargura iba haber acumulado para entonces, salvo por la duda de si la casa seguiría siendo nuestra y de si la gente todavía recibiría cartas en los buzones. Yo en realidad no me quedé tranquila con insinuarle que a lo mejor se había metido en todo ese embolado más bien por aburrimiento. También le dije que solo había que fijarse en las pintas de campistas del Decathlon, o de empollones tristes con gafas feas, que tenían tanto sus compañeros de las bases como incluso los portavoces que salían por la tele (y eso que a ese nivel ya habrían pasado por algún tipo de asesoría de imagen). Bastaba con fijarse un poco, le dije, para imaginarse que toda esa gente en realidad no se había visto en otra, que sus vidas hasta hacía nada tenían que haber sido de lo más grises y del montón y que probablemente era la primera vez que hacían algo medio interesante de lo que más o menos se podía fardar. Esto, además, casaba bastante con todo lo que él mismo me había contado de que no paraban de liarse unos con otros como adolescentes en un viaje de fin de curso —una cosa verdaderamente despiporrada—, como con esa avidez de quien en su vida tampoco ha coincidido con integrantes del sexo opuesto en demasiados sitios. Me puse a hacer de psicoanalista insidiosa y le dije que igual no era casualidad que toda esa gente se tomara tan en serio lo de querer cambiar las cosas, o que en todos sus eslóganes y en los discursos siempre repitieran tanto la palabra *cambio*, porque solo con echarles un vistazo ya quedaba claro que a nivel personal seguramente hacía tiempo que venían necesitando un cambio como el comer. Le dije que a lo mejor por eso —porque de repente habían pasado de ser los clásicos pesados de las

asambleas estudiantiles a poco menos que estrellas del *rock*—, ahora se les veía siempre tan crecidos y tan exultantes.

Si te digo quién fue el que se inventó lo del octavo pasajero, casi seguro que te miento. La primera vez que alguien lo dijo yo creo que ni siquiera estaba, pero sí que puedo dar fe de que la tontería tuvo éxito y enseguida empezaron a circular mil variaciones sobre el mismo tema, del palo que si una tenía ricitos de teniente Ripley, o que si otro iba a ser el último superviviente del Nostromo, o que si el de Recursos Humanos era un androide a tu servicio. Y eso fue de lo poco divertido que hubo en toda aquella época, las dos o tres chorradas que nos inventamos para ir quitándole hierro a la situación, porque entre que la oficina empezaba a parecerse a un locutorio —con tantos puestos vacíos y todos aquellos ordenadores que nadie encendía nunca— y que tú no parabas de soltar indirectas y amenazas cada vez menos veladas, pues la verdad es que a nadie le quedaba mucho cuerpo para risas ni para crear un ambiente demasiado agradable. Yo me acuerdo perfectamente del día que dijiste aquello de que había que ser como un equipo de fútbol, que cuando no te jugabas nada podías sacar a los suplentes y a los canteranos y ya te valía, pero que en los partidos decisivos tenías que elegir solo a la gente que sabías que iba a rendir, y que en un momento como aquel no te quedaba otro remedio que estar encima para poder tener muy claro quiénes eran los imprescindibles. Y qué curioso era que de todo este tema parece que solo podíamos hablar a base de comparaciones, tanto tú para justificárnoslo —por *e-mail*, por Confluence o en muchas de las reuniones— como nosotros cuando intentábamos asimilarlo y suavizarlo todo un poco a base de ocurrencias. A mí una de las cosas que más me traumatizaba era ver cómo a cada paso tú ibas perdiendo la perspectiva, o cómo la seguridad tan brutal que tenías en ti mismo te empezaba a jugar malas pasadas. Si te digo que me dejaba helado aquella falta de empatía no es porque te estuvieras dedicando a poner de patitas en la calle a casi todo hijo de vecino —eso resultaría demasiado obvio—, sino por las cosas que salían de tu boca durante todo aquel proceso, o la actitud que te permitías mostrar. Una actitud que, para mí al menos, solo podía significar que en ningún momento te habías parado a pensar en lo que de verdad le suponía a la gente, porque si no está claro que no se te habría ocurrido decir ciertas cosas, digo yo. A lo mejor porque yo

siempre estuve tan pendiente de ti y porque siempre me había dejado tan alucinado esa facilidad tuya para llevarte a todo el mundo a tu terreno, creo que llegué a tenerte superbién calado y ahora puedo asegurar, sin demasiado riesgo a equivocarme, que todos aquellos discursos que nos dabas —que en realidad no eran más que meadas muy fuera de tiesto—, tú estabas convencido de que funcionaban como charlas motivacionales. Solo había que fijarse en tu sonrisa permanente y en tu lenguaje corporal. Por ejemplo, cuando decías que te estaba pareciendo muy interesante volver a dirigir una estructura más reducida y que todos, tú el primero, teníamos mucho que aprender de aquella cercanía, de que de repente no hubiese tantos filtros ni pasos intermedios entre lo que uno llevaba y todos los demás departamentos. Porque la realidad era que, en lugar de motivarnos, lo que hacías era generarnos todavía más angustia y estropear la convivencia y ponernos a todos unos contra otros. En cuanto empezaste a decir cosas como lo de que cada uno de nosotros tenía que saber cómo convencerte de su valía, lo que conseguiste no fue que todos nos esforzáramos el doble para ir sacando trabajo adelante mejor y en menos tiempo. Evidentemente el objetivo no era hacerlo todo mejor y en menos tiempo, sino solo conseguir que tú lo pensaras. Y fue impresionante cómo empezaron entonces a desaparecer las gracias en la parte de debajo en los *e-mails*, o los puntos de exclamación que antes solía haber al final de muchas frases. De repente ya nadie tenía hechas plantillas de documentos que le pudieran servir a un compañero, todas pasaron a ser intransferibles. La gente se cortaba mucho más al salir a fumar y procuraba estar de vuelta en su mesa lo más rápido posible. Las veces que sí que se formaba un corrillo de fumadores delante del macetero, que ya te digo que pasaron a ser contadas, era impresionante la partida de póquer que enseguida se montaba entre unos jugadores que muy bien podían estar diciendo la verdad, pero que también podían perfectamente estar mintiendo sobre el estado de sus proyectos o sobre sus fechas de entrega. Por no hablar de aquel intercambio tan chungo de detalles y conversaciones entreoídas, que a cada momento daban pie a nuevas sospechas sobre quiénes podían ser los siguientes en abandonar el barco. Todos empezamos a estar pendienteísimos de la hora exacta a la que entraban y salían los demás, y también a reducir el tamaño de los textos en pantalla, no fuera que algún listillo intentara leer algo de lo que estuviéramos redactando. A mí no me sonaba haberla oído jamás, pero de repente daba la sensación de que la trituradora de papel no paraba de funcionar. Tampoco nadie había hecho nunca tantos viajes al archivo, ni se habían escuchado tanto las llamadas telefónicas con clientes y proveedores.

Como tú comprenderás, estábamos todos demasiado ocupados con aquella *performance* y alimentando las distintas conspiraciones como para ser capaces de mejorar el rendimiento en el trabajo. Digo yo que tampoco es muy difícil de entender. El ambiente llegó a estar tan desquiciado que yo mismo te tengo que reconocer que se me llegó a ir un poco la cabeza. Un día vi a aquel que era hijo de un amigo tuyo descolgando un calendario de su pared y directamente di por hecho, sin tener ningún otro indicio, que estaba empezando a recoger sus cosas para marcharse. Justo al quitar la última chincheta lo llamaron por teléfono y yo aproveché para pasar por su mesa y terminar de confirmarlo, pero entonces vi que el calendario que había tirado a la papelera era del año anterior y me di cuenta de que solo estaba haciendo limpieza. Y lo que son las cosas, porque justo aquel chico era el único de toda la oficina que estaba como al margen de todo y nunca quería saber nada de aquellas intrigas palaciegas. Lo recuerdo siempre tan propio, preguntándonos medio escandalizado que de qué nos servía estar todo el rato cuchicheando y si acaso creíamos que tenía algún efecto, si de verdad nos compensaba pasarnos el día tan pendientes para enterarnos cuanto antes del nuevo rumor o de tu ultimísimo movimiento. Todos pensábamos que si se le veía tan tranquilo, o si siempre actuaba como si lo que estaba pasando le diera igual, era porque probablemente creía que su puesto estaba asegurado por el hecho de ser hijo de uno de tus compañeros de las regatas. Pero luego resultó que no era eso, ya lo sabes, sino que el tipo se tenía muy callado que era un cerebritito y que había publicado no sé cuántos artículos en revistas científicas, y el caso era que desde principios de año ya sabía que le habían dado la beca esa para irse a estudiar el curso siguiente a Estados Unidos. Por eso se le veía tan sereno en mitad del terremoto, porque más bien iba a agradecer que tú lo echaras y así poder cobrar el finiquito, que según tengo entendido fue exactamente lo que pasó unos meses más tarde. A ti te va a parecer una barbaridad, pero cuando yo me acuerdo de aquella época a veces pienso en todo eso que dicen de los supervivientes del Holocausto, de lo de que en los campos de concentración todo era tan siniestro que muchos de los que salieron con vida no solo tuvieron que lidiar con el trauma de las atrocidades que padecieron, sino también con el sentimiento de culpa por todo lo que les tocó hacer para salvarse. Porque al parecer muchos de ellos ni de coña habrían podido sobrevivir sin haber traicionado a un compañero, o sin haber logrado dar la impresión a sus guardianes de que ellos les eran mucho más útiles que el resto. Yo no es que quiera hacer paralelismos ni comparaciones —dios me libre—, pero sí te tengo que decir que nunca me he sentido tan

ruin, o como mínimo tan asqueado con mi propio comportamiento en un ambiente de trabajo, como en aquella última temporada que pasé en la empresa.

Había habido una chica, a la que la tía incluso había llegado a conocer una vez en una boda, que era bastante mayor que él de edad y también más alta, con la que estuvo saliendo casi un año entero en la época en la que vivía con su amigo argentino. A la tía no le había gustado nada que llevara las cejas tan depiladas, pero en el rato que habían estado hablando le había dado la impresión de ser muy simpática y risueña, aunque por lo visto esa no era su disposición por defecto (según supo más tarde a través de su hermana y su cuñado). Aquella chica era íntima de la novia de uno de sus amigos de toda la vida y el sobrino la conoció en un fin de semana largo que pasaron en la playa, en una escapada que organizaron los de la pandilla y a la que luego se fue sumando más gente de otros sitios. Habían alquilado muy baratos varios apartamentos contiguos y, a partir del segundo día, él ya no había tenido nada claro en cuál de los tres había dejado sus cosas a la llegada. A su tía no se lo iba a contar, pero si la primera noche —o más bien a la mañana siguiente— había acabado en la misma cama que aquella chica fue porque habían sido los dos a los que más se les había ido la mano en la fiesta de bienvenida. Después de que todos los demás se fueran a dormir, ellos se habían quedado mucho rato charlando y poniendo videos de YouTube en el salón más grande de los tres apartamentos, pasado ya el amanecer hacía por lo menos un par de horas, con el foscuro bajado hasta el tope y rodeados de botellas y bolsas de hielo vacías y vasos de plástico con colillas sumergidas. Tenían que quedar dos plazas libres pero probablemente no en el mismo apartamento ni en la misma habitación, así que cuando decidieron retirarse juntos tuvieron que ir asomándose con mucho sigilo a un dormitorio tras otro hasta dar con uno en el que solo estuviera ocupada una de las camas. El amigo al que despertaron para que se fuera a buscar otro sitio les dedicó una retahíla de insultos, pero cuando por fin se levantó estaba medio sonámbulo y fue incapaz de montarles una bronca demasiado furibunda. Nada más quedarse solos juntaron las dos camas y en todo el puente apenas salieron de aquel dormitorio que tenía un interruptor para subir y bajar las persianas y una lámpara antimosquitos que atraía a los bichos con luz ultravioleta. Ni siquiera llegaron a acercarse hasta la playa ni una sola vez. A la vuelta de aquel viaje empezaron a quedar muy a

menudo y a él al principio le pareció muy divertido que ella fuera tan noctámbula y salidora, aunque enseguida se estableció la dinámica de empezar los viernes y no volver a casa como pronto hasta el sábado a mediodía, que para él no era un plan completamente desconocido pero sí que había tenido siempre un carácter excepcional. Además se dio cuenta enseguida de que ella pasaba unas resacas horribles, de que enfermaba de verdad y no dormía. Se dedicaba a enviar *whatsapps* con disculpas por cosas que recordaba haber hecho y después tardaba varios días en quitarse de encima un cargo de conciencia desproporcionado. Un domingo en su casa, muchas horas después de haberse acostado para intentar dormir un rato al final de una noche muy larga, él la había visto acercarse a la nevera y le había tenido que quitar de las manos un brik de vino blanco de cocina con el que pretendía anestesiarse unas horas más, y así poder dejar la debacle espiritual para más adelante. También se daba cuenta de que, en parte, si había tardado tan poco en enamorarse de ella había sido por haber estado a su lado — amparándola, sintiéndose útil y centrado en ayudar con el problema— esos días en que la veía tan desarmada. Siempre que se iban de fiesta, él casi podía anticiparse al momento en que dejaba de estar animada y contenta y de hablar y divertirse con la gente. El cerebro le hacía como un clic y de repente se ponía agresiva y ya solo pensaba en volver a pasar por el baño, o en quién iba a ofrecer su casa para poder seguir la fiesta cuando cerrara el bar, o en cuándo llamar a algún contacto para luego no tener que pasar apuros de última hora. Siempre llegaba un punto en que era obvio que la noche ya no le iba a reportar ningún disfrute, pero de todas formas siempre optaba por alargarla hasta el desquicio. Por eso al poco tiempo él fue capaz de predecir cuándo iba a acabar mal y muchas veces decidía retirarse antes que ella. Una de esas noches —o más bien una de esas mañanas—, mucho rato después de haber tenido una bronca absurda en un taxi y de que él se hubiera ido a dormir por su cuenta, ella lo llamó desde una sala de espera para decirle que tenía un ataque de ansiedad muy fuerte y un dolor insoportable en el pecho, que la enfermera de la ventanilla la había mirado mal y que tardaban en atenderla solo para hacerla sentir mal y darle un escarmiento. Aunque al final no fue más que un susto y después solo estuvo con taquicardias unos pocos días, aquel episodio le sirvió para mentalizarse y plantearse seriamente un cambio, o a lo mejor acabó siendo el espaldarazo definitivo para afrontar algo que ya sabía que llevaba tiempo necesitando. A él le admitió que antes de conocerlo había intentado muchas veces cambiar de vida y dejar de salir tanto, pero que nunca había logrado estar más de un par de meses sin volver a las andadas. A

la semana de su paso por Urgencias fue a ver a un psiquiatra que le recetó ansiolíticos y le recomendó que hiciera algún deporte, así que empezó a ir a correr por las mañanas y a acostarse todos los días antes de las doce. También borró de su agenda todos los números comprometidos para dejar de tener contacto con determinados círculos. A él no le costó nada amoldarse a ese nuevo esquema de vida, porque desde el principio fue consciente de hasta qué punto la relación entre los dos lo agradecía. No solamente hacían muchos más planes los dos solos y se ahorran mil escenas de enfado o de tensión, sino que pasaron a hablar más largo y tendido sobre sus experiencias antes de conocerse, y a alimentar una confianza en la que apenas habían profundizado cuando se limitaban a ir de fiesta en fiesta, o de resaca en resaca. Además, gran parte de esa fortaleza que ella iba recuperando tenía mucho que ver con tenerlo a él como apoyo, lo cual lo colocaba en un sitio muy nuevo y cada vez le hacía sentirse más arraigado, más parte de algo común y más allá de sus propias necesidades o apetencias. Sin embargo, como si de repente alguien hubiera descorrido un telón muy pesado y ahora alcanzara a ver más lejos, ella enseguida empezó a plantearse cosas importantes sobre su propia vida, o sobre lo que podía querer hacer con ella en el futuro. Básicamente, cayó en la cuenta de que ya había cumplido los treinta y cinco y de que, si estaba decidida a tener hijos, a lo mejor no era cuestión de quedarse embarazada mañana mismo, pero igual sí que procedía ir dando con la persona con la que emprender ese camino. A él no le inquietaba en absoluto la idea de estar con ella por tiempo indefinido —de hecho, su gran miedo era más bien que algo saliera mal y tener que acabar tomando caminos distintos—, pero a la vez se le hacía raro que ella de pronto estuviera hablando todo el rato de tener hijos, cuando todavía ni siquiera habían decidido irse a vivir juntos. Para empezar, a él le resultaba imposible concebir, al menos a corto plazo, un plan de vida diferente del único que conocía y que compartía con casi todos sus amigos. Ese plan tenía la premisa fundamental —que uno más bien solía obviar, porque no era consciente de que fuera solo *una opción*, ni de que existieran otras—, de que en quien se invertían casi todo el tiempo libre y casi todos los recursos era siempre en uno mismo. Además se acordaba mucho de dónde estaba ella hacía solo un par de meses —justo antes de aquella mañana en Urgencias— y creía que en cualquier caso era mejor dejar las cosas reposar y que todo evolucionara más despacio. Durante un tiempo se esforzó mucho en convencerla de que no tenía que preocuparse y de que todo se andaría, pero ella debía de tener demasiada prisa por avanzar —o demasiado miedo de volver atrás— como para esperar y adaptarse al ritmo que él le proponía, y así

poco a poco fue quedando claro que no iban a conseguir acompasarse. Lo que sí que le contó a su tía aquella primera tarde en la casa del pueblo fue que ya hacía más de tres años —más del triple de lo que habían estado saliendo juntos— y él seguía sin pasar un día entero sin acordarse de aquella chica, de las miles de conversaciones que habían tenido sobre casualidades incomprensibles y fenómenos paranormales, o del ruido sordo y mecánico que hacía con los labios cuando llamaba por teléfono y al otro lado tardaban en contestar. Aunque sabía que no había ni punto de comparación, decía que más o menos se imaginaba lo que podía sentir ella cuando pensaba en su marido, porque casi llegaba a entender lo que significaba tener que componérselas con una pérdida así de irreversible. Seguramente era muy distinto y mucho más difícil cuando habías vivido tantos años con una persona que ya ni te acordabas de cómo era tu vida antes de conocerla, pero su tía al menos no había tenido nunca que gestionar la idea de que en algún momento esa pérdida no fue irremediable, o de que uno tuvo en sus manos la oportunidad de conservar lo que había y de seguir desarrollándolo, si solo hubiese sabido ver las cosas con un poco más de perspectiva, o si no se hubiese bloqueado siempre tanto ante la coyuntura de tener que asumir alguna vez una responsabilidad.

Todavía sueño mucho con la época, sobre todo últimamente. Una noche cualquiera de estas puede ser que a lo mejor me haya despertado un par de veces y que haya visto luz y una parte de mí ya sepa que la alarma tampoco puede tardar mucho en sonar, pero mientras tanto yo sigo quedándome dormida y de hecho creo que los sueños que tengo a esa hora son de los más vívidos, en particular ese tan recurrente que de hecho he vuelto a tener esta mañana. Es uno que yo supongo que es bastante típico, en el que casualmente siempre sueño que ya me he despertado un par de veces y que he visto luz y que una parte de mí sabe que la alarma tampoco puede tardar mucho en sonar, y en general creo que toda la sucesión de procesos mentales es prácticamente la misma que tendría si de verdad estuviera despierta. La única diferencia entre estar dormida y estar despierta, en este caso, tiene que ver con que en el sueño el volumen de la alarma no es progresivo ni el despertador que suena es el de ahora sino el que tenía hace muchos años en la mesilla de noche en casa de mis padres, y lo que siento en el sueño no es esa combinación de pereza y ansiedad que hoy en día se me genera cada mañana con la idea de tener que ducharme corriendo y después despertar a la niña, vestirla y conseguir que desayune algo y hacerlo todo en menos de tres cuartos de hora. La que tengo en el sueño es la de ir a empezar el día con deberes por hacer o apuntes por estudiar en el bus de camino al colegio, porque al menos en mi recuerdo yo siempre me las arreglaba para hacer un montón de cosas en el bus de camino al colegio. Aunque también entiendo que en ese momento, estando ya medio despierta, mi cabeza funciona en distintos niveles de conciencia y a lo mejor esa combinación de pereza y ansiedad en el fondo sí que es la misma. Probablemente falte aquí una explicación sobre por qué no se encarga él de llevarla al colegio, si de todas formas ya está siempre levantado y luego no tiene que presentarse a ninguna hora en ningún sitio —aunque él en este punto argüiría que tiene al menos tres reuniones semanales que siempre se sabe cuándo empiezan pero no cuándo terminan—, pero el caso es que no se encarga y dejémoslo ahí. Una cosa que he estado pensando sobre esa ansiedad que me abofetea nada más levantarme es que parece mentira pero en cierto modo también es un respiro —poder estar centrada al cien por cien en hacerlo

todo de la manera más rápida y eficaz posible, incluso aunque sea con cierto agobio—, porque al menos sé que me libera por un rato de un agobio que sí está claro que es una losa pesadísima —el Agobio con mayúsculas, podríamos decir—, obviamente provocado por ya sabemos qué. En todo caso, esta mañana he vuelto a tener ese sueño aunque esta vez ha sido especialmente intenso, o bien yo he sentido como especialmente auténtica esa certeza de que estaba en mi cama de entonces y de que a donde tenía que ir cuando me pusiera en marcha también era al colegio, pero no al de la niña sino al mío de aquel entonces. Hoy esa certeza ha debido de calarme tan hondo y de dejarme tan aturdida que, aunque entre medias me he duchado y he vestido a la niña y le he dado el desayuno y luego la he llevado hasta la puerta del colegio, cuando después he llegado a la oficina me he notado todavía el mismo espíritu o la misma sensación como de desorientación adolescente que siempre tengo mientras me dura el sueño. Tanto ha sido así que luego, al sentarme delante del ordenador, en lugar de abrir un Excel o de ponerme a desempeñar cualquiera de las funciones que figuran en mi contrato y por las que hace más de tres meses que no me pagan, he entrado un poco como un zombi en Google Maps y, sin ser muy consciente de lo que hacía, he metido la dirección de la casa que mis padres tenían alquilada en aquella época, la de Prosperidad. He arrastrado el muñequito amarillo hasta el punto exacto del mapa para activar la función de Street View y juro que he notado que se me aceleraba el pulso al ver aparecer la fachada del edificio casi exactamente igual que como estaba en la época, con las mismas ventanas de aluminio y los mismos toldos de color verde oscuro, solo que con un rótulo distinto en el local del bajo y un aparato de aire acondicionado que por aquel entonces me parece que no estaba. Yo creo que hace unos diez años que no piso esa calle y de repente me ha dado ese vértigo que al menos a mí siempre me entra cuando veo algo que durante una temporada fue muy cotidiano en mi vida, o que en algún momento sentí como cercano, pero que por lo que fuera dejó de formar parte de ella hace tiempo. Después me fui moviendo con el ratón por todo el ancho de esa serie de fotos que, empalmadas unas con otras, te hacen creer que puedes verlo todo en 360 grados, aunque después resulta que en el cielo, si hay alguna nube o algún cable de la luz que no casa, es muy fácil ver por dónde está hecho el empalme y te quedas un poco chafada, porque es como ese punto de incongruencia o ese fallo en el programa que siempre descubren los personajes de las historias de ciencia ficción y que les sirve para entender que todo lo que creen estar viviendo en realidad es virtual. En esa aplicación de Google, sobre el trazado de la calle

siempre hay una línea blanca por la que puedes ir avanzando si a cada paso vas haciendo clic un poco más hacia delante. Así que eso fue lo que hice, fijándome muy bien en todo lo que iba apareciendo en las aceras y en las fachadas de los distintos edificios. Se notaba que había pasado el tiempo sobre todo en los carteles de las tiendas, en los coches más modernos que había aparcados a los lados y también en las matrículas europeas que antes no existían, con la franjita azul en el extremo izquierdo. Las cosas se veían lo suficientemente parecidas como para poder transportarme sin muchas dificultades a la época, pero también tuve la sensación de que estaba todo menos cuidado, o no tan limpio, o pintado o restaurado hacía más tiempo. Poco a poco empecé a darle al ratón y a bajar por la calle como si estuviera circulando o paseándome tranquilamente por ella. Fui pasando por delante de casas donde vivía gente a la que hace siglos que no veo, girando a menudo el visor para verlas de frente y ampliando la imagen para fijarme en algún detalle de algún portal o una ventana, tratando de encontrar un indicio que me permitiera deducir que esas familias seguían viviendo allí. En la que vivía un chico del que estuve medio enamorada a los catorce años, por ejemplo, vi que en el balcón había un triciclo de plástico azul y un *hula-hoop*. Pensé que, si su familia no había vendido la casa, a lo mejor la habría heredado él y que ahora sería padre. Luego también me paré un rato en una esquina un poco rara, que unía dos calles más bien llanas pero que hacía como un extraño y en el chaflán tenía una pendiente exagerada. Me acordé de una amiga del barrio con la que a veces me juntaba en esa esquina, creo que porque aquella pendiente nos parapetaba y nos daba cierta sensación de intimidad, sentadas las dos en el alféizar del escaparate de una ferretería con dos latas de refresco o una bolsa grande de pipas. Como si hubiese sido ayer, enseguida reproduje en mi cabeza una conversación que un día mantuvimos allí las dos sobre el futuro. Ella decía que sabía perfectamente que iba a ser *alguien*, y yo que estaba cien por cien segura de que no (ni ella ni yo, ninguna de las dos). Me acuerdo bastante bien de la hora que era y la tarde que hacía, con un calor inusitadamente húmedo para Madrid y una lluvia fina que casi no mojaba pero que te dejaba el pelo fosco como un Scotch Brite. Desde esa esquina ya solo me faltaba una manzana y enseguida llegué hasta Príncipe de Vergara, a la altura a la que me subía al bus todas las mañanas para ir a clase. Seguramente por costumbre —aunque fuera una costumbre muy antigua—, después subí casi hasta Pío XII y cogí Costa Rica y así seguí durante por lo menos diez minutos, haciendo clic sobre la línea blanca y dejando atrás fachadas y manzanas y tomando todos los desvíos que tocaban, fijándome

cada vez menos en las sucesivas fotos y cada vez más concentrada solo en el hecho de avanzar, hasta que por fin llegué a la vía de acceso al colegio en el que estudié hasta COU, si bien luego me tuve que conformar con verlo desde lejos. Esa vía de acceso debe de ser privada, me imagino, y probablemente Google solo tenga permiso para fotografiar desde las públicas.

Yo te puedo decir exactamente cuánto hacía que no iba por tu barrio, porque de hecho creo que solo lo pisé en una época de mi vida, que fue mientras estuve trabajando de repartidor en el Telepizza de Pubilla Cases. En total no creo que pasara allí más de tres meses, pero todas las veces, que tampoco fueron pocas, que me tocó cruzar hasta Pedralbes recuerdo haber pensado que quienes habían hecho el pedido seguramente no habían sabido buscar bien el teléfono, porque tenía que haber otro Telepizza que les quedara un poco más a mano. Al menos a mí, cuando me contrataron, me insistieron muchísimo en que nunca iba a tener que salir del Hospitalet. Aquella noche de la cena de Navidad ya serían las tres y pico cuando nos montamos en un taxi —tú y yo en el asiento de detrás y el informático en el de delante— y fuimos subiendo por toda la Diagonal hasta tu barrio. Al pasar por el cuartel del Bruch me suena haberos contado mis aventuras de postadolescente en vespino por aquella zona, que en realidad solo consistían en haber visto a un presentador de TV3 paseando a un perro y a un futbolista del Barça aparcando un Porsche en un garaje. A la discoteca todavía le faltaba un buen rato para cerrar, pero tú de repente te habías puesto pesado con lo de que ya no tenías edad para andar machacándote el hígado a base de garrafón —aunque, si te digo la verdad, a mí tampoco me había parecido que lo que servían allí fuera garrafón— y yo supongo que al informático, que llevaba horas intentando conseguir aquellos famosos chupitos gratis, le tentó bastante la idea de seguir bebiendo sin tener que hacer más gasto. Lo digo más que nada porque no creo que se sintiera obligado a ir a tu casa solamente porque tú lo estuvieras invitando. En todas las empresas en las que he trabajado siempre se ha dado la misma excepción, no sé muy bien por qué, pero siempre me ha parecido que las reglas que operan entre los directivos y los trabajadores no eran del todo aplicables a los informáticos, que siempre parecían ir un poco como por libre y no terminaban de asumir que los jefes de la empresa en cuestión también eran sus jefes. Yo ya hacía tiempo que casi no salía, o cuando lo hacía siempre me volvía a casa como tarde a la una y media o las dos. Por eso a lo mejor podría quedarme tranquilo si te digo que, al contrario que el informático, yo sí que me sentí obligado a aceptar la invitación, o que si acabé yendo a tu casa fue porque tú

lo habías propuesto y al fin y al cabo eras el jefe y yo, por motivos exclusivamente profesionales, pues pensaba que había que darte el gusto. Pero entonces no te estaría contando toda la verdad. Por mucho que en aquel momento fuera consciente de todo esto, también tengo que reconocer que a mí el plan me hizo ilusión desde el minuto uno. De hecho, aunque ahora me abochorne como pocas cosas en la vida, creo que lo que sentí al oírte proponerlo fue que se me estaba brindando la oportunidad de hacer realidad una fantasía. Como una hora antes, en un momento dado tú habías vuelto muy sonriente de la barra con un *whisky* recién servido y ojillos de estar dejándote arrullar por la metanfetamina. Te me habías acercado todo decidido llamándome por mi nombre y apellidos y me habías preguntado «*what's your story?*», en inglés, y después «tú no eras de Barcelona, ¿verdad?», con mucho acento catalán que yo creo que exageraste a posta. Quiero decir que tú siempre tuviste tu acento marcado, pero a mí en aquel momento me dio la impresión de que estabas exagerando mucho la pronunciación como para reírte un poco de ti mismo. Igual estoy equivocado, pero yo diría que lo que me estabas intentando transmitir era que reconocías que ya te valía —o que ya os valía a los catalanes en general, siempre con esa falta de naturalidad y tan distantes—, porque te acababas de dar cuenta de que llevabas más de dos años coincidiendo conmigo a diario en una oficina que tampoco era tan grande, pero jamás te habías molestado en preguntarme de dónde era. En realidad lo que no habías hecho era refrescar todo lo que en un principio sí que supiste de mí, porque yo te había contado bastantes cosas el día de la entrevista. Te contesté que era de un pueblo de trescientos cincuenta habitantes de la provincia de Zamora y, a la pregunta siguiente de que cómo había acabado recalando en Barcelona, supongo que podría haberte dado la respuesta corta. Lo que pasó fue que tampoco es que yo estuviera supersobrio y me dio por animarme y te conté que del pueblo me había tenido que ir muy pronto, el primero de la familia, porque éramos seis hermanos y resultó que la única forma viable de que yo estudiara la secundaria había sido como interno en el seminario de Toro, que ya de por sí fue un detalle que te dejó epatadísimo. Con una manera de hablar que ya tengo muy entrenada —nada dramática sino franca y directa, y que creo que me hace parecer una persona con mucho bagaje y también serena y equilibrada—, te empecé a explicar que lo que de verdad teníamos en común los que estudiamos y vivimos unos años allí no era la vocación, aunque muchos la fingiéramos para que los curas no nos dieran tanto la murga. En realidad era el hecho de proceder de familias a las que no les venía nada mal poder ahorrarse la manutención de alguno de

los hijos, o ser de pueblos demasiado apartados como para hacer todos los días el viaje al instituto más cercano. También creo que te conté la historia de las duchas heladas que nos daban cuando estábamos con gripe para bajarnos la fiebre, mientras afuera a lo mejor podía estar nevando, y aquella de los compañeros descerebrados que un día cogieron al pobrecito de mi curso que se encargaba de tener ordenado el cuarto de material deportivo, le metieron por el culo la bomba de hinchar los balones y lo fueron llenando de aire hasta que le reventaron no sé qué vísceras y casi lo matan. Te encantó también la típica de todos los colegios de curas de las misas en ayunas y de los alumnos que se desmayaban y caían al suelo de la capilla rollo campeonato de bolos, y más o menos por ahí creo que recuerdo haberte oído decir —flipando mucho más de lo que habrías flipado estando sobrio—, que parecía como si me hubiera tocado vivir la posguerra con medio siglo de retraso. Después te dije que en casa, hasta mis trece o catorce años, habíamos dormido dos hermanos en la misma cama de noventa. Tú no parabas de repetir «¡Dickens total!», así que me dispuse a contarte todo el periplo de becas, subsidios e infraviviendas que había marcado mis años de formación y de entrada en el mercado laboral. Luego a ti debió de subirte la segunda mojadita, porque empezaste a dar un coñazo macabeo sobre lo poco conscientes que somos, cada uno en su microcosmos, de cómo son las vidas que tiene la gente por ahí, o de lo sacrificadas y admirables que pueden llegar a ser, e insististe mucho en lo enriquecedor que a ti te parecía salirte de tu ambiente y conocer a personas diferentes y preguntar muchas cosas y enterarte, sobre todo pudiendo hacerlo cara a cara como estabas haciendo conmigo aquella noche. Decías que qué equivocados estaban los que pensaban que entre distintos entornos sociales era muy difícil la comunicación, y que cuánto aprenderíamos todos si nos mezcláramos un poquito más y nos pusiéramos más a menudo en el lugar de otras personas. Para no irte muy lejos, a ti el ejemplo de todo lo que te estaba contando yo te estaba pareciendo valiosísimo. Le veías muchísimo mérito a mi trayectoria y te quitabas el sombrero al saber de dónde venía y adónde había llegado, con mi licenciatura y mi nivel cultural y mis idiomas. Yo ahora supongo que eran demasiado sentidos los halagos, o demasiada la efusividad, como para que a mí de repente se me ocurriera decirte que mi padre, que es casi analfabeto funcional y se dedicó toda la vida a fumigar viñedos, cobraba prácticamente el doble de lo que me pagabas tú. Más o menos por ahí debió de ser cuando dijiste «enhorabuena» y, sin dejar de mirarme a los ojos, me diste un buen apretón de manos y después dijiste «¡qué coño!» y me envolviste en un abrazo que yo enseguida achaqué a la orgía de serotonina

que tenías que tener montada en la cabeza. Al ratito, cuando propusiste lo de irnos a tu casa, no pude sino interpretar ese abrazo como una señal mucho más interesante (y luego me pareció ver otra en el hecho de que durante todo el trayecto en taxi solo me dirigieras la palabra a mí e ignoraras por completo al informático). La cancela por la que se entraba a tu jardín tenía una altura ridícula. Como mucho solo impedía el paso a niños y a minusválidos, aunque seguramente tendrías instalado algún tipo de sistema de seguridad muy sofisticado. Me pegó bastante con tu forma de ser que hubieses dejado tantas luces encendidas, y me encantó ver así toda iluminada la fachada, que estaba acristalada casi entera y me recordó a esas lamparitas cuadradas que tiran al mar los japoneses para celebrar no sé qué fiesta. Yo saqué el móvil y le hice una foto desde la acera contraria para que me entrara completa en el encuadre. Al ver que no avanzabas, el informático se sentó en un banco de piedra a liarse un cigarro. Antes de entrar le dijiste que nos esperara allí un momento y a mí que querías enseñarme varias cosas del jardín. Así que fuimos rodeando una piscina cubierta con una lona azul hasta llegar a una abertura en el muro de la parcela, como el hueco entre dos almenas, donde quedaba enmarcado perfectamente el pincho de la torre de comunicaciones de Montjuïc. Tú dirás que para qué me estoy molestando en describirte tu propia casa, pero es que yo dudo que recuerdes lo interesado que estabas en que viera lo bien que se te estaban dando las costillas de Adán, o lo disimulada que quedaba la compostadora entre los bloques de boj, y todas esas cosas que me ibas enseñando y que siempre estaban ubicadas en rincones a cual más recóndito. Después me hiciste bajar por unos escaloncitos hasta una puerta que conectaba con una especie de sótano en el que te habías montado una bodega. Al fondo había un cuartito climatizado con un botellero enorme en forma semicircular que, si te digo la verdad, a mí me recordó al columbario donde pusimos las cenizas de mis abuelos paternos. A eso también le hice una foto con el móvil, porque me había dado la venada y llevaba horas con la tontería, pero también creo que esa fue la broma con la que me permití hacerte rabiar un poco esa noche —aunque igual tú no terminarás de verle la gracia—, diciéndote que cada cosa que me enseñabas la iba a registrar para que también pudieran verla los que antes habían flipado tanto con la foto de tu vestido. Me imagino que lo que estaba queriendo evidenciar no era solo que ya se hubiesen derribado las suficientes barreras como para que yo pudiese tomarte un poco el pelo. Además, si tú no te habías mosqueado al oírmelo decir, tenía que ser porque ya te fiabas bastante de mí, o ya me *conocías* lo suficiente como para saber que jamás se me habría ocurrido hacer algo así, y me hacía

ilusión haber generado esa clase de confianza. Dando a aquella estancia tenías una especie de antesala minimalista solo con una lámpara de pie y una *chaise longue* que, tal y como estaba orientada, no sé si era para tumbarte a beber tus copas o para contemplar todas tus botellas en plan panóptico. Fuiste a elegir un par de vinos y yo me tumbé en la *chaise longue*. Empezaste a sacar botellas sin decidirte hasta que ya llevabas consultadas unas siete u ocho. Cuando volviste con las botellas en una mano y un par de copas servidas en la otra, yo te pregunté si a esas alturas de la noche te parecía buena idea empezar a mezclar. Tú contestaste que aquel vino era tan bueno que, si acaso, nos iba a quitar la resaca del día siguiente. Te acercaste una de las copas a la nariz y al mismo tiempo te agachaste como invitándome a que yo también la oliera. Yo me estiré todo lo que pude, me llené la pituitaria con ese aroma y luego mantuve un rato la postura, esperando a que apartaras la copa que aún sostenías entre tu mentón y el mío. Me saqué del bolsillo lo que quedaba del M y te pregunté si querías que volcara un poco en el vino. Me dijiste que «después, arriba», sonriendo mucho, y me ofreciste una mano para ayudarme a levantarme de la tumbona, cosa que hice con mucha languidez. Al volver a la parte delantera del jardín avisaste al informático para que entrara con nosotros en casa, pero él contestó que primero se iba a acabar el cigarro allí tranquilo. A mí me dio la sensación de que incluso daba por sentado que tú y yo le agradecíamos que nos diera ese rato de intimidad. El cuadro grande que tenías en el recibidor, justo al entrar, tenía toda la pinta de ser de Barceló. Enseguida vino a tu encuentro un perro muy grandote y muy manso que se te tiró encima y casi te hizo derramar la copa. Ni siquiera me dio tiempo a pensar que era muy raro que estuviera sonando música, porque, justo cuando llegábamos al salón, por el otro lado estaba entrando una chica que no se parecía nada a Carolyn Bessette. Era más bien una especie de Julianne Moore joven y estilizada, y traía una cubitera con hielo para las copas de la pareja de amigos que estaba sentada en uno de los sofás. El beso que te dio esa chica, nada más decirte «o sea, que sí que estabas leyendo mis mensajes», me pareció especialmente ardiente. Luego me miró a mí de arriba abajo y, supongo que porque estaba bebida, no fue capaz de disimular que mi aspecto le llamaba mucho la atención. Yo me imagino que muy poca gente habría entrado en aquella casa con unas pintas como las mías que no fueran empleados de algún servicio técnico. Tú tardaste medio segundo en arrodillarte junto a la mesa baja donde tus amigos tenían las botellas y las copas, cogiste un billete enrollado y una tarjeta de un banco que no me pareció que fuera español y empezaste a ensanchar, con unos pocos restos de

otras tandas anteriores, la única raya que había dispuesta sobre el cristal. Daba la impresión de llevar un rato allí esperándote, casi como espera el listón al fulano de la pértiga. Después de dar cuenta de aquello, te giraste hacia mí con cara de que nos entendíamos y te llevaste la punta del dedo a la lengua para que sacara el M, mientras les decías a tus amigos —por supuesto, también muy estilosos y atractivísimos, aunque no tanto como tu pareja y tú— que no se podían hacer a la idea de lo mucho que yo les iba a alegrar la velada. No lo hiciste entonces, pero en lo que quedaba de noche tampoco volviste a dirigirme la palabra ni a pronunciar mi nombre.

Él ya conocía varios casos de gente que se había animado a hacerlo y que de momento parecía estar muy contenta con la decisión tomada. Además había muchos ayuntamientos que hasta te regalaban la casa si tú te comprometías a arreglarla y a quedarte a vivir en el pueblo en cuestión, porque ya solo había cuatro o cinco viejos o incluso se habían quedado abandonados y necesitaban repoblarlos antes de que los tejados y los muros se empezaran a caer a trozos. Como ahora con internet y el correo electrónico había muchos trabajos que se podían hacer desde cualquier sitio, muchas familias decidían dejar de pagar los alquileres tan desorbitados de sus ciudades y se iban a un pueblecito muy tranquilo donde tenían la casa gratis y todo lo demás les salía bastante más barato. A los hijos también los podían criar de otra manera, sin tener que encerrarlos en casa para tenerlos controlados, ni preocuparse de que anduvieran solos por la calle, ni de que los atropellara un coche en un descuido. Era una vida completamente distinta, eso estaba claro, y a lo mejor no había cerca ni cines ni restaurantes ni centros comerciales donde divertirse los fines de semana, pero en el fondo seguramente toda esa gente con hijos tampoco podía disfrutar de muchas de esas cosas en sus ciudades, o no muy a menudo, con lo caro que estaba todo y los sueldos de risa que se pagaban. Ella le dijo que no tenía noticia de que nadie hubiese hecho nada de eso por aquella zona, y que tampoco se imaginaba quién podría querer hacerlo. Para empezar, pensaba que en teoría todo aquello que le estaba contando su sobrino sonaba muy bonito, pero que la gente de los sitios grandes en verdad no sabía lo que implicaba vivir en un pueblo apartado de todo, o no tener médicos a mano ni farmacias, ni lo que suponía por ejemplo perder una mañana entera entre idas y venidas solo para poder hacerte una analítica. Tampoco se hacían idea del frío que podía llegar a hacer en invierno, al menos por allí, ni de lo que era tener que ir andando cada dos por tres por calles embarradas o quedarte sin luz todas las semanas, o pasarte media hora entreteniendo a un vecino que no tenía nada que hacer y que aparecía en la puerta de tu casa solo para echar el rato. Además, a la tía se le ocurría pensar que si ella —que se había criado allí y hasta los veinte años no había conocido ninguna otra cosa— se había pasado gran parte de su juventud muerta del

aburrimiento y esperando como agua de mayo el momento de poder marcharse a otro lado donde hubiera algo de movimiento, qué no iba a pasarle a alguien como su sobrino, tan acostumbrado a no parar por casa y a estar siempre de aquí para allá, con sus discotecas, sus terracitas y sus partidos de fútbol sala los lunes con los amigos. De hecho, llevaban menos de media hora bordeando a ratos la carretera y a ratos la acequia, dependiendo de dónde hubiera más sombra en cada tramo, y ella se estaba dando perfecta cuenta de que él ya no sabía muy bien con qué entretenerse. Era evidente que lo de salir un rato a pasear por el pueblo le podía haber seducido en un principio como idea, pero que en la práctica no estaba acostumbrado a procesar según qué estímulos y, si se paraba a fijarse en los detalles de construcción de algunas casas o si arrancaba hojas de los árboles, era, más que por entregarse a la contemplación, por ir comprobando que nada de lo que veía le reportaba ningún disfrute. Enseguida miraba hacia otro lado con un gesto un poco brusco, como si todo el rato se dijera a sí mismo «a esto tampoco le he encontrado el interés». A lo largo del trayecto ella solo lo había visto integrado, o dando la impresión de congeniar con el entorno, en dos momentos muy concretos al cruzarse con perros a los que había acariciado. En todo caso, él decía que estaba empezando a intuir que eso de la falta de alicientes hasta podía llegar a ser un aliciente en sí mismo, o algo positivo no solo para él sino para un montón de gente de su generación, el poder decir ahí os dejo a todos con vuestro ritmo de locos y vuestras condiciones de vida tan agobiantes, y largarse a un pueblo para empezar a vivir de otra manera, sin tantas prisas ni angustias ni necesidades que en verdad ni siquiera lo eran. Ella había empezado a sospechar y a pensar mal al oírle decir que, en el fondo, tanto sus tíos como sus padres, y en general casi toda la gente mayor, llevaban mucha razón con aquello de que los jóvenes se habían pasado de la raya con las vidas que se daban —él mismo era el primero en reconocerlo—, todos de fiesta hasta las tantas de la mañana y pidiendo siempre comida a domicilio para no tener que cocinar, o estando siempre tan pendientes del último aparatito que salía y que había que comprarse casi por narices, sin seguir nunca un orden ni unas normas ni hacer jamás ningún tipo de previsión, pasando olímpicamente de ahorrar o incluso endeudándose con cosas tan absurdas como los famosos tres mil euros que anunciaban por la tele, que muchas veces ni siquiera eran para salir de un aprieto sino para darse caprichos o irse de viaje o pagarse operaciones de estética. A ella le estaba extrañando mucho escucharle este tipo de cosas a su sobrino, que insistía con que todo aquello era tan habitual entre la gente de su edad porque en realidad

—tal como él lo estaba empezando a ver— la única norma que de verdad había que cumplir era la de no perderse nunca nada, no renunciar nunca a nada ni sacrificar nada, o no caer en la trampa tan anticuada de pensar que algo no te convenía, o no era prudente, o no te había supuesto el suficiente esfuerzo. En la última recta que daba a parar al molino, ya con el sol de frente, habían visto acercarse a un hombre enclenque que venía empujando una carretilla muy cargada con sacos de tierra, andando solo con las puntas de los pies y dando la sensación de estar a punto de trastabillarse cada pocos pasos. Al llegar casi a su altura se detuvo ante ellos sin decir nada, soltó un momento los mangos y entrecerró los ojos como si aún no alcanzara a verlos bien. Esa parecía ser su manera particular de saludar, y lo que sorprendió al sobrino fue que ella se limitó a hacer más o menos lo mismo. Más que a saludarlo, a reconocer su presencia mirándolo un rato a la cara sin pronunciar palabra, aunque al menos lo hizo sonriendo. Lo que sí que le quedó claro fue que se conocían. El hombre de la carretilla asintió un par de veces y, cuando volvió a ponerse en marcha, lo hizo tan aceleradamente que inclinó demasiado el ángulo y se le cayeron al suelo varios sacos. Aunque los dos hicieron el intento de ayudarlo, en cuanto aquel hombre vio que se empezaban a agachar soltó un gruñido y les bloqueó el camino con el cuerpo para que no pudieran acercarse. Ella esperó a pasar de largo para hacerle un gesto a su sobrino, girando un poco la cabeza hacia atrás como queriendo hacerle ver que en realidad consistía en eso, que ese era el tipo de encuentros que le esperaban a toda esa gente tan bien dispuesta que quería irse a vivir al campo. No terminaba de convencerse, pero al oírle hablar de renunciaciones y sacrificios le pareció que estaba empezando a ser más consecuente y podía ser que hasta a marcarse objetivos a largo plazo, y obviamente no quería plantearle nada que él pudiera interpretar como un argumento en contra. Por eso dudó tanto si decirle a su sobrino que luego tampoco se podía saber, que siempre había imprevistos y que en la vida al final nunca terminaba de estar claro en qué se había acertado y en qué no. Por ejemplo ella pensaba mucho en la muerte de su marido, porque la seguía teniendo muy presente, y se acordaba de todas las cosas a las que habían renunciado juntos y por las que se habían sacrificado, siempre tan mentalizados con que llegaría el momento de dejar de trabajar e imaginándose esa etapa de sus vidas como lo que debería ser para todo el mundo, un descanso. Los dos se habían deslomado durante más de cuarenta años, a menudo con más de un trabajo cada uno, gastando lo estrictamente necesario siempre con la idea en la cabeza de poder tener un retiro tranquilo —sin derroches, pero también sin pasar apuros—, y todo para que al final a él

le encontrarán el cáncer justo un año y medio antes de cuando le tocaba jubilarse.

Yo había estado investigando sobre cómo solicitar una reducción de la potencia contratada para que la luz nos saliera un poco más barata, pero a mitad de la búsqueda el portátil se me había quedado colgado y había tenido que resetearlo a lo bruto, manteniendo apretado el botón de encendido, que era algo que había que hacer cada vez más a menudo y que yo siempre hacía cruzando los dedos y con mucho cargo de conciencia, por todo eso que dicen de que es muy malo para el disco duro y del riesgo que se corre de que después ya no se vuelva a encender nunca más. Hacía tiempo que era un suplicio tener que esperar eones a que se iniciara la sesión o a que se fueran cargando las páginas en internet. Él decía que un nuevo factor que diferenciaba a los ricos de los pobres era el tiempo que tardaban en cargárseles a unos y a otros los programas informáticos, igual que hacía unas décadas los que podían permitirse una olla exprés tardaban mucho menos que los demás en preparar un guiso. En cualquier otro momento de nuestra vida en común lo habríamos retirado y sustituido al primer síntoma de mal funcionamiento —es lo que siempre había hecho cada uno con el suyo cuando teníamos dos, entre otras cosas porque para entonces ya le habíamos echado el ojo a algún modelo más moderno—, pero ese último lo fuimos salvando a base de apaños un poco estrambóticos, como una cuña de plástico para mantener la pantalla vertical cuando cedieron las bisagras de la tapa, o un cartoncito con la *r* escrita a mano cuando se soltó y se perdió esa tecla, todo con el mismo espíritu resolutivo y sin ningún miramiento estético que tienen los cubanos con esos coches americanos antiguos que salieron de fábrica antes de que triunfara la revolución. El caso es que tardó mucho en reiniciar y no volví a acordarme de lo de la potencia de la luz hasta el día siguiente. Como me había costado dar con la página en la que lo explicaban todo, me fui directa al historial de búsqueda para ver si con un poco de suerte podía recuperar ahí el enlace. Bajé hasta el final de la lista, sabiendo que él tenía la manía de ir borrándolo todo a cada momento para aligerar la carga de trabajo del navegador (aunque yo dudaba mucho que eso de verdad afectara en algo a la velocidad de apertura de las páginas). La búsqueda más antigua del historial —o sea, la primera que se había hecho después de la última limpieza

— era de la tarde anterior, de solo unas horas después de que a mí se me congelara la página con las indicaciones para hacerle la solicitud a la compañía eléctrica. Vete a saber por qué no cerré el historial en aquel momento, pero, conociendo el resultado, lo que diría cualquiera con un poco de olfato es que tuve una corazonada. No me extrañó encontrarme primero con páginas de Loomio y de Reddit y mil sitios de la web de los motivados y una letanía de ofertas de trabajo de distintos portales, aunque sí me llamó la atención que él ya estuviera consultando incluso las de otras provincias. Más bien pensé que habría querido averiguar qué sueldos estaban ofreciendo por ahí y cuánto movimiento había, pero reconozco que ya entonces me inquieté y poco a poco me fueron entrando todas las sospechas del mundo. Por eso me puse a revisar uno por uno los enlaces que quedaban en el historial, convencida de que la resolución a esa inquietud solo la iba a poder encontrar en el conjunto de sitios web que se habían consultado desde nuestro ordenador, y no en cualquier otro ámbito de la vida de mi pareja ni de nuestra convivencia. En realidad ya me había visto en una situación parecida hacía unos meses, cuando una mañana me había dado un fiebrón en la oficina y me había ido directa a casa en un taxi, sin avisarlo ni nada, y al entrar había coincidido con que él justo se estaba duchando. Tenía el portátil encendido en la mesa del comedor, como siempre, pero lo que descubrí cuando quise entrar en el sitio de la petición de cita médica *online* fue que tenía abierto el chat de sus compañeros de comisión y como ocho pestañas distintas de porno. En un primer momento estuve tentada de soltarle un rapapolvo descomunal, pero antes de que saliera del baño recapacité y pensé que quién era yo para recriminarle algo así. Llegué a la conclusión de que en el fondo ni siquiera había ningún motivo para mencionarlo. Para empezar, él tampoco había tenido nunca el monopolio de lo que a mí me excita sexualmente ni de las fantasías que me monto, aunque sí que me sentí un poco imbécil —pensando sobre todo en mis vueltas por el Retiro a las diez de la noche y en mis dietas disociadas— después de ver a las diosas de la fertilidad que al parecer eran las que más le entusiasmaban. Lo que sí decidí enseguida, y me dio una rabia tremenda, fue que el *malware* y todas las porquerías cibernéticas que hacían que el ordenador fuera tan lento venían de ahí, de esas páginas que a simple vista parecían tan poco de fiar. Ya digo que eso había sido hacía unos meses, pero creo que desde entonces siempre que me conectaba a internet desde casa lo hacía con cierta inquietud. Aquella tarde en realidad me daba una pereza enorme ponerme otra vez a buscar lo de la potencia de la luz, así que, pensando que a lo mejor él podía haber dado con algo interesante, hice clic en

algunos de los enlaces de Idealista y Fotocasa que había en el historial por encima de las ofertas de empleo. Desde que habíamos puesto la casa en venta los dos mirábamos mucho las webs inmobiliarias, para estar al día de lo que pedían por ahí y para asegurarnos de que no estábamos haciendo el idiota con nuestra oferta. A veces también hasta repasábamos los alquileres del barrio, porque otra opción que nos habíamos planteado era arrendarle a alguien la nuestra para ir pagando la hipoteca y alquilar nosotros una casa más barata, si la encontrábamos. No solo aparecieron muchas casas horribles más o menos del tamaño de la nuestra —entre ellas la de unos propietarios con los que me sentí muy identificada, porque también habían dejado a la vista una fregona en varias fotos—, sino que comprobé que, por algún motivo que a mí se me escapaba, la tarde anterior él además había estado mirando estudios y apartamentos de una sola habitación.

De lo primero que hice en cuanto pasé a tener todo el tiempo libre del mundo fue llamar al museo para preguntar a cuánto se alquilaban el salón de actos y la parte baja del vestíbulo, justo el mismo día de la semana y a la misma hora a la que los habías alquilado tú para la conferencia. De todas formas, me apuesto lo que sea a que alguno de los que lo llevaban era amigo tuyo — porque alguno tenía que haber ido contigo al colegio, o si no a clases de vela o de equitación o de algo así— y supongo que a ti te habrían hecho un precio especial. Con lo que no me quedé fue con el nombre de la empresa del *catering*, más que nada porque ese tema lo llevó otra persona y yo en el momento no me podía imaginar que unos días más tarde iba a sentir no ya curiosidad, sino más bien una necesidad malsana de saber por cuánto te podía haber salido el tinglado y *tot plegat*. Primero me puse a hacer memoria para calcular a cuánta gente podías haber invitado. Soy muy malo con los números, pero partiendo del aforo de la sala creo que al final me quedé con una cifra bastante aproximada y también me apunté en un papel todos los tipos de canapé que recordaba que habían servido después en el bufet del vestíbulo. Con esa lista ya hecha y repasada, llamé a unas cuantas empresas que, por las fotos de las webs, tenían pinta de ser del mismo estilo que la que se había encargado de poner las chorradas de picar aquella tarde. Estuve investigando y hasta me enteré de lo que podía cobrar por hora un intérprete simultáneo, aunque en internet me pareció que los precios fluctuaban mucho y no sé si hice bien al apuntarme uno de los más bajos. Luego también hice alguna pesquisa sobre esos carteles de lona de plástico que se mantienen de pie solo con un tubo fino de aluminio por detrás, como el que había aquel día en la entrada con el logo nuevo de la empresa y el eslogan de la conferencia en grande, que no me acuerdo si era «diez años contigo» o «diez años innovando para ti», y entonces averigüé que se llamaban *roll-ups* y que se podían encargar en casi cualquier copistería. En el mismo sitio donde miré lo de los *roll-ups* aproveché también para preguntar cuánto costaba imprimir unas invitaciones elegantes en papel bueno con sus sobres y toda la pesca, calculando luego hasta el franqueo y todo, aunque es verdad que por ejemplo a los trabajadores de la empresa no nos llegaste a enviar ninguna invitación,

sino que nos avisaste directamente por *e-mail*. Una cosa que ahora mismo me resulta bastante humillante es que, aunque ya hacía unos meses que tú habías empezado con las reducciones de jornada y un poco más tarde con los despidos, muchos compañeros fuimos poniéndonos nerviosos con el tema de la conferencia —igual porque por primera vez íbamos a ver juntos en el mismo sitio a un montón de clientes y a antiguos colaboradores, o yo qué sé—, por mucho que al mismo tiempo hiciéramos comentarios sobre lo impropio que era organizarla justo entonces, siendo un gasto tan innecesario y con todas las que estabas preparando en la oficina. Eso sí, también recuerdo que en algún momento alguien comentó que tú en *petit comité* hasta te habías querido justificar diciendo que en realidad lo hacías por *networking* puro y duro. Cuando se apagaron todas las luces menos las de la tarima y saliste tú con tu camisa blanca incandescente perfectamente remangada y uno de esos micrófonos color carne que se sujetan solos en la oreja —y que a mí siempre me parecen como apósitos muy sofisticados para disimular los herpes—, alguien que estaba sentado en las primeras filas te gritó «¡guapo!», aunque de una manera lo bastante discreta como para que nadie se sintiera obligado a secundarlo, más allá de los aplausos que ya te estaban dedicando. Al empezar hiciste eso que últimamente se hace mucho, lo de poner un video para meter a todo el mundo en contexto y marcar un poco el tono distendido, y así poder ahorrarte el engorro de tener que contar una anécdota muy reveladora, o una parábola en plan fábula de Esopo que luego sirviera de *leitmotiv* para toda la presentación. Fue un triunfazo lo de los dos chimpancés inteligentes que tiraban a la vez de sendas cuerdas para acercar hasta su jaula una tabla con dos raciones de plátanos, porque primero muchas mujeres de la sala soltaron todas juntas un suspiro de enternecimiento —eso nada más empezar la proyección—, y después toda la concurrencia se rio mucho cuando el mono de la derecha intentó tirar de una de las cuerdas por su cuenta para agenciarse otra merienda, vio que no tenía fuerza y se fue a buscar al compañero para que lo ayudara. Cuando acabó el video tú volviste al centro del estrado y no dijiste nada más que «colaboración». Te quedaste unos segundos sonriendo sin soltar prenda y después ya sí empezaste a explicar que se habían acabado los tiempos en que un señor buscaba un mono para que tirara de una cuerda —o a un proveedor para que realizara un determinado servicio— y se limitaba a acordar un precio y unos plazos y luego se retiraba a sus aposentos a esperar a ver los resultados. Eso ya no funcionaba. Según tú, ahora vivíamos una época en la que nadie podía demostrar por sí solo mayor inteligencia que la del propio mercado, y a

continuación soltaste lo de que ya tampoco existían productos que pudieran atraer por su cuenta la atención de los consumidores de manera significativa. Por eso a partir de ahora siempre iba a ser indispensable establecer un diálogo constante entre cliente y proveedor, un intercambio ininterrumpido de información y de *feedback*. Tú te ibas dando los típicos paseítos hacia los lados, como los ponentes de las TED, juntando cada poco las puntas de los dedos a la altura del ombligo, y yo pensé en recordarte eso del «diálogo constante» la próxima vez que un proveedor de los de tu lista de dar largas me escribiera desesperado porque no hacía más que llamarte y no daba contigo. Por ahí más o menos dijiste que, ahora que estabas aprovechando el décimo aniversario para echar la vista atrás y hacer balance, igual era un buen momento para imbuirse de ese espíritu de acercamiento y de colaboración, también a la interna. Dijiste que a lo mejor convenía eliminar espacios redundantes, para dinamizar la coordinación entre las áreas que sí eran decisivas, y ya después enseñaste el PowerPoint con el nuevo organigrama y fue cuando seis o siete compañeros repartidos por el patio de butacas se enteraron de que te cargabas sus departamentos. Si te soy sincero, a mí hasta me diste un poco de lástima cuando empezaste a venderle la moto al respetable con lo de que el uso de las nuevas tecnologías y ese nuevo principio de adaptabilidad, impuesto por la necesidad de inmediatez, nos obligaba a simplificar procesos y a quitarle eslabones a una cadena que, sí o sí, tenía que ser cada vez más ligera y más flexible. Y de la lástima pasé al bochorno —te lo tengo que decir— cuando pusiste la última diapositiva y nos empezaste a explicar que precisamente esas dos cualidades, la ligereza y la flexibilidad, eran las ideas principales que pretendía transmitir el nuevo diseño del logo, que tenía una tipografía mucho más estilizada y acababa con una *o* en forma de gota de agua para simbolizar un nuevo concepto de fluidez en el trabajo, y también en la comunicación con el cliente. Yo no estaba sentado en las butacas sino apoyado en la pared del pasillo lateral, ya casi dando con el escenario, y por eso pude ver la cara que pusiste al bajar los dos escaloncitos, cuando ya te habías salido del campo de visión de casi todo el mundo. Te juro que entonces me quedé muy impresionado, porque me pispé de cómo resoplabas de puro agobio y de cómo de repente se te borraba la sonrisa. Mira por dónde, creo que esa fue la única vez en cuatro años y medio que me diste la sensación de estar sufriendo. Después de lo tuyo solo faltaba el coñazo de la presentación de las novedades en la web, así que yo enseguida me escaqueé y salí sin decirle nada a nadie y ya no volví a coincidir contigo hasta el día de marras. Recordarás que la semana siguiente tú la pasaste casi

entera en una feria y no llegaste a la oficina hasta el viernes a mediodía, y yo al volver de comer ese viernes me encontré tu *e-mail* pidiéndome que me pasara por tu despacho en cuanto tuviera un minuto para hablar contigo. Como no te había visto desde entonces, lo que te dije al entrar fue que el día de la charla me había guardado el libro de firmas que habíamos puesto a la entrada, por si se traspapelaba, y que si te parecía bien podía buscar un par de dedicatorias que tuvieran gracia y pasárselas al *community* para que las subiera al blog o algo. Yo no creo que justo en aquel momento fueras muy consciente de la cara que empezaste a poner, pero enseguida me dedicaste aquella mirada tan apacible y tan segura de sí misma que a mí tanto me cautivaba. Me explicaste que sentías amargarme el día y que te iba a extrañar mucho que yo fuera a seguir manteniendo la oferta de lo de las dedicatorias después de escuchar lo que tenías que decirme. Siempre que me acuerdo me sigue sorprendiendo que, con lo educado y discreto que eras para todo, al final te compensara hacerlo con tan poco tacto solo por lo redonda que te iba a quedar aquella frase en el guion.

Si ella creía que él no sabía valorarlo o no era consciente de todo lo que les tenía que agradecer a sus padres, él en parte entendía cómo había podido llegar a una conclusión así, pero lo cierto era que estaba muy equivocada. A lo mejor tenía que ver con que desde que se había quedado en paro creía haber empezado a ver las cosas de otra manera, pero últimamente los sentía bastante más cerca y se dedicaba a pensar mucho en ellos. Sobre todo en cómo se habían ido organizando para sacarlos adelante a él y a sus hermanos, o en todo lo que habían procurado inculcarle y él muchas veces se había empeñado en desoír. Habían rodeado el molino y, como mandaba la tradición, se habían asomado al mirador para tener perspectiva de toda la vaguada hasta el pantano. Después habían desandado tranquilamente el camino por la misma recta, esquivando las partes donde la tierra estaba más húmeda y acelerando un poco el paso las dos o tres veces que les llegó olor a porqueriza. A mitad de trayecto se cruzaron de nuevo con el mismo vecino de la ida, que volvía al punto de partida con la carretilla ya vacía. Esta vez no se detuvo, solo levantó una mano importunada al pasar de largo, carraspeó y se dejó sacudir por un ataque de tos tan escandaloso que casi parecía que lo forzaba para ahuyentarlos. Él se lo señaló a su tía y le insistió en que podía incluso tener su gracia, cruzarte con alguien cuando estabas yendo a un sitio y poder contar siempre con volver a encontrártelo en el camino de regreso. Todo aquello de la responsabilidad y las prioridades en realidad no era algo que se estuviera planteando solo sobre sus padres, le dijo, sino también sobre ella y su marido y sobre sus otros tíos. La misma víspera, en el viaje que habían hecho en coche, había estado pensando en la época en que todos eran jóvenes y todavía vivían en el pueblo. Por eso le había pedido que le contara la historia de aquella primera televisión que habían comprado entre todos los vecinos, porque quería escuchar lo de las señoras mayores que se arreglaban para ponerse delante y les daban las buenas noches a los presentadores. Para él aquel tiempo en el que su familia todavía vivía en el pueblo siempre había sido un gran misterio y le había generado mucha curiosidad, más que nada porque en verdad solo había llegado a conocerlo casi como un decorado, en el sentido de que ya estaba todo medio abandonado y de que, de todas las

historias que se sabía, la mayoría de los protagonistas ya habían muerto o bien se habían ido a vivir a otros sitios con más gente. Por eso siempre las había escuchado con tanta atención y se había recreado tanto en las fotos, como aquella de su madre con las primas a cada lado, cogidas del brazo delante de la iglesia. Ahí se la veía tan flaca que casi dudaba que fuera ella, y lo obligaba a pensar en la anemia que al parecer fue lo que le provocó el aborto que sufrió a los veintiún años —mucho antes de que él naciera— y que a su vez fue lo que los animó a buscarse la vida en otra parte, como para hacer borrón y cuenta nueva. De lo que sí era cada día más consciente era de lo valientes que habían sido a la hora de tomar aquella decisión, tan complicada, y del mérito que habían tenido al ser capaces de empezar de cero en una ciudad grande donde no conocían a nadie (aunque sus padres sí que habían podido contar con la ayuda de ella y de su marido, que ya se habían ido desde bastante antes de avanzadilla). Él por ejemplo se acordaba de que, cuando su padre era joven, muchas veces se cogía los días de vacaciones todos seguidos en septiembre para irse a Francia, a la vendimia, o de oírle decir a menudo que, si en el campo casi nunca había días de descanso, para qué iba él a descansar un mes entero teniendo ya los fines de semana. Todos sus tíos habían hecho cosas parecidas, se iban a la playa a trabajar de camareros o aprovechaban el mes de agosto para tirar tabiques o cambiar los suelos en sus casas del pueblo. Aunque hasta hacía poco le había costado entenderlo, ahora veía muy claro que lo que les había permitido mantener esa determinación, esa constancia y esa noción del deber era precisamente el hecho de saber muy bien cuál era su proyecto de vida. Para él era evidente que aquella generación había tenido las cosas muy claras y que en la suya, sin embargo, las motivaciones cambiaban demasiado como para ser capaces de mantener un rumbo fijo. Cuando llegaron a la plaza se empeñó en invitarla a un café en la barra del bar, a lo que ella accedió a regañadientes porque eso en el pueblo siempre había sido una cosa de hombres. Las mujeres solo se sentaban dentro, en el comedor, y solo a la hora de comer y si venían con la familia entera. Así que si aceptó sentarse allí fue solo porque estaba vacío salvo por el dueño, y después de mucha insistencia por parte de su sobrino. Él fue un momento al baño y a los tres minutos volvió con el móvil en la mano, diciendo que tenía varias llamadas perdidas de un amigo que últimamente no lo dejaba en paz. Sin apartar la vista de la puerta de entrada, ella le dijo que por qué no lo llamaba y él contestó que ni hablar, que lo estaba volviendo loco con un problema económico que se había buscado él solito y que, cada vez que le cogía, después tardaba un siglo en poder colgarle. Le dijo que tenía un poco que ver

con todo lo que estaban hablando, porque a ese amigo también lo habían despedido el año pasado y había cometido la locura de capitalizar el paro. Un día le había contado que había encontrado el local perfecto para una idea que tenía y que por eso se había liado la manta a la cabeza, pero en realidad era uno de esos típicos locales malditos que iban pasando todo el rato de mano en mano, atrayendo a emprendedores con ideas felices que luego siempre acababan dejando pufos de varios meses. Él no sabía cuál era el motivo, pero si uno tenía más o menos controlados los locales del barrio, al final era muy fácil saber en cuáles se montaban siempre los negocios que no iban a durar. No costaba nada identificarlos porque en realidad cada época tenía su órdago empresarial particular con el que se animaban todos los incautos, y siempre los montaban en los mismos cuatro o cinco locales de cada zona. Hacía quince o veinte años habían sido los videoclubs. Después los locutorios y los cibercafés. La penúltima moda —a la que, obviamente, se había apuntado demasiado tarde aquel amigo suyo— eran las tiendas de cigarrillos electrónicos. En el caso de su amigo, no había llegado a durar ni un verano completo. Él siempre lo pensaba también sobre los sitios donde hacían tatuajes, que tenía que llegar un momento en el que toda la gente de una zona estaría servida, porque en el mejor de los casos un cuerpo daba para lo que daba y después ya no había tutía. Ella sabía que toda esa reflexión de su sobrino tenía que ser un preámbulo, porque si estaba explayándose tanto en hablar de gente que había hecho algo mal era porque en algún momento iba a querer contarle lo bien que lo hacía él. Y, efectivamente, enseguida le dijo que él no iba a dejarse liar con las propuestas alocadas que no paraban de llegarle por todos lados, como por ejemplo meterse a invertir en franquiciados o en negocios de compraventa de oro, que al parecer ahora estaban dando unas ganancias espectaculares. Él venía de donde venía y tenía el ejemplo de su familia, de lo duro que siempre habían tenido que trabajar, y sabía que nadie regalaba duros a cuatro pesetas y que la gente no se hacía rica de un día para otro. Tenía muy claro que prefería elegir una ocupación de las de toda la vida, con la que no se ganaba una fortuna pero que sí que daba para ir tirando si le echabas horas, y que podía afrontar con la tranquilidad que daba haberse dedicado ya a ese tipo de trabajo y saber perfectamente cómo iba la película. El caso era que un conocido suyo acababa de poner en venta un camión de doce mil kilos de masa y caja frigorífica con espacio para diez palés, con el equipo de frío recién instalado y solo ciento diez mil kilómetros de uso. Era justo el tipo de camión que se necesitaba para un transporte que, si finalmente se decidía, ya tenía más o menos apalabrado con la empresa de un hermano

del tipo que se lo vendía. De momento iban a ser solo tres entregas al mes, pero había previsión de más en cuanto se mudaran a un almacén al que decían que ya tenían echado el ojo. Le comentaban que si lo cerraban pronto a lo mejor se lo dejaban en catorce mil, aunque él tenía bastante claro que podía bajarlo a menos de trece. El problema era que, al tratarse de un acuerdo entre particulares, iba a ser imposible conseguir que un banco se lo financiara, estando en el paro y teniendo todavía tres plazos del coche que poner al día. Que estuvieran hablando de dinero debió de inspirar al dueño del bar, que estaba de pie junto al grifo de cerveza leyendo una revista, porque justo en ese momento rodeó la barra andando muy rápido y se colocó delante de la máquina tragaperras. «Esto no hay que hacerlo», les dijo justo antes de meter el primer euro y que empezara a sonar «La cucaracha». Ella a esas alturas ya empezó a sospechar que, de no haber tenido planeada aquella conversación desde el principio —porque incluso era posible que se hubiese inventado lo de las llamadas perdidas—, a su sobrino probablemente jamás se le habría ocurrido la idea de pasar juntos el fin de semana en el pueblo, ni se habría empeñado tanto en convencerla para venir. De hecho, en realidad tampoco podía saber desde cuándo lo llevaba pensando ni cuánto de lo que había hecho últimamente podía tener que ver con el mismo objetivo. Solo caer en la cuenta le hizo notar de repente un peso en el pecho que por momentos llegó incluso a dificultarle un poco la respiración, y a lo mejor por eso le dijo algo que si no seguramente no le habría contado, porque se le bajó la guardia con el estremecimiento. Enseguida se puso un poco más recta sobre el taburete, se tiró de las mangas desde las muñecas y le explicó que no iba a poder ayudarle con lo del camión, porque hacía dos años le habían quitado casi todos los ahorros y aún estaba pendiente de un juicio para saber si podría recuperarlos.

El primer día que él ya no durmió en casa me tocó llevar a la niña al cumpleaños de uno de sus primos mayores por parte de padre, un mocoso rubito al que visten con pantalones de noventa euros y que cada par de semanas tiene un cargamento nuevo de juguetes con los que la pobre se muere de envidia. El padre —mi *cuñado*— es encantador, pero la madre es una de esas pijas que creen que con moverse por el centro en una Brompton y poner un fotograma de *Al final de la escapada* de fondo de escritorio ya son alternativas, aunque después les guste señalarte las desventajas de hacerles los papeles a las internas del servicio doméstico —según ella, «se confían»—, o te manden invitaciones de comunión en las que te dicen que vuestra presencia ya de por sí es un regalo pero que, antes de estar devanándote los sesos con lo que podría hacerle ilusión al comulgante, casi mejor te indican debajo un número de cuenta. Cuando a mitad de la fiesta los cuatro primos empezaron a ponerse pesados con que si podían quedarse todos a dormir, yo al principio dije que no, porque ha habido precedentes y sé lo mal que le sienta a mi hija pasar más tiempo de la cuenta en esa casa. Después siempre está unos días hablando con el mismo tono de niño consentido que mi sobrino, o hay veces que también se pone tonta con las comidas, diciendo todo el rato que lo que hay no le apetece y que quiere cosas que le han puesto allí y que sabe que aquí nunca hemos tenido. Lo que pasó fue que enseguida me di cuenta de que, si la dejaba quedarse, a lo mejor podría marcharme yo un buen rato antes —porque habría sido demasiado forzado negarme y encima decir de golpe que nos íbamos—, y además ya era bastante haber tenido que presentarme allí yo sola mientras él se hacía pajas mentales con otros doscientos motivados en la enésima asamblea. Yo ya había cumplido pasándome la tarde entera oyendo hablar a la anfitriona y a sus amigas de las peleas entre una de ellas y el contratista que le estaba cambiando las losetas del jardín. Así que me lo volví a pensar y les dije que la mía podía quedarse pero solo si me prometía que se iba a portar bien. Les di a todas las amigas de mi cuñada unos besos muy cariñosos, cogí unos restos de empanada que ella insistió en que me llevara y me fui directa al metro convencida de que, si una no quiere volverse completamente loca, a veces ser madre también consiste en eso. En hacer

creer que lo que haces por puro egoísmo lo estás haciendo exclusivamente por tu hija. Cuando llegué a casa me cené la empanada sin plato ni nada, cogiéndola directamente del albal, me tiré en el sofá y me puse a hacer *zapping* entre un concurso de cocineros y las noticias de la Cuatro. Él llegó de su asamblea una media hora más tarde. Nada más oír el contacto de la llave con la cerradura apagué la tele, me levanté y me puse a doblar una pila de ropa que llevaba esperando en una silla desde por la mañana. No porque él me fuera a reprochar no haberlo hecho antes, sino porque me parecía que iba a componer una escena mucho más propicia para una conversación que ya tenía pensada desde hacía rato, y que al final no tuvo nada que ver con la que acabamos teniendo. En cuanto entró por la puerta, lo primero que le dije fue que era la última vez que me tocaba ir sola a casa de su hermano. Él soltó la mochila, extendió unas cuantas camisetas sobre la mesa del comedor y me contestó que perfecto, que ningún problema, pero que qué podría pensar cualquiera que me oyese, porque que él recordara también era la primera vez. Me dijo que, en todo caso, si no había ido al cumpleaños de su sobrino había sido por algo excepcional que tampoco podía haber previsto con mucha antelación. Y que si hubiese dependido de él habría podido organizarse mejor, pero que las asambleas se convocaban a través de mecanismos democráticos y que la de ese día, como todas, la habían celebrado en la fecha y a la hora más votadas por los «compañeros y compañeras». A mí me parecía que no era tanto cuestión de si él podía haber cambiado o no la fecha de la asamblea, sobre todo si es verdad lo que dice de que suelen llenar un anfiteatro bastante grande. Mi duda era más bien si habría resultado tan trágico dejar de ir a una sola de las trocientas mil. Al oírme decir esto él sacudió una camiseta con mucha más fuerza y soltó una columna de aire muy sonora por la nariz, lo cual en nuestra historia en común siempre ha sido el equivalente no verbal a llamarme imbécil. Luego me dijo que era muy significativo que yo todavía no hubiese procesado la diferencia que hay entre las reuniones de las comisiones, que eran más reducidas, y las asambleas, que al parecer eran contadas y es donde se junta toda la gente que se tiene que juntar, se piensa en común y se toman las decisiones importantes. Yo ya estaba muy harta del continuo juego en plan de dónde vienes manzanas traigo que siempre ponía en práctica, así que al final le dije algo que llevaba tiempo pensando, pero que si hasta ayer no había querido compartir con él era porque me podía imaginar perfectamente cómo iba a sentarle. Primero le conté que me había propuesto encontrar la explicación a todos los cambios que había habido en su vida últimamente, porque entre otras cosas lo había visto dejar de hacer lo que más

o menos se espera de alguien que lleva mucho tiempo parado —que se supone que es centrarse en encontrar trabajo y en atender a las necesidades de su familia—, para de buenas a primeras convertirse en un militante convencidísimo y dedicado prácticamente en exclusiva a la dichosa *nueva mayoría social*. Tampoco era nada que no le hubiese insinuado antes, pero supongo que el tono y el nivel de mala leche sí que eran bastante inéditos. Él se acercó al sofá para dejar sus camisetas apiladas junto al resto de la ropa y por poco no nos pegamos por las últimas bragas y calzoncillos que quedaban por doblar. Lo que me respondió fue que, si quería encontrar la explicación a todos esos cambios, en realidad solo tenía que prestarle un poco de atención cuando me hablaba, o a lo mejor ni siquiera eso. A lo mejor solo tenía que estar atenta *en general*, porque en realidad era tan fácil como comparar lo que teníamos hacía tres años y lo que habíamos pasado a tener últimamente. No estaba hablando de la diferencia entre el trabajo y el paro, o entre una casa que es tuya y una casa que más temprano que tarde va a pasar a ser del banco. Hablaba más bien de la diferencia entre un esquema mental que se ha montado ahora y un plan de vida anterior que decía que ya no sabía muy bien cómo aplicar, o una serie de premisas y una fe que antes sí tenía en que, esforzándonos cada uno en hacer su parte y cumpliendo con unas metas muy concretas, siempre lo íbamos a llevar todo bastante bien encarrilado. Cuando terminamos con la ropa, yo cogí la que iba para nuestro armario y él la que había que llevar al cuarto de la niña. Aunque lo nuestro era mucho más, él nunca se acordaba de dónde iban las cosas y siempre tardaba el doble porque tenía que ir probando y abriendo cada cajón, así que al terminar con mi parte me fui a buscarlo y le ayudé con lo que le faltaba. Me reconoció que a esas alturas él ya no tenía ni idea de cómo lo veía yo, pero que lo que sí que entendía era que hacer exactamente lo mismo que hacíamos antes de que empezara todo el lío —pensar en los mismos términos y esforzarnos por lograr los mismos objetivos— era como volver a darle tu dinero a un trilero que sabes que ya te ha estafado más de una vez. Por eso decía que para él la única opción era cambiar y pensar de otra manera y tratar de conseguir cosas distintas, porque si no estábamos condenados a repetir la misma historia. Yo supongo que podría haberle dado la razón —porque hasta cierto punto reconozco que la tenía— y a lo mejor no habría llegado tanta sangre al río, pero todavía no sé si con lo que no tragué fue con la suficiencia o la condescendencia que le noté, o si ya me pilló muy harta o simplemente me pudo el orgullo. En lugar de darle la razón lo que hice fue decirle que, desde hacía bastante tiempo, cuanto más le escuchaba hablar así, más ingenuo me

parecía y más le perdía el respeto. Y que, de hecho, sentía que ese respeto se me estaba agotando por momentos. Pensando en eso que le dije, con el paso de los días me he ido dando cuenta de que, por muy evidente que sea que cuando las parejas se rompen o tienen crisis serias suele ser porque ya hace tiempo que se acumulan la tensión y los desencuentros, tampoco deja de ser cierto que muchas veces el desenlace depende de dos o tres frases, o incluso de nada más que gestos, que se acaban revistiendo de una trascendencia desproporcionada, completamente absurda (sobre todo en comparación con toda la historia de la convivencia, o con la ristra interminable de cosas que os habéis dicho el uno al otro desde el principio). Me estoy refiriendo a los momentos en que por fin se explicita lo realmente decisivo que estás pensando o a lo mejor llevas tiempo sintiendo, una opinión o unos pensamientos que en realidad nunca has compartido con él —o al menos no con esas palabras, o no en ese tono, o no en una situación en la que resulte obvio que no lo estás diciendo por decir—, y entonces queda dicho y él lo escucha y pasa a ser imposible que no tenga consecuencias. En ese mismo momento, mientras lo estás diciendo, a la vez eres consciente de que perfectamente podrías haber elegido no decirlo, de que a lo mejor con un poco de esfuerzo te lo podrías haber ahorrado y no habrías desencadenado lo que incluso puede llegar a ser irreversible, aunque guardártelo tampoco habría evitado que siguiera acumulándose la tensión, ni habría disipado el enfado. De hecho, seguramente, una tiende a pensar que si no se lo ha callado, o si ha acabado diciendo eso de lo que después va a ser muy complicado retractarse, no es por un error de juicio momentáneo sino porque el problema venía de largo y lo importante no es ya esa gota, por supuesto, sino el vaso que se ha ido llenando con todas las demás y que se colma. Por eso de verdad creo que esa sensación tan engañosa —la de que al final todo puede depender de una frase o una decisión tomada a bote pronto y en un trance muy concreto, sin tiempo material para valorar las consecuencias— en realidad no es más que un espejismo. Porque lo cierto es que lo único que no habías hecho hasta ese momento era decidirte a decirlo, pero las razones sí que existían desde antes. En todo caso, es imposible no obsesionarse y no rumiarlo mucho y a lo mejor incluso acabas dándole la vuelta por completo a todo ese razonamiento. Puede que al final llegues a la conclusión de que es justo al revés y de que, cuando se vive en pareja, en realidad siempre se tiene el detonador al alcance de la mano y lo difícil es conseguir que vaya pasando el tiempo y no pulsarlo nunca, porque a lo mejor el requisito fundamental para que las dos partes permanezcan juntas es precisamente ese, que jamás se digan algunas de las

cosas que inevitablemente van a acabar pensando el uno del otro, aunque sea solo en momentos puntuales. Es más, puede que no existan parejas que lleven ya un tiempo y que no alberguen alguna vez el tipo de pensamientos que, en caso de verbalizarse, probablemente acabarían por dar al traste con toda posibilidad de entendimiento. Hubo unos segundos eternos en los que parecía que se había consumido hasta la última molécula de oxígeno de la habitación. Él se quedó un poco aturdido y estuvo un rato sosteniendo un par de calcetines sin hacer nada con ellos. No los dobló juntos ni los guardó en el cajón. Yo reconozco que también sentí algo de vértigo nada más decírselo, porque me había salido un comentario bastante despiadado, y juraría que se me quedó una cara muy parecida a la que ponía mi madre cuando de pequeños nos portábamos especialmente mal, la sacábamos de quicio y terminaba dándonos un bofetón que, por los nervios, caía con bastante más fuerza de la que ella habría querido. Por eso me di prisa en taparlo con una respuesta a lo que él me acababa de decir sobre cambiar el orden de prioridades, aunque yo dudo que así lograra sepultar el tema y desviar su atención. Más bien creo que estuve un rato hablando sola. De todas formas, lo fundamental para mí en ese momento era hacer cualquier cosa menos quedarme callada y darle pie a profundizar en mi última frase, así que le dije que eso de cambiar para no repetir errores a mí también me sonaba muy bonito, pero que todo me seguía pareciendo bastante intangible y no podía sino considerarlo palabrería, porque entendía que en la práctica nada de todo lo que él defendía era incompatible con mi vida, con las cosas que siempre había hecho y seguía haciendo cada día. No veía yo en qué sentido obligaba a modificar nada demasiado significativo, a efectos prácticos. Después no sé si fue solo porque cogí carrerilla o porque me puse más nerviosa de la cuenta, pero le dije que, si estaba esforzándose tanto en hacerse útil en la organización, a lo mejor no era solo para contribuir al proyecto y aprovechar la jodida ventana de oportunidad que por fin les iba a permitir cambiar las cosas. Le pregunté si no estaría tan chalado como para creer que al final hasta conseguía colocarse bien en una lista, o acababa formando parte del equipo de algún cargo, para pasar a cobrar por su actividad política el sueldo que tanto le estaba costando volver a ganar trabajando de lo suyo. Supongo que a él le venía bien seguir con tareas domésticas para poder moverse y mantener las manos ocupadas y no tener que mirarme todo el rato mientras le hablaba, de ahí que al cerrar el armario se volviese hacia el fondo de la habitación y diera como una batida de radar por todos los juguetes que había desperdigados sobre la alfombra y la cama de la niña. Me hizo un gesto como pidiendo mi

autorización —porque la norma general es que lo que desordena ella lo recoge ella— y mi cara en ese momento debió de ser de ni que sí ni que no. Yo sabía que lo del cargo le iba a sentar fatal, pero él reaccionó mucho más sereno de lo que me esperaba y me respondió que era imposible «colocarse bien» en una lista, cuando se daba la circunstancia de que las listas eran abiertas. Yo creo que todavía no me había dado cuenta de lo mucho que le había afectado lo inmediatamente anterior, lo de que le había perdido casi todo el respeto. Entonces se sentó en la cama y empezó a meter en su caja las fichas de una especie de *mahjong* con personajes de la Warner. Cuando vio que yo no le iba a contestar nada —aunque podía haberle dicho que, en realidad, esos procesos internos de primarias tampoco eran completamente abiertos—, estuvo un buen rato sin hablar y poco a poco se le fue poniendo una cara como de estar muy apenado. Después de mucho suspense me dijo que el hecho de que yo pensara todas esas cosas no hacía sino corroborar, aunque casi ni hacía falta, su sospecha de que ya no lo conocía. Y de que él a mí tampoco, porque para empezar jamás me habría creído capaz de pensar y de decirle todo aquello. Él no sabía muy bien cómo habíamos podido llegar hasta ese punto, pero ahora veía con mucha más claridad el sitio tan desconocido en el que estábamos. Bajó de la cama hasta la alfombra, se sentó como un indio y, antes de meterlos en el baúl transparente, tiró uno a uno de los dos Playmobil adultos y los dos niños que iban sentados en el descapotable que trajo de regalo mi hermano el último día que vino a cenar. Cuando ya tenía la alfombra casi despejada de trastos, de repente sintió la necesidad de dejarme claro, para que me quedase tranquila, que en ningún momento de los últimos meses había llegado a sentir que me quisiera menos, ni siquiera un poco. Te dicen eso y te quedas tranquilísima, vamos. Yo ahí mismo decidí que enseguida le iba a pedir que no pasara la noche en casa. Me dijo que en ningún momento había notado que mermaran el profundo respeto y la admiración que sentía por mí, ni tampoco el agradecimiento por haber estado dispuesta desde hacía tanto tiempo a compartir mi vida con él. Después de una declaración así tenía que venir un *pero*, si no de qué, y obviamente tampoco tardó mucho en soltar que estaba empezando a notar que no me hacía feliz (que es la forma clásica de exponer una situación como si se estuviera reconociendo el fallo como propio, cuando el mensaje que se transmite en realidad es justamente el contrario). Yo le contesté que a mi juicio se estaba quedando bastante corto y, aun sabiendo que él enseguida me iba a reprochar no haber querido hablarlo antes, le dije que de momento por favor se fuera a pasar unos días a casa de un amigo y que luego ya veríamos,

porque yo al menos hacía tiempo que pensaba que ya no estábamos funcionando tan bien juntos como a lo mejor podíamos llegar a funcionar por separado. Le dije también que, por supuesto, en todo caso podía seguir sacando dinero de mi cuenta como siempre, para ir tirando. En los más de seis años que hace que dejé de fumar, esa fue la primera tesitura en que de verdad me entraron ganas de encender un cigarro. De haber tenido por casa un paquete de los que alguna vez se ha dejado olvidados mi madre, estoy segura de que no habría sido capaz de resistirme. Yo creo que a esas alturas él ya estaba completamente superado por la situación y pasó a tener medio desatendido el plano de lo físico, porque lo que hizo entonces fue coger de la estantería la ballesta que dispara flechas de gomaespuma y a partir de ahí se pasó todo el rato apuntándome con ella, aunque en ningún momento me hizo un solo gesto —ni en serio ni en broma— para transmitirme que la había colocado así conscientemente. Volvió a sentarse en el borde de la cama y me preguntó si, al decirle que lo venía pensando desde hacía tiempo, quería decir que de verdad era algo que pensaba todo el rato, o si podía ser que solo lo hubiera pensado alguna que otra vez, porque evidentemente eran cosas distintas. A él le costaba mucho creer que yo hubiese tenido esa idea muy instalada en la cabeza, y además desde hacía tiempo, porque decía que de haber sido así me lo habría notado y habría tenido un efecto mucho más palpable en nuestra convivencia, con lo incapaz que siempre había sido yo de disimular o de fingir cuando algo me tenía descontenta. Según él, se habían hecho muchos estudios y estaba científicamente demostrado que los pensamientos negativos pesaban más en la conciencia y que, en momentos de enfado o de agobio, todos tendíamos a verlos como mucho más constantes o duraderos de lo que lo habían sido en realidad. Había que tener en cuenta que, en el día a día, esos pensamientos en verdad no afectaban tanto a nuestro estado de ánimo —ni a nuestra actitud hacia un determinado problema— como nos podía parecer cuando por ejemplo estábamos enfrascados en una discusión. Decía que no me estaba llamando loca, ni mucho menos, y que podía no ser mentira que yo hubiese pensado ese tipo de cosas en según qué momentos, pero que era muy posible que me estuviera engañando un poco a mí misma —por efecto del enfado, o de los nervios— si de repente tenía noción de haberlo estado sintiendo todo el rato. Todo esto me lo explicó sin dejar de apuntarme con la ballesta de juguete y estando bastante pendiente de si me cambiaba o no la cara, como si un argumento como aquel de repente me pudiera llevar a ver la luz. Lo cierto es que ni por un instante logró transmitírmelo con demasiado convencimiento, porque yo creo que ya estaba

desfondado y porque, entre otras cosas, era el típico relativismo barato que ya había utilizado mil veces para convencerme en muchísimos desacuerdos anteriores. Cuando vio que esa teoría no iba a colar y que yo no me descomponía, sí me llamó la atención que ni siquiera intentara hacerse la víctima ni darme pena para que me lo repensara, cuando la verdad es que me habría jugado el cuello a que me iba a buscar por esa vía. Además creo que si me llega a haber hablado cinco o diez minutos en el tono adecuado, tocándome alguna que otra fibra sensible, muy probablemente me habría convencido de que lo dejara quedarse. Con lo que no conté fue con el disgusto tan profundo y la sensación de derrota en la que ya no iba a dejar de recrearse y que se le había quedado al oírme decir que no le tenía respeto. Admito que eso sí me hizo sentir culpable, justamente que él no hiciera nada para intentar bajarme del burro a la desesperada. También debió de ser lo que me animó a preguntarle que qué hacía unos días antes buscando alquileres de pisos de una sola habitación, porque supongo que ahí sí que sentí cierta urgencia por repartir las culpas. Él se hizo el ofendido y me pidió que pensara en cuánta importancia podían tener unas pocas búsquedas en internet —que en realidad no eran nada *tangible*, sino unas palabras tecleadas y unas páginas vistas—, y que por favor las comparara con la decisión de pedirle a tu pareja que se fuera de su casa por tiempo indefinido. Yo le contesté que no intentara camelarme y que lo mío no era tanto una petición como una propuesta, y que dijera lo que dijera iba a seguir en pie. Él estuvo otro rato largo en silencio, tumbado en la cama a lo ancho, y cuando al cabo se incorporó fue nada más que para disparar una flecha que se coló por el hueco de la puerta y debió de llegar hasta el salón. Dijo «mierda» y enseguida se levantó, salió volando de la habitación y yo pensé que solamente iba a recogerla, pero después oí cómo se cerraba la puerta de la entrada y, aunque hemos hablado casi a diario por teléfono y también muchos días por el interfono, ya no volvimos a vernos hasta la tarde en que emergió de entre un grupo de turistas japoneses, con el pelo mucho más corto y unas botas nuevas muy raras como de charol, en el andén de la línea azul en Gregorio Marañón.

Te vas a reír si te cuento qué fue lo primero que pensé cuando me dijiste, más o menos, que fuera a ver al verdugo con el recado de tu parte de que me cortara la cabeza. Igual no te acuerdas, pero por supuesto que no monté ningún pollo, ni tampoco te dije en plan muy serio que ya me lo esperaba o que qué le íbamos a hacer ni nada por el estilo, sino que simplemente me puse a asentir como un imbécil y te dije que vale, que de acuerdo, pero que si no te importaba me iba a quedar un rato recogiendo mi puesto de trabajo y despejando el disco duro de mi ordenador para la persona que lo fuera a usar después —yo ahí pidiéndote permiso y todo—, porque lo que me dio por tener en la cabeza en ese momento no fueron pensamientos de rabia ni de indignación, ni mucho menos. Vete tú a saber por qué, pero con lo que me obsesioné fue con los archivos personales que había ido acumulando en el PC desde que trabajaba en la empresa, y que ahora tenía que sacar de allí a como diera lugar antes de que me pidieras que arreará. No me había pasado jamás en cuatro años y medio, pero resultó que entonces te debí de convertir en mi padre o en mi maestro del colegio o en alguno de los curas del seminario, porque de repente lo más importante de todo era que aquellas carpetas con fotos y aquellos ficheros de Word con *e-mails* cortipegados siguieran siendo míos y solo míos, que nadie —y mucho menos tú— pudiera tener acceso a ellos después de que yo saliera de la oficina. De todas formas, por lo que yo he podido ver en los despidos de los que he sido testigo a lo largo de mi vida laboral, la rabia y la indignación tampoco suelen estar entre las primeras-primerísimas reacciones de las personas afectadas. En general, la peripecia del trabajador por cuenta ajena debe de ser una cosa tan loca que, si sacamos la estadística, yo creo que lo primero que casi siempre se experimenta cuando a uno lo despiden es un enorme alivio —le pasa a casi todo el mundo, ese momento como de falsa justicia poética en el que aún no te ha entrado en la cabeza pero tu alma ya reacciona y lo que sientes es que te han hecho un gran favor—, por muy mal que te venga y por jodida que sea la situación en la que te deja, aunque por supuesto luego tardes muy poco en acojonarte con las consecuencias y ya sí que se instalen el resentimiento y el cabreo. El caso es que, cuando pienso en lo de los archivos del ordenador, es la primera vez que

caigo en la cuenta de que, de todo lo que podría haber hecho para estar bien preparado cuando llegara el día fatídico —cosas como no sé, mirarme bien cómo funcionaba lo del finiquito—, lo único que se me ocurrió con cierta antelación fue llevar siempre conmigo un *pen drive*, pensando en no perder todos esos archivos cuando me dieras boleto. Así que en aquel brete lo que hice fue salir casi corriendo de tu despacho y me senté en mi silla por última vez, enchufé el *pen* y sacudí el ratón para que se despertara el monitor. Enseguida me fui directo a una carpeta que ya hacía unos años había bautizado con el nombre más disuasorio que se me había ocurrido, «borradores antiguos descartados», para que nadie que en mi ausencia a lo mejor anduviese curioseando por mi escritorio pudiera pensar que contenía algo interesante. Abrí el *pen* en una ventana en una esquina y me dediqué a ir arrastrando archivos hasta allí, o bien hasta la papelera, un poco como cuando te mudas a una casa más pequeña y empiezas a embalar tus trastos y te toca decidir qué va a parar a las cajas que metes en la furgoneta y qué se va a quedar directamente en el contenedor de la esquina. No creo que quisiera hacerte esperar, o al menos no recuerdo haberlo pensado ni que fuera a propósito, pero igual sí que noté cierta resistencia a levantarme de allí y por eso tardé, porque sabía que iba a ser para siempre. Por otro lado creo que también me adelantaba mentalmente a lo siguiente y no sabía muy bien cómo se iba a desarrollar, y a lo mejor me daba mal rollo pensar en pararme en la puerta de tu despacho y hacerte un gesto que viniera a decir «bueno, ya estoy listo, ya me puedes despedir». La cuestión es que estuve haciendo tiempo y mientras me iba mentalizando me entretuve sobre todo abriendo y mirando fotos, casi todas de cosas mías que no tenían nada que ver con la empresa, porque me había pasado con dos móviles distintos que al jubilarlos nunca llegué a encontrar el momento de volcar las fotos en el ordenador de casa. En el del trabajo, sin embargo, era lo más fácil del mundo ponerlas a copiar mientras hacías cualquier otra cosa, y por eso yo supongo que había tantas. Estuve viendo un porrón de fotos del día que me mudé a mi piso actual y monté un *pica-pica* en el terrado sin saber que estaba prohibido y por poco no me echan —en esas salía yo bastante más flaco y todavía sin entradas ni barba ni nada—, y también de una noche de marcha con amigos de la facultad en la que creo que me debí de emborrachar bastante, porque si no tampoco me habría dedicado a documentarla con tanto detalle. No te sé decir cuánto tiempo llevaba mirando fotos como un subnormal ni cuándo aparecieron finalmente las de aquella famosa cena de Navidad y de la juerga posterior, pero sí recuerdo que al ver las primeras tuve como un presentimiento y que

por eso las puse en modo *slideshow* y las fui pasando a toda hostia, buscando algo pero sin saber exactamente el qué, o a lo mejor solo era que mi retina en algún momento sí que se había quedado con la copla de algo que conscientemente nunca llegué a tener bien registrado. Me aparecieron primero las del restaurante aquel tan hortera donde cenamos, al principio con la gente toda comedida y bien sentada y poco a poco cada vez más relajada conforme iba avanzando la noche, hasta que en las de la discoteca, como solo quedábamos unos cuantos, ya siempre salían los mismos con caretos cada vez más desencajados y una actitud más de desfase. Luego se me abrieron un montón de fotos curiosísimas de distintos rincones de tu casa y tu jardín, en plan como si te hubieran ido a hacer un reportaje de esos del *Nuevo estilo* solo que en plena noche y sin un triste *flash* para alumbrar un poquito aunque fuera, y obviamente al final llegué a las del último tramo de la fiesta —el de la juerga pija-*destroyer* en tu salón— y al poco rato ya vi la foto que me dejó completamente a cuadros y que enseguida marqué con un círculo rojo cutre del Paint y copié en el *pen drive*, para acto seguido llevármela impresa a tu despacho y preguntarte qué te parecía. Esto te lo cuento porque después me rayé con que tú a lo mejor creyeras que ya lo tenía todo preparado de antes, para contraatacar en caso de que se acabara confirmando lo peor, como así fue, pero te juro por mi madre que nada más lejos. De hecho, estoy seguro de que si me llego a haber parado un momento a pensar, o si no llega a haber sido cosa de un pronto raro que me dio porque en el fondo estaba histérico, jamás me habría atrevido a hacer nada ni medio parecido. Tanto fue así que, cuando te pedí que le echaras un vistazo a aquella foto y enseguida me preguntaste si te la había querido enseñar por algo en concreto, no sé si te acordarás pero no supe ni qué responder, porque lo cierto era que no lo había pensado. Yo me quedé flipando cuando me la cogiste de la mano con ese *flow* perdonavidas igualito al de los médicos cuando te cogen las radiografías, y también al ver que en ningún momento dejabas de sonreír y te ponías a analizarla con toda la pachorra del mundo, sentado allí medio repantingado. Ya te digo que no supe bien qué contestarte, porque yo creo que hasta ahí solo sabía que me acababas de despedir y que me había jodido y que después me había encontrado por casualidad una cosa con la que igual te podía joder yo a ti. No sé si en algún momento se me llegó a pasar por la cabeza la idea de amenazarte con difundir aquella foto si me echabas, aunque ahora me lo imagino y me pongo malo solo de pensar en el infierno que habría sido llegar a ese tipo de acuerdo, para luego tener que verte allí todos los días y relacionarme contigo compartiendo ese secreto. Yo creo que en realidad no

espabilé hasta que me preguntaste si aquello era algún tipo de *chantaje* —pero completamente pancho, no te creas, como si me estuvieras preguntando si llevaba puesto algún tipo de perfume—, y entonces ya sí que me di cuenta de la movida porque a mí jamás en la vida se me había ocurrido extorsionar a nadie, y además el que hacía las putadas en aquella película eras tú. De hecho, estuve a punto de decírtelo, que no te confundieras y que no hacía falta ni preguntarse quién era el malo, que no tenías escrúpulos y que sabía que en realidad la empresa ni siquiera estaba cerca de tener pérdidas. Lo que pasó fue que, llegados a ese punto, me corría mucha más prisa justificarme yo. Al no tener ni idea de cómo, te diría que fue más bien por inercia lo de empezar a explicarte que tú nunca habías sido consciente de muchas cosas —o no habías querido serlo—, por ejemplo de la faena que les hacías a los proveedores cada vez que una factura se quedaba sin pagar, o de lo chungo que era habernos reducido las horas y el salario siete meses antes de ponernos de patitas en la calle, porque ahora el paro que se nos quedaba era una cosa absolutamente ridícula. Ahí fue cuando se me encendió la bombilla y se me ocurrió que una salida digna podía ser no pedirte nada que en realidad no me mereciera, sino solamente el equivalente a la indemnización que me habría correspondido antes de que me redujeras las horas y el salario. Y también, de paso —y ahí estuve fino—, antes de la reforma laboral. Qué curioso fue, además, porque la idea en definitiva me la acababas de dar tú al preguntármelo. Cuando te lo dije pusiste cara de que te parecía divertidísimo, como si aquello no te estuviera pasando a ti, y yo supongo que por costumbre empecé a argumentártelo exactamente igual que cuando te pedía que me aumentarás un poco el presupuesto de algún proyecto, haciendo virguerías para que no quedáramos tú como un patrón desalmado ni yo como un estafador, que pareciera que en el fondo nadie había hecho nada con mala intención y que simplemente estábamos siendo todos víctimas de un contexto muy jorobado. Te dije que, si llegas a haber sido consciente de lo que implicaba para mí aquel proceso escalonado con el que me habías ido «desvinculando de la empresa», no me cabía la menor duda de que lo habrías hecho de otra forma —conmigo y también con otros compañeros—, y creo que tú te diste cuenta antes que yo de que te estaba llamando hijo de puta. Vi cómo hacías fuerza con las manos contra la mesa para impulsarte rodando hacia atrás y me dio la sensación de que ahora sí te habías mosqueado, así que me dejé de zalamerías y te dije directamente que si querías podíamos sacar las cuentas en un pispás y ya zanjar el tema. Tú te pusiste de pie y te fuiste directo hasta el perchero donde tenías la chaqueta, sin contestarme nada, así que yo seguí dándote el

coñazo con que muy probablemente había una web donde explicaran todo lo de las indemnizaciones como para tontos. Volviste a la mesa con un sobre en la mano mientras me hacías callar chasqueando rítmicamente la lengua, como si tuvieras en brazos a un bebé que no parara de llorar. Sacaste otro sobre de uno de los cajones, le metiste seis billetes morados de quinientos y lo dejaste caer en el centro de la mesa justo en el momento en que yo dejaba el *pen*. El dinero me lo guardé en cero coma, no por ansia sino por decoro, porque verlo allí tan impúdico y tan a la vista me pareció poco menos que ver a un gremlin en medio de un diluvio. Me costó lo mío pero entonces hice el esfuerzo de mirarte a la cara para hacerte saber que estábamos en paz, que todo en orden, y lo último que me dijiste fue que ni se me ocurriera creerme el cuento del empresario ruin y del pobre empleado inocente como un indígena oprimido, porque para empezar salía ganando yo, y además me iba a marchar de allí convertido como mínimo en defraudador fiscal.

No tardó ni diez minutos en dar con el subdirector de la sucursal de Caja España. Primero entró en los perfiles de Facebook de unos cuantos amigos que también habían sido compañeros suyos de instituto, que en algún momento le habían solicitado amistad y que la habían obtenido para más bien poco, porque en realidad él lo abría solo muy de tanto en tanto, como mucho un par de veces al mes. Después estuvo repasando las respectivas listas de amigos de cada uno de esos antiguos compañeros en busca del subdirector, fijándose no solo en los nombres sino también o sobre todo en las fotos, porque tenía comprobado que en más o menos un tercio de los casos la gente no ponía el nombre sino seudónimos, acrósticos o lemas que a él en general le provocaban cierta vergüenza ajena, aunque a la vez era consciente de que el aspecto del subdirector podría haber cambiado mucho en el tiempo que llevaban sin verse, o a lo mejor era de esas personas que preferían colocar un dibujo manga o el escudo de su equipo de fútbol en el hueco para la foto del perfil. Lo que se encontró al final fue un retrato de carnet, y su tía tenía toda la razón porque de cara estaba casi igual que hacía catorce años, solo que mucho más calvo. En cuanto vio que aceptaba la solicitud de amistad, le escribió para decirle que estaba pensando en organizar otra quedada de antiguos compañeros como la que él —el subdirector— había montado en su momento, explicarle que le había dado mucha rabia perderse aquella y preguntarle que qué le parecía quedar un día de esa semana, tomarse algo y contarle cómo había ido la anterior, para así saber mejor cómo preparar una nueva edición. A los cuatro días, justo en el momento de llegar a la terraza de la plaza donde quince años antes solían juntarse para hacer *street dance*, el subdirector quiso advertirle de que una reunión de antiguos alumnos daba prácticamente la misma faena que una boda. Eso fue lo primero que le dijo. El abrazo que se habían dado al saludarse —en el que él llegó a detectar vacilaciones y rectificaciones por ambas partes, sobre todo en el nivel de intensidad del contacto— le había dejado claro que no iba a ser de esas veces en que dos amigos se encuentran después de muchos años y a los pocos minutos la charla ya fluye como si se hubieran visto ayer. Cuando lo tuvo sentado enfrente, una de las primeras ideas con las que se entretuvo fue con

que, cuando un hombre de rasgos aniñados se queda calvo, a veces la alopecia no llega a contrarrestar ni mucho menos su aspecto juvenil, sino que de algún modo incluso acentúa el aire de inocencia o de inmadurez, a lo mejor porque vuelve a parecerse ya no tanto a un niño sino a un bebé, o porque es casi como si, habiendo alcanzado la edad en la que se pierde el pelo, ya no hay motivos para pensar que sus rasgos tengan que dejar en ningún momento de ser angelicales. En un plazo de pocos minutos, el subdirector le dijo tanto que él estaba «igual-igual» como que, de habérselo encontrado un día por la calle, no estaba seguro de si lo habría reconocido, a lo que él no pudo por menos de preguntarle «¿en qué quedamos?». Había muy cerca de ellos en la plaza dos niñas de diez o doce años jugando a pasarse una pelota de tenis desgastada y manchada en mil charcos, aunque para la más bajita de las dos el juego parecía consistir más bien en errar a propósito el tiro y obligar a la otra a salir corriendo detrás de la bola hasta una zona ajardinada con setos. A ellos les vino bien porque, en los lapsos de silencio que al principio se prolongaban mientras no tenían muy claro cómo seguir con la conversación, recurrieron cada poco a comentar las jugarretas de la amiga lista cuando la amiga inocente salía disparada a por la pelota y ya no podía oírlos. A medida que fueron estableciendo la complicidad con aquella niña un poco sádica, también fueron forjando cierta complicidad entre sí, porque al hacerlo empleaban un tono mucho más relajado y se reían y en cierto modo formaban un equipo, lo cual a él enseguida le pareció que podía ser difícil de casar, cuando llegara el momento, con el tema que de verdad quería tratar después con el subdirector (y también con la actitud con la que entendía que debía abordarlo). En el repaso a trompicones que hicieron de sus respectivos tránsitos de la juventud a la primera edad adulta, el subdirector de la sucursal de Caja España le reconoció que no sabía muy bien qué había hecho con su vida desde la época en la que se veían a menudo. Fue el único de la pandilla que se matriculó en la universidad y, de una forma bastante gradual, todos le fueron perdiendo la pista hasta saber de él más bien poco, no tanto porque en la facultad hiciera un grupo nuevo de amigos —que los tuvo, aunque no tan cercanos— como porque desde el principio la carrera le exigió mucho esfuerzo y el tiempo que no pasaba trabajando en la papelería de su padre lo dedicaba prácticamente entero a ir a clase y a estudiar. Podía decir sin faltar a la verdad que en cinco años casi no había tenido ni un día libre. Fue sacando los cursos de Económicas con buenas notas y su idea para después siempre había sido opositar, pero cuando estaba en cuarto su padre murió de un coma diabético, su madre vendió la papelería y él, que nada más licenciarse tuvo que pensar

en buscarse el sustento, enseguida empezó a trabajar en lo primero que encontró, que fue un puesto de becario en una sucursal de Caja España. La misma en la que al final se había pasado casi una década. O no exactamente en la misma, porque hacía un par de años se habían mudado de local a uno ligeramente más pequeño en la misma calle. Al oírle hablar de trabajo, él dudó sobre si sería el momento idóneo para dejarle caer al subdirector el nombre de una clienta —una señora mayor ya viuda, a la que le constaba que había atendido personalmente— y preguntarle si era consciente del daño que le había causado. Tenía pensado decirle —porque casi le daba más rabia que lo del dinero— que no era ya solo la pérdida económica sino la vergüenza, y que de hecho aquella señora no había querido contárselo a nadie por no tener que admitir que la habían engañado. Y que ahora encima, para intentar que se lo devolvieran, tenía que pasar por la humillación de convencer a un juez de que no se enteraba de nada, de que ni siquiera había sabido leer lo que ponía en lo que había firmado. El problema fue que llevaba un rato asintiendo con mucho convencimiento y mostrando demasiada empatía como para poder cambiar completamente de registro, interrumpirlo y ponerlo de repente contra las cuerdas. Fue eso o a lo mejor fue que intuyó, por la forma que tenía de recrearse en los detalles, que el subdirector iba a seguir hablando de trabajo mucho rato. De alguna manera, él tal vez confiaba en ir indignándose progresivamente al escucharlo y en que más adelante ya no fuera cuestión de forzarse a sacar el tema, sino de no poder evitarlo. El subdirector insistió en que no sabía muy bien qué había hecho con su vida en todo ese tiempo. Recordaba una etapa en la que había sentido que de verdad empezaba todo, o que por fin iba a hacer lo que quería después de haberse limitado a ser el hijo obediente de unas personas que por suerte tampoco habían elegido para él cosas demasiado desaconsejables, pero esa idea de ver muy claro un camino propio, o de saber que iba a tener que esforzarse mucho para ir logrando una serie de metas escogidas con cierta autonomía, la había sentido por primera vez al empezar la carrera y después se le había ido olvidando con el paso del tiempo, y no creía que fuera solo porque ya hubiese llegado a su destino —aunque, con todo, creía que tan mal tampoco le había ido, o igual sí—, sino más bien porque ya no recordaba en qué criterios se había basado para marcarse aquellos objetivos. Él empezó a pensar que, con todo esto que le contaba el subdirector, la conversación quizás se estuviera alejando peligrosamente del tipo de anécdotas que solían compartirse en encuentros entre amigos que llevan años sin coincidir, y esta situación le inquietaba porque a partir de cierto momento ya no sabía muy bien qué podía esperarse.

A medida que escuchaba al subdirector contar historias que a lo mejor no lo expresaban directamente, pero que iba eligiendo para que fuera quedando claro lo aburrida y protocolaria y convencional que había sido su vida durante los últimos quince años, él pensó en el abrazo tan incómodo que acababan de darse, en cómo su cuerpo había recordado mucho mejor una falta de sintonía sobre la que su cerebro, sin embargo, no parecía conservar ninguna pista. Después, poco a poco, al oírle hablar habían ido emergiendo como balizas las trazas o los rasgos por los que en realidad nunca le había caído muy bien el subdirector (ni siquiera en la adolescencia, cuando uno tampoco suele plantearse si sus amigos le caen bien o mal, porque al fin y al cabo ninguno deja de ser un adversario). Le estaba oyendo contar lo insoportable que siempre le había parecido el ambiente en su oficina, aguantar a los clientes que llamaban todo el rato para protestar por cobros que en realidad sí que estaban bien detallados en los papeles, o tener que ir encajando la presión tan asfixiante de sus jefes, al obligarle por ejemplo a hacer creer a los pardillos que tenían depósitos a un par de años cuando en realidad habían suscrito opciones de renta variable. Y no era tanto que no fueran situaciones objetivamente desagradables por las que un trabajador podía tener derecho a quejarse. En realidad lo que le parecía muy deprimente y le generaba mucho rechazo era la actitud tan victimista con la que lo exponía. Lo contaba todo con un tono lastimero y completamente acrítico que lo que transmitía, a fin de cuentas, era que en su vida no había habido más que una sucesión de injusticias y agravios comparativos, y que nunca había tenido margen ni capacidad de maniobra para ir gestionándolos. Él poco a poco fue rescatando escenas de cuando iban juntos a clase y se acordó de lo malo que era el subdirector jugando al fútbol, de su falta de coordinación y del ritual que siempre ponía en práctica después de fallar un pase o de entregar directamente al contrario un balón que en realidad quería chutar a portería. En lugar de tratar de recuperarlo o de bajar a defender, el subdirector siempre se paraba y se agachaba para colocarse mejor la bota o para encontrar en el suelo alguna imperfección que hubiese podido afectar a la trayectoria del tiro. Siempre tenía que escenificar con mucha parsimonia la existencia de un factor externo, un motivo imponderable con el que ocultar el que para todos era obviamente el único motivo. Él de repente fue consciente de que había desaprovechado una oportunidad muy buena al oírle hablar de engaños, pero en el mismo momento se dio cuenta también de que el subdirector llevaba un rato refiriéndose a la sucursal de Caja España en pasado —le decía «veías que a nadie le importaba», o «*entrabas* por la puerta y ya *sabías* lo que te iba a

tocar»—, y le pareció más urgente averiguar si podía haber cambiado de trabajo. Así que decidió preguntárselo, y antes de responderle el subdirector soltó un suspiro que le bajó muy despacio por el pecho. Quiso saber si el sobrino había llegado a enterarse o no de lo de su madre, de lo de que por su culpa se había quedado prácticamente en la ruina. Mientras se lo contaba, el subdirector de la sucursal estiró un brazo para alcanzar el servilletero, tiró de un par de servilletas e hizo con ellas una bola que colocó en el centro de la mesa. Le explicó que, de hecho, no había liado solo a su propia madre sino también a dos de sus tíos y al marido de una prima. Evidentemente, después de que quedara claro que el producto que les había vendido era una mierda, y después de que desapareciera el dinero y el tema fuera noticia todo el rato en los telediarios, ya solo el hecho de pisar la oficina se convirtió en un suplicio tan insoportable que notó que incluso la cabeza dejó de funcionarle bien. A veces por las mañanas se encerraba en el baño a arrancarse pelos de detrás de las orejas hasta hacerse calvas. Terminó llorando en varias reuniones en las que, por lo que fuera, se elevó un poco más de la cuenta el tono de la conversación. Al cabo de unos cuantos meses espantosos un día había entrado en el despacho del jefe, le había dejado en la mesa la llave del cajero y había salido dando un portazo, no sin antes haber pasado dos temporadas casi consecutivas de baja por depresión. Al terminar de contarle esto, el subdirector hizo una pausa como para reponerse del nivel de sobreexposición. Enseguida ladeó la cabeza hacia la bola de papel que había modelado hacía un rato, la cubrió con el puño izquierdo, hizo el ademán de frotarse las manos y volvió a posarlas sobre la mesa, muy separadas y con los puños bien cerrados. Como de momento no iba a seguir hablando y tampoco parecía tener intención de cambiar de postura, él terminó mirándolo a la cara, que era obviamente lo que el subdirector estaba esperando que hiciera para poder agitar una mano, luego la otra y después encogerse de hombros. La gracia que le veía a toda la operación estaba en poder llevarla a cabo sin tener que decir ni una palabra. Era cuestión de tiempo que él acabara por elegir uno de los puños —primero fue el izquierdo—, a lo que el subdirector respondió enseñándole esa palma vacía. Tampoco iba a abrir la boca hasta que él le señalara el puño derecho, cosa que también acabó haciendo, y entonces sí le enseñó esa otra palma vacía, le mostró con un gesto de mago las dos manos abiertas, se sacó de la nada una sonrisa espeluznante y le dijo «pues así con casi todos los ahorros de mi familia». Antes de que el subdirector siguiera hablando, él enseguida aprovechó para decirle que tenía que ir un momento al baño. Entró en la cafetería, se acercó al camarero y, en lugar de pagar y

esperar a que le devolviera el cambio, se limitó a dejar un billete sobre la barra como los americanos. Al fondo del local había otra entrada que daba a la calle trasera. Sin haberse habituado todavía a la oscuridad del interior, salió casi corriendo por ese extremo, cruzó la calle hasta donde tenía aparcado el coche y antes de abrir la puerta se sacó el teléfono del bolsillo, le quitó el sonido y estuvo dudando unos segundos antes de apagarlo.

Este libro se fue afinando bastante por el camino gracias a la lectura atenta de José Luis Amores, Miguel Bellas, Imanol Bértolo, Pau Centellas, Julio Fajardo Sánchez, Carmen Herrero, Clara Higuera, Álvaro Marcos, David Ocaña, Bea Rilova, Rodrigo Sancho, María Serrano y Luis Solano. Lo digo aquí para que sepan que les estoy muy agradecido.